

Herminia C. Brumana

**A BUENOS AIRES
LE FALTA UNA CALLE**



Herminia Catalina Brumana fue una maestra, educadora, escritora, periodista, dramaturga y activista argentina, de ideas socialistas anarquistas.

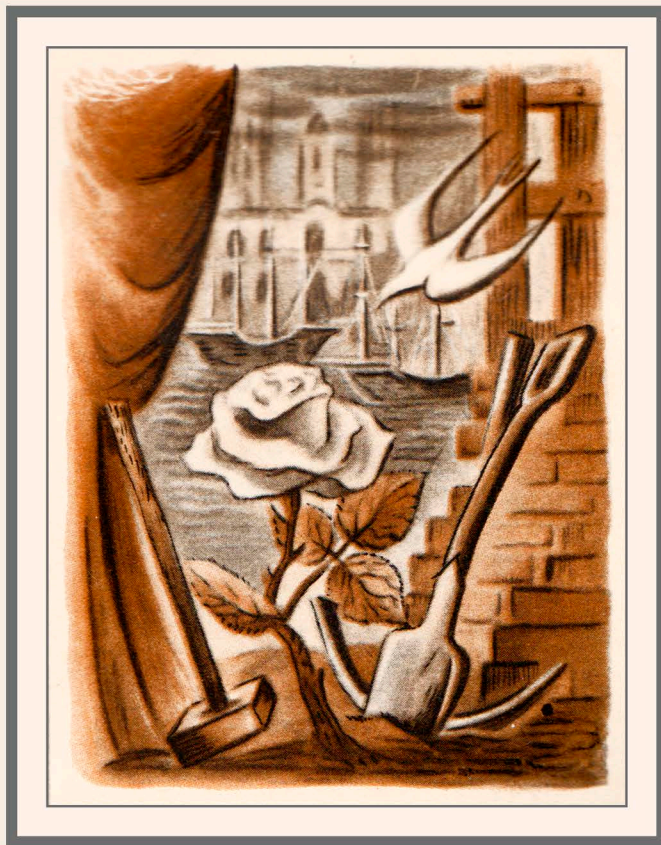
Escribió nueve libros y once obras de teatro, tres de ellas estrenadas. Colaboró en *Mundo Argentino* y *El Hogar y La Nación*, entre otras publicaciones periódicas.

Participó activamente tanto en las filas anarquistas como socialistas, aunque sus ideas se acercaban más al anarquismo y se consideraba discípula de Rafael Barrett.

A Buenos Aires le falta una calle, fue su último libro, publicado en 1953. Una serie de narraciones, nos sitúan en una Argentina pre y post-colonial, donde los desasosiegos sociales y nacionalistas marcan las inquietudes formativas de la autora.

HERMINIA C. BRUMANA

A BUENOS AIRES
LE FALTA UNA CALLE



HERMINIA C. BRUMANA

A BUENOS AIRES LE FALTA UNA CALLE

Buenos Aires, 1953

Ilustraciones: W. Melgarejo Muñoz

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

PROPÓSITO

UNA CALABAZA VA POR EL RIO

ÁRBOL CRIOLLO

EL CAMINO ACUNÓ SU PRIMER VAGIDO

A BUENOS AIRES LE FALTA UNA CALLE

SE LLAMABA SERAPIO SUÁREZ

EL BAQUEANO MAYOR

...Y SU ALMA VOLVIÓ A LA QUERENCIA

EL PRIMER ACTO DEL CONGRESO DE 1816

LA VICTORIA NO DA DERECHOS

EL AZAR Y UN NOMBRE

EL SITIAL DEL PERDÓN

LA DELFINA

ACTOR Y MILICIANO

VIVEZA NATIVA

COMO NACIO “EL FAUSTO”

UNA FRASE FELIZ

OASIS

LA CIUDAD EMBELLECIDA

UN RELATO DE SAMUEL HAIGH

CIUDAD POBRE. NO POBRE CIUDAD

UNA HERMOSA LEYENDA

LA MAS RICA DE LAS ARGENTINAS

SE HIZO GAUCHO POR AMOR

ACERCA DE LA AUTORA

Al Dr. Alberto E. García,
médico y amigo.

PROPÓSITO

EN vano intentaría desasirme de mi vocación de maestra, que es un paralelo afán de aprender y enseñar, Por eso, al encontrar un motivo de interés humano en el libro o la crónica siento el deseo de propagarlo cumpliendo una tarea, antes que literaria, didáctica. La modesta misión de recoger en la cuenca de mis manos el agua que calmará la sed de aquellos que, por su inmadurez, no han llegado al tiempo de demorarse ante la fuente, me obliga a proveerme de quienes se dieron a destacar gestos o hechos singulares. Tal material forma el presente volumen donde he reunido, exclusivamente, cosas de nuestra tierra a través de pequeñas y sencillas glosas, guiada principalmente por mi ya señalado afán docente. No lo hago llevada por un pueril nacionalismo, pues creo con Rafael Barrett que “no hay pueblos civilizados sino hombres civilizados”, pero sí por parecerme que sucesos de esta ubicación geográfica –a la luz del original relato de grandes escritores nuestros o conocedores del país–, resultarán más accesibles a la emoción de nuestra juventud. A ella va dirigido este trabajo, considerando que es en ese molde dúctil donde mejor se graba, en emulación de bien, el gesto extraordinario. No tiene otra

pretensión, ni histórica ni literaria; ni es, por otra parte, un libro definitivo: procura ser apenas un esbozo para dar idea de cómo el maestro puede trazar un comentario alrededor de una página de autor ilustre, no por conocida menos interesante, o de una simple información que, por escueta o árida, se perdería para quien no fuera baqueano¹ en estos menesteres de esclarecimiento y divulgación con fines educativos. Agregando cada uno el resultado de su propia búsqueda, el agua de la fuente pródiga que es nuestro acervo cívico, recogida en la cuenca de nuevas manos, seguirá refrescando los corazones.

La autora

1 Baqueano o baquiano es un término americano utilizado para designar a una persona conocedora de los caminos y atajos de un terreno, sus características físicas y el idioma y costumbres de su población, a la que habitualmente pertenece. Por extensión se aplica a cualquiera que resulta particularmente hábil y experto para una tarea.

UNA CALABAZA VA POR EL RIO

CRISTÓBAL Altamirano fue uno de los diez españoles que, acompañados por cincuenta y tres criollos, fundaron con Juan de Garay la ciudad de Buenos Aires en 1580.

En la lista que registra aquellos primeros pobladores, los datos personales se reducen en la mayoría de ellos al desolado “no se conoce su genealogía ni lugar de nacimiento” estampado junto al nombre, salvo en los españoles que acreditan todos su lugar de origen y por eso nos enteramos que Altamirano era natural de Badajoz.

En el documento del “reparto de tierras” volvemos a encontrar su nombre al recibir trescientas cincuenta varas de tierra, es decir igual cantidad –poco más o menos– que sus compañeros, en un solar lindante con los pertenecientes a tres criollos y a un español, situados a bastante distancia del lugar destinado a la Plaza Mayor, lo que significa que el badajocense no tuvo preferencia alguna en el reparto.

Lo que no mencionan los viejos papeles de las crónicas es en qué momento ni en qué circunstancia Cristóbal Altamirano cayó prisionero de los charrúas –pobladores del lugar– y cómo pasó luego a poder de los querandíes. Pero podemos imaginar las causas que motivaron su peregrinar por los contornos, alejándose de la flamante población, si nos transportamos a Badajoz, su provincia natal, esa región española de fértiles campiñas regadas por diferentes ríos, donde la ganadería era industria madre. Pensamos que Altamirano ha debido sentir la ausencia de su tierra en la presencia de esta llanura rioplatense donde el ganado se había multiplicado en miles, por obra de aquellos cimarrones que sobrevivieron de la expedición de Mendoza. Ya lo tenemos alejándose de los compañeros, atraído por el olor de unos pastos que le evocaban los del terruño y que gozó con deleite en los años de su niñez, en que guardaba el ganado... Sus pasos no han contado en el tiempo que, breve para su imprudente andar, lo aproximan a las tolderías desde la cual un indígena lo apresa sin decidirse a matarlo porque en ese día hay “luna en el menguante” y los augures aconsejan no derramar sangre...

Cuando el ciclo astral concede, en “luna nueva”, la permisión para el sacrificio, Cristóbal Altamirano ya es el prisionero de los indígenas cuyo cacique le perdona la vida con miras a utilizarlo como rehén en la lucha con los blancos a quienes han visto recientemente ubicados en el mismo paraje donde cincuenta años atrás sus abuelos los diezmaron sitiándolos por hambre y por fuego...

Altamirano tiene para enfrentarlos en su desamparo, la inteligencia que el peligro aviva, y empieza a fatigarles la

vigilancia de los primeros días apareciéndoseles resignado, asimilando costumbres y acatando hábitos, aprendiéndoles el idioma, sin que él les transmita del suyo sino el dulce vocablo de amigo con que distingue al indio Maguarí que fraterniza con él, compartiendo trabajos en el día y el toldo que los cobija durante la noche.

Cuando el cautivo empieza a observar con inquietud cierta desusada actividad en el campamento, que se traduce luego en preparativos bélicos, es su amigo Maguari quien le informa que el cacique Tabobá proyecta sorprender a los blancos y aniquilarlos antes que se arraiguen en el lugar.

Altamirano le oye angustiado, y sigue atento los preparativos que los indios activan. Cavila en vano buscando la manera de hacer llegar a sus hermanos la noticia, para que, advertidos, malogren la sorpresa del ataque. Ha pasado esa tarde junto a la ribera del Riachuelo contemplando sus aguas que corren a echarse en el río grande en cuyas márgenes la población atareada en levantar sus viviendas permanece ajena al riesgo. Ha andado y desandado la costa –hasta donde le es permitido vagar para no despertar sospechas– rumiando proyectos que no concretan solución alguna y el crepúsculo lo encuentra desesperado. La noche invernal aumenta su congoja, y tendido sobre el cuero que le sirve de lecho se agita febril e insomne, oyendo su respiración jadeante tan rápida como los minutos que pasan... De pronto, sus manos ardientes asen la calabaza que le sirve de botijo para abreviar el líquido que refrescará sus labios resecos, pero antes de que el agua llegue a su boca, una idea vivaz como un rayo le obliga a derramar el contenido del

recipiente mientras sus dedos temblorosos rasgan una hojita de la libreta que lo acompaña desde su salida de Badajoz.

Y cuando la aurora asoma, un trozo de carbón del apagado fogón cercano le sirve para grabar el alerta: *“Los querandies os asaltarán pronto. Cristóbal Altamirano, prisionero”*.

Durante días con sus noches, la calabaza hermética, con su secreto grito en las entrañas, flota en las aguas, Riachuelo abajo... Mecida por las pequeñas olas, a veces parece inmovilizarse solazándose del sol tibio que le amarillea su pulida corteza, y en las noches, el flujo amenaza arrojarla a la orilla olvidándola en alguna maleza traicionera. Pero a pesar de todo avanza a su destino, como si desde la toldería una voluntad más poderosa que las fuerzas de la naturaleza la guiara hasta el lugar exacto donde han de recibirla dos mozos...

Aunque todavía es noche oscura Juan Martín se levanta porque ya no puede dormir más; y no es que sea viejo –porque a éstos ya se sabe que los recuerdos los despiertan de madrugada–, no, él es joven y más o menos de su edad los hermanos Juan y Pedro Ruiz a quienes va a despertar pidiéndoles que lo acompañen a ir de pesca.

Ellos también formaron en esta gente aventurera que dirigida por Juan de Garay ha venido a fundar Buenos Aires, y son sus amigos. Juan Martín insiste en marchar al río derivando esa extraña inquietud que lo ha desvelado tan temprano a la sensata idea de procurar sustento para la recién llegada población que tan penosamente la obtiene.

Solamente Pedro, el menor de los hermanos Ruiz, accede, y ambos se encaminan rumbo a la costa, mientras las primeras luces del día aclaran los terrenos por donde marchan.

A medida que cruzan los lugares reconocen la pertenencia de los solares recientemente adjudicados por Garay: éste le ha correspondido en el reparto a don Miguel Navarro, un viejo fuerte natural de Pamplona, que habiendo venido con Pedro de Mendoza en la primera fundación regresó con él a España y volvió de nuevo a las tierras indianas con Alvar Núñez Cabeza de Vaca. “Lo que es mucho decir en favor de su ánimo al emprender una segunda aventura después de la malhadada experiencia de la expedición de antaño...”, comentan los jóvenes.

Y luego atraviesan las trescientas varas del solar que le tocó a Ana Díaz, la valerosa mujer que los acompañó en la empresa, y a quien Garay –tan justo como bravo– no vaciló en adjudicarle en propiedad absoluta igual parcela de tierra que a los varones...

La conversación recayó en los méritos del hombre que los conduce, y con el brío de la juventud que más valora el ímpetu que la serenidad, recuerdan el combate que el “Señor del Brazo Fuerte” –título que conferían a Garay– había librado contra los charrúas a las márgenes del Paraná, venciendo al cacique Oberá que huyó a la selva después de su derrota para que las fieras lo ultimaran, según las mentas.

Y así va la plática entre los amigos cuando se hacen al agua embarcados en una chalupa, a cuyos palos sin vela sujetan sendas cañas de pescar mientras contemplan la salida del sol que parece emerger de las aguas en el cercano horizonte.

Pero algo urge en la mirada de Juan Martín que no osa apartarla de las aguas como si algo hubiere de llegar por ellas. Y de pronto, a pocas brazadas de la embarcación, un objeto le reclama mirada y aliento, y los dos hombres se arrojan al agua para alcanzarlo, presintiendo que algún mensaje les trae esa calabaza que se balancea violentamente como llamando su atención.



El misterio se devela cuando en el papel intacto, el Teniente General Garay descifra el alerta tan providencialmente arribado, gracias al cual los fundadores, preparados para la defensa, vencieron el asalto de los indígenas obligándolos a aceptar la paz después de la muerte del cacique Tabobá.

Paz de la que disfrutaron para asentar la población definitivamente y entre ellos Cristóbal Altamirano, que en más

de una ocasión debió narrar en rueda de vecinos la salvadora inspiración de aquella trágica noche del invierno de 1580.

Fuente de información:

CRONICAS DE FUNDACIONES.

ÁRBOL CRIOLLO

TAMBIÉN son de esta tierra el ombú y la taba, que tienen alma criolla, porque aún las cosas inanimadas adquieren personalidad cuando participan de un paisaje identificándose con su destino.

Podrán no ser peculiares del suelo, como en el caso del juego de la taba que se origina en Grecia, donde la practicaban las mujeres y niños, pasando a España para servir de distracción a gentes de mal vivir y llegar a la pampa, único lugar donde persiste.

Como muchas otras cosas venidas de lejos, por virtud de la nueva tierra cambió de modalidad y de finalidad para su bien.

Porque este juego despojado de la superchería que lo rodeaba en Grecia y de la sordidez con que lo manejaban los picaros en España, fue para el gaucho un motivo de solaz que le permitía lucir su destreza en un marco de cielo y de verde, rodeado por los paisanos que celebraban la habilidad en el difícil trance de obligar a la suerte a definirse.

Adherido a su diversión –la alegría humaniza a los seres– se arraigó de tal forma a este nuevo suelo que se perdió totalmente la idea de su origen foráneo, y pasó a ser juego criollo de toda pertenencia por la posesión espiritual que da sentido de sangre al consustanciarse.

El ombú, en cambio, es peculiar del suelo por nacimiento; y es planta que sólo crece en esta región, y aunque pertenece al género de las fitolacáceas. Especie que prospera en América del Norte, el árbol nuestro es absolutamente distinto al que se da en aquella latitud, no solamente por la estatura colosal sino por la forma de reproducirse, pues los ombúes pampeanos tienen la particularidad de ser unos masculinos y otros femeninos exclusivamente.

Muchos viajeros del siglo pasado visitantes de nuestras llanuras, que resultaron luego cronistas ocasionales, mencionaron este ejemplar botánico con real interés y escritores y poetas argentinos se han referido también a él, ponderando sus virtudes y ubicándolo en el terreno con relieve propio.

Marcos Sastre, uruguayo de nacimiento, pero argentino de actuación, ya que se radicó en nuestro país en edad infantil, sirviéndolo durante su larga vida como educador, dedica en su admirable libro “Tempe Argentino” un capítulo destinado a tan noble árbol en parangón con el ceibo, porque encuentra que hay en ambos ejemplares singular armonía y los dos son oriundos exclusivos de la región del Plata, donde desempeñan misión providencial.

El ombú de extensa base, que ofrece cómodos asientos, robusto tronco, terso y limpio, y pintoresco ramaje, ostenta una magnífica copa esférica, sin par en frondosidad y colorido. Ningún árbol de otros climas lo aventaja en majestad y hermosura. Prospera en toda clase de terrenos, hasta en los lugares más áridos. Bien puede herir su copa un sol abrasador, bien puede faltarle el refrigerio de los rocíos y el alimento de las lluvias, no por eso dará paso a un solo rayo del astro, ni soltará una de sus hojas mientras los demás árboles languidecen. Su vitalidad es tan prodigiosa que ni la sequía ni el fuego tienen poder para destruirle. El ombú ha resistido las sequías destructoras que de tiempo en tiempo han asolado las campiñas, gracias a la dilatación de sus raíces, por las cuales tiene abundante acopio de jugos que absorbe en los días de abundancia para no perecer en los de escasez, y poder servir así, precisamente, con la protección de su sombra cuando más la necesitan los vivientes.

Marcos Sastre, que hace un estudio minucioso, presentándolo en todos sus aspectos y recordándonos que su madera no sirve para industria ni como leña para ningún fuego, ni su fruto sirve de alimento para hombre o animal alguno en ningún momento, se demora en el aspecto de la reproducción y en algunos de sus párrafos dice:

“Sólo se multiplica por semilla, pero como tiene los sexos separados en individuos distintos para que el ombú hembra pueda dar semilla, no sólo necesita tener un ombú macho inmediato, sino que una brisa favorable o algún insecto alado en la época precisa, lleve el polen sobre las flores femeninas.

“Si el ombú tuviera la facultad reproductiva de otros vegetales no existirían las pampas. ¡Cosa admirable! Después del transcurso de miles de años desde la formación del suelo de las pampas, no se ha formado un solo bosque de ombúes; sólo se encuentran individuos aislados que, lejos de embarazar el cultivo del terreno, son los mejores protectores de la estancia y de la chacra², defendiendo del sol y de la intemperie sus animales, sus aves, sus carros y sus útiles de labranza”.

En tres aspectos presenta este árbol un sentido simbólico de raza: en su individualismo, su solidaridad con el hombre y su perennidad.

Vive aislado cumpliendo su misión de guía en aquel desierto, erguido en las únicas lomas que rompen la monotonía de la extensión, atento a servir de norte al jinete lejano que apenas lo divisa enfila hacia él sus pasos y su esperanza porque es pausa para su fatiga y tregua para su espíritu. Al verde del suelo que ya le resultaba agresivo por lo inacabable, a aquel verde que ya lastimaba su pupila cansada de lejanía, sucedía éste de las hojas prietas del ombú, que temblaban movidas de brisa y simulaban ser dedos que lo reclamaban efusivos: sucedía este verde untuoso, oscuro y brillante a la vez, sedante para su energía prodigada porque anticipaba el sueño reparador bajo la fresca caricia de la sombra acogedora.

² Chacra es el término español tomado prestado del quechua chakra, que significa "granja, alquería, campo agrícola, tierra sembrada con semillas", para designar a las propiedades de la tierras situadas usualmente en las periferias urbanas de la América hispana, que producían alimentos para el abastecimiento de las ciudades. [N. e. d.]

Así la presunción de tal goce animaba la mano, aflojando las riendas para que el animal apresurase en el galope final la llegada a este oasis que su pampa le deparaba, como premio a su arrojo de atravesarla, el sol en alto, durante la jornada de estío.

En la sorpresiva tempestad que corta el aliento a jinete y cabalgadura con la cortina espesa del agua que diluvia, buscaba aquel techo donde poder estarse hasta que escampara...

Además lo posible es que junto al árbol hubiera una casa. Como si el ombú gustara de la compañía del hombre se arrima a él o deja que aquel se le allegue. A veces, el rancho como un pájaro desplumado se ha convertido en tapera: el ombú sigue fiel a su destino flanqueando el lugar donde un día un hombre y una mujer buscaron la eternidad en un abrazo, como si esperara que las almas ausentes pudiesen volver a buscar refugio en su sombra. En cuanto a su perennidad ya es curioso el hecho de no haberse sabido nunca de un ombú que se seicara de vejez. Su longevidad es tan portentosa que no hay tradición que recuerde la edad juvenil de algunos. Se juzgan sus milenios de existencia por las enormes dimensiones de sus troncos, algunos de los cuales miden hasta veinticinco metros de circunferencia en su base.

Si bien el estudio que hace Marcos Sastre en su libro llena su finalidad, describiendo científicamente este árbol tan nuestro, no es menos significativo el hecho de que muchos poetas le dedicaran también inspiradas estrofas. Mitre y Juan María Gutiérrez –entre ellos– escribieron composiciones a él dedicadas que merecieron lugar en antologías y la más conocida

y que mejor resume sus virtudes y exalta su simbolismo, es la de Luis Domínguez, poeta argentino de la época de Echeverría, Balcarce, Varela, que con ellos formó en la legión de los desterrados distinguidos de la época de Rosas. Algunas de sus estrofas son exacta pintura de ambiente pampeano:

*Puesto en medio del desierto
el ombú, como un amigo,
presta a todos el abrigo
de sus ramas, con amor;
hace techo de sus hojas
que no filtra el aguacero
y a su sombra el sol de enero
templa el rayo abrasador.
Y al teñir la aurora el cielo
de rubí, topacio y oro,
de allí sube a Dios el coro
que le entona al despertar
esa Pampa misteriosa
todavía para el hombre,
que a una raza da su nombre
que nadie pudo domar.
¡Cuánta escena vio el silencio!
Cuántas voces ha escuchado
que en sus hojas ha guardado
con eterna lealtad!
El estrépito de guerra
su quietud ha interrumpido;
a su pie se ha combatido
por amor y libertad.
En su tronco se leen cifras*

*grabadas con el cuchillo
quizá por algún caudillo
que a los indios venció allí,
por uno de esos valientes
dignos de fama y de gloria
y que no dejan memoria
porque murieron aquí.*

La leyenda confiere a este árbol convivencia con lo sobrenatural llegando a considerar como un signo de mal presagio la desaparición de un ombú. Naturalmente que el hecho de ser descuajado por un ciclón o un rayo es rarísimo, lo que ha servido para alimentar la fantasía a este respecto. En el poema de Ascasubi “Los mellizos de la Flor” se presenta este caso que podríamos tomar como referencia. El narrador comienza el relato de las desgracias que acaecieron a los pobladores de la estancia con la caída violenta del árbol que hasta entonces protegía la dicha de los habitantes del lugar:

*Coronaba aquella loma
referida en lo anterior
un ombú, del cual decían
hombres más viejos que yo,
que más de cien primaveras
florido reverdeció
desafiando tempestades
con altiva presunción,
hasta que, cuando más fuerte
y arraigado se creyó,
un huracán del pampero,
de la loma lo arrancó,*

*y hasta el río del Salao
rebramando lo arrastró,
y ese río torrentoso
en la mar lo sepultó.*

Y más adelante insiste en el detalle vinculándolo en su recuerdo a la prosperidad que tenía el lugar antes de la caída del árbol, comienzo de desolación...

Pues ese ombú, el más soberbio
que en esos campos se vio
erguido se interponía
entre la tierra y el sol
cubriendo de fresca sombra
el inmenso caserón...
Mentada la estancia grande
que don Faustino pobló,
conocida allá en su tiempo
por la Estancia de la Flor
en cuyo sitio hace poco,
a que un día estuve yo
contemplando una tapera
en triste desolación,
y un cardal sobre la loma
de las raíces alrededor
de aquel ombú portentoso
que el huracán derribó...

Unido de esta manera al paisaje pampeano –de seres y cosas–, la intuición popular le asigna un alma al más idealista de los

árboles, el que no da más que sombra, para que a su pie el hombre sienta la divina sensación de paz...

Fuente de información:

“EL TEMPLE ARGENTINO” de Marcos Sastre



EL CAMINO ACUNÓ SU PRIMER VAGIDO

CUANDO bajó de la carreta, en pleno camino, haciendo una pausa al penoso andar de ese 14 de enero de 1807, Loreta de Ascasubi llevaba las manos enlazadas en el gracioso gesto de la plegaria.

Cuando subió de nuevo para seguir el viaje, sus manos tenían un gesto más grato a los hombres y al mismo Dios: sostenía en ellas el cuerpo del hijo que le acababa de nacer.

Ese niño que vio la luz en el trayecto de Córdoba a Buenos Aires, primer fruto del matrimonio, se llamó Hilario Ascasubi, y fue uno de nuestros mejores poetas gauchescos.

Estaba escrito que quien llegara al mundo en circunstancias tan extraordinarias, teniendo por primera cama una mata de trébol, por primer techo un cielo de arrebol y por primer agua el rocío brillante de los pastos, había de tener una infancia aventurera y una existencia azarosa, pero cumplida plenamente en su doble aspecto de patriota y artista.

Su niñez rebelde lo lleva a los 12 años, escapando del colegio, a embarcarse en el primer buque mercante argentino. Tenía la goleta un nombre perfumado y romántico: “Rosa Argentina” y hacía viajes entre nuestro puerto y Estados Unidos.

Yendo en él nuestro muchachito como tambor, fue apresado el buque y conducido a Portugal. Ascasubi llega de esta manera a Europa donde permanece unos años, viviendo en Francia e Inglaterra.

En cuanto pudo rumbeó a nuestras playas, pero como no le arredraba la aventura, bien pronto se lanzó a la conquista de su propio suelo. Subió por el camino donde vio la luz, siguió más lejos, se radicó en Salta. Su equipaje eran los elementos que llevaba para abrir una imprenta. Allí pudo dar realidad a su anhelo publicando unos primeros versos que le inspiraron el triunfo de las armas patriotas en Chacabuco. Ancló apenas unos meses, porque quien había andado y desandado rutas de los mares, carreteras de países extraños, senderos de montañas y derroteros de baqueanos, tenía un solo norte en su corazón: la patria, y el deseo de servirla le hizo cambiar la atención de la imprenta por el servicio militar.

Cumplía entonces 18 años. Tomó parte en la guerra con Brasil y luego con el general Lamadrid. Derrotado unas veces, enfermo casi a morir otras, fue actor, como él dice, en todas las guerras contra Facundo Quiroga. Lavalle le otorgó los galones de capitán. Pronto se vio obligado por la persecución de Rosas a expatriarse al Uruguay, pero su amor al terruño lo hacía arriesgado y varias veces se aventuró a regresar al país. En una de ellas fue apresado y permaneció en un calabozo 23 meses. Es

mucho tiempo casi dos años de cautiverio para un andariego como él, y un día, exponiendo su vida, se arrojó por una ventana de la cárcel desde una altura de 10 metros, dispuesto a todo. Una vez más su buena estrella lo amparó: cayó precisamente en un charco y el fango aminoró el efecto de la caída. Pudo escapar y se refugió nuevamente en Montevideo ya dedicado por entero a luchar contra la tiranía. Versos patrióticos, publicaciones de periódicos escritos en idioma gauchesco y bajo distintos seudónimos, tratan de destruir la tiranía al mismo tiempo que construir una conciencia civil en los paisanos. La lucha dura años. Hasta que llega el triunfo de Caseros.

Ya está en París, para 1862, desempeñando una misión que le confía el gobierno argentino y permanece en tierra francesa diez años. Con el admirable poder de asimilación que caracteriza al criollo, fácil de captar modalidades foráneas, aquel soldado de caballería que había pasado gran parte de su vida entre montoneras, calzando botas de potro y usando poncho en los fogones, alterna en los salones de París con los más importantes personajes del mundo literario y social. Y no es un concurrente más, sino que su espíritu exquisito y su cordialidad le asignan un lugar de lucimiento para su talento y de simpatía para su persona.

Pero tanto halago de huésped distinguido no basta a su ansiedad de criollo y la distancia de su pampa le produce esa nostalgia invencible, tan certeramente nombrada saudade y que no es sino el malestar que no cura más que una brisa, que no calma más que un cielo, que no apacigua más que un horizonte...

Entonces él crea su tierra, mejor dicho recrea su pampa buscándola en su corazón, en su sangre, donde la lleva diluida en recuerdos, en imágenes, en colores y en sabores, gestándola en sus noches insomnes y dándola a luz en forma de poema.

A pesar de la bruma con que el Sena desdibuja sus figuras, él logra dar contorno a su pampa, azul a su cielo, verde a su extensión, frescura a su brisa y la decora con ganados y estancias, la llena de tréboles y cardales, la matiza con lagunas, la colma con arrullos de pájaros y la humaniza con seres de carne y hueso que él vio de cerca, en un tiempo que está *ahicito no más* en su ternura.

Así escribirá en pleno París su largo poema que titula: “Santos Vega o los Mellizos de la Flor”.

Santos Vega, el legendario, le sirve de pretexto para andar en lo suyo, pues hace contar al payador la historia de la estancia La Flor, donde viven los mellizos que originan el relato. El poema empieza con el encuentro de Santos Vega y el paisano Rufino Tolosa, ubicando los personajes en lugares que Ascasubi vivió y amó:

*Cuando era al Sur, cosa extraña
por ahí junto a la laguna
que llaman de la Espadaña
poder encontrar alguna
pulpería de campaña,
casualmente se toparon
al llegar a una tapera,
dos paisanos que se apiaron*

*juntos, y desensillaron
a la sombra de una higuera.*

*Ansí la Pampa y el monte
a la hora del mediodía
un desierto parecía,
pues de uno al otro horizonte
ni un pajarito se vía.
Allí pues los dos paisanos
por primera vez se vieron*

*El más viejo se llamaba
Santos Vega, el payador,
gaucho el más concertador
que en ese tiempo privaba
de escribido y de letor.
El cual iba pelo a pelo
en un potrillo bragao,
flete lindo como un dao
que apenas pisaba el suelo
de livianito y delgao...*

*El otro era un santiagueño
llamado Rufo Tolosa,
casao con una moza
de los campos del Taqueño,
muy cantora y muy donosa...*

Esta presentación del hombre y el detalle de su compañera es importante ya que significa darle categoría a la mujer. Lo de donosa, palabra tan bonita y un poco desusada hoy, que

suplantamos por graciosa, aparece otras veces al mentarla. Ascasubi se empeña en demostrar que la criollita de su recuerdo es la compañera diligente y cariñosa. Cuando Santos Vega accediendo a la invitación de Tolosa se llega hasta la casa de éste encuentra que:

*Aunque de facha tristonra
era el rancho, en la ramada
con cuero estaba colgada
media res de vaquillona,
porque la Juana Petrona
era algo regaloncita,
y desde esa mañanita
esperaba a su marido
que con el recién venido
cayeron de tardecita...*

Pero lo realmente extraordinario es cómo Ascasubi no olvida destacar una condición de los paisanos aquellos, que él evocaba en alta voz para que el mundo supiera cómo eran, y es su don de gentes, el exquisito espíritu que poseían, las delicadezas de que hacían gala en su trato cotidiano. Veamos: Tolosa está ávido de escuchar a Santos Vega, payador como no había otro. Pero es su huésped y no puede pedirle en seguida que cante, pues parecería que está cobrando su hospitalidad de antemano. Entonces recurre a una treta: hará que su mujer lo haga primero y Santos Vega contestará luego como homenaje. La escena de la solicitud al payador es encantadora como también el hecho de recalcar la emoción que sienten estas personas sencillas ante el arte popular que despliega el forastero:

*Cuando la ocasión llegó
cenaron de lo divino
con dos limetas de vino
que la patrona sacó;
y en cuanto Rufo lo vio
a Vega medio alegrón
le dijo: Con su perdón,
paisano, le haré cantar,
si se lo quiere ganar
mi chinita en la ocasión.
Bajo de bien entendido
que usted también cantará
y luego se acordará
que es deuda lo prometido;
razón por la que le pido
que no se vaya a olvidar
y acabando de cantar
–si no tiene inconveniente–
por mucho favor nos cuente
lo que me ofreció contar.
–Amigo, a su merecer,
díjole Vega a Tolosa,
me pide muy poca cosa
con tan poco pretender.
¿Qué inconveniente ha de haber
que mi palabra quebrante?
Ninguno, así cuando cante
su patrona, como es justo,
luego yo con mucho gusto
los complaceré al instante.*

El poema de Ascasubi adolece de defectos literarios. Su argumento sensacional y folletinesco siguiendo las andanzas de uno de los mellizos que resultó un bandido es, a veces, pesado y truculento. Pero lo que no podrá negarse es que fue hecho con conocimiento de la tierra y por eso sus descripciones de paisajes, labores, estado social de la época, son documentales. La yerra³, el malón⁴, la laguna, el mediodía en la pampa, para no citar otros, son trozos antológicos y la fidelidad en el recuerdo del autor le permite pintar con maestría cómo era una estancia de aquel tiempo y dar idea de aquel patrón magnánimo que se hacía acreedor al afecto de todos:

*Tal era la estancia grande
que don Faustino pobló
conocida allá en su tiempo
por la Estancia de la Flor,
allí donde la riqueza,
y la amistad y el amor
hizo dichosos a tantos
que don Faustino estimó;
y allí donde la fortuna
recompensaba el sudor
del pobre que trabajaba
con buena comportación,
pues don Faustino tenía
la excelente condición
que al conocerle a cualquiera
una buena inclinación*

3 Operación de marcar el ganado en las haciendas con el hierro candente. [N. e. d.]

4 Irrupción o ataque inesperado de un grupo de indígenas, con saqueo y depredaciones. [N. e. d.]

*y un regular proceder
le franqueaba el corazón,
sin más interés ninguno
que el gusto de hacer favor.*

Donde la pluma de Ascasubi se eleva con brillo de gran poeta, es en la evocación que hace del despertar del día en aquella su pampa que guarda en su recuerdo para endulzar su nostalgia de ausente. Con los ojos entrecerrados ha visto el inigualable tono del arrebol en aquel horizonte sin fin, y ha oído los rumores del despertar de la vida en el campo, y ha suspirado dolido de no estar con los hombres que allá trabajaban gozando de la naturaleza. Hasta el más pequeño detalle ha humedecido su pupila de dulce emoción al recordar:

*Cuando ya lucidamente
venía clariando al cielo
la luz de la madrugada,
y las gallinas al vuelo
se dejaban caer al suelo
de encima de la ramada.
Ya también las golondrinas,
los cardenales y horneros,
calandrias y carpinteros,
cotorras y becasinas,
y mil loros barranqueros,
los más alborotadores
de aquella inmensa bandada,...
en la espadaña rociada
festejaban los albores
de la nueva madrugada.*

*Y embelesaba el ganao
lerdiando para el rodeo,
como era un lindo recreo
ver, sobre un toro plantao,
dir cantando un benteveo
en cuyo canto la fiera
parece que se gozara,
porque las orejas para
mansita, cual si quisiera
que el ave no se asustara...*

Ascasubi contaba entre sus amigos de Francia a Pablo de Musset, hermano de Alfredo, aquel poeta del amor y de la muerte, que pidió en sus versos:

*Mis amigos: cuando yo muera
plantad un sauce en mi tumba*

La tumba existía desde hacía tiempo en el viejo cementerio parisiense “Père Lachaise”, pero no se había cumplido el deseo del poeta de plantar un sauce en ella.

En un corto viaje que Ascasubi hizo a la Argentina, al regreso llevó a París un sauce acondicionado con tierra nuestra y lo plantó en la sepultura de Musset ofrendándolo de esta manera:

*Un poeta de América te trae
aqueste sauce, cuya sombra grata
sobre la losa de tu tumba cae,
como un beso que al Sena manda el Plata...*

De esta manera el poeta gauchesco de la pampa rasa y el cielo abierto, da realidad al anhelo de aquel soñador exquisito de la ciudad luminosa, hermanando dos espíritus de ambos mundos, que tuvieron la misma inquietud de belleza.

Fuente de información:

“MEMORIAS”, de Hilario Ascasubi



A BUENOS AIRES LE FALTA UNA CALLE

NUESTRA ciudad cuenta aproximadamente con dos mil calles. Mil doscientas llevan nombres de personas que por haberse destacado en el país o fuera de él, han merecido tal homenaje y de éstas, más de cien, perpetúan nombres de extranjeros que nos han acompañado con su fervor, y muchos con la ofrenda de su vida, en las guerras de la Independencia.

El número aumentaría si en esta lista se incluyeran a latinoamericanos tales como el uruguayo Bonorino; Pacheco y Bilbao, chilenos; el boliviano Padilla; el peruano Cárdenas; Rocamora, guatemalteco, y muchos otros que no se pueden considerar extranjeros ya que al luchar por nuestra emancipación lo hacían también por la de sus propios países.

Los que forman en el recuento anotado pertenecen principalmente a ciudadanos de los Estados Unidos, quienes, a pesar del idioma diferente y de haber logrado ya la independencia de su patria, traían su desinteresado esfuerzo

por el solo afán de libertad y quedaron así en el recuerdo Beazley, White, Seaver –muerto en combate– Sinclair, Thorne.

Todas las partes del mundo nos han procurado jóvenes que deponiendo su bagaje de esperanzas e ilusiones en aras de una causa justa se llegaban hasta nosotros, y sabemos de Arengreen, sueco; franceses como Viel, Trolé, Bouchard, Bruix, Beauchef, Bertrés, por citar solo algunos. El número de ingleses es legión y Ramsay, Russell, Azopardo, Bauness, Brown, Bathurat –que murió fusilado–, Billinghurst –el que obtuvo la primera carta de ciudadanía legal–, Masson, Miller, Parker, Paroissien, O’Brien –el fiel servidor de San Martín–, Vidt, a quien Güemes entregó en trance de muerte el mando de las huestes gauchas, no son sino algunos de entre sus nombres. Los italianos nos dan a Ceretti, Salvigny, Morlotte, Murature, Oliviero; los alemanes se hacen presentes con Rauch y Rodhe; los griegos con Cardassy –de cuya fidelidad y coraje habla con encomio el general Paz en sus “Memorias”. La lista de los mismos españoles que reconocían como propia nuestra causa se honra con los nombres de Arenales, Aispurúa, Arcos, Toll, Capdevila, Larrea y Matheu –miembros de la Junta–, Murguiondo, Cobo –a quien se le otorgó en 1814 carta de ciudadanía–, sin olvidar al catalán Blas Parera, tan identificado con la Revolución de Mayo que puso justa música a la inflamada letra del Himno Nacional.

Esta fuerza de asimilación característica de nuestro suelo tiene lejanos antecedentes, y el primer arraigo lo encontramos en un episodio de la más romántica de todas las fases de la historia patria: las Invasiones Inglesas.

Se llamaba Miguel Skennon y podríamos decir que fue el primer extranjero acriollado, ganándose tal título a fuerza de coraje y a costa de su vida. Para volver a recrear su heroicidad y darle el calor de nuestra gratitud, dejemos a la imaginación desandar caminos y años hasta ubicarnos en 1806, fecha de las primeras Invasiones.

Entre las tropas británicas, que buscando puertos para el comercio del Imperio llegaron a Buenos Aires, vino como cabo del ejército, el irlandés Miguel Skennon. Él, como los demás invasores, presencia la reacción de una población pacífica que, a pesar de su pobreza, no consiente en aceptar nuevos amos. Observa también cómo las autoridades españolas en vez de encauzar el coraje de este pueblo haciéndolo resistir, lo manda entregarse sin pelear. Desde la fortaleza que ocupa con sus compañeros vencedores es testigo de las escenas que refirió más tarde Mariano Moreno en aquella evocación memorable:

“Yo he visto llorar en la plaza a muchos hombres de reconocida valentía por la infamia de cómo se los entregaba y yo mismo he llorado más que algún otro cuando, a las tres de la tarde del 27 de junio de 1806, vi entrar a los 1500 ingleses que apoderados de mi patria se alojaron en el fuerte y demás cuarteles de esta ciudad.”

Como Miguel Skennon, muchos de los soldados invasores debieron adivinar en estos habitantes pacíficos y generosos. altivos y conscientes de sus derechos, las dos virtudes máximas que enaltecen a un pueblo: el coraje y la ternura, lo que motivó que el general inglés Beresford, para que los integrantes de su tropa no simpatizaran demasiado con los vencidos, dictara el

bando con aquella amenaza: Pena de muerte al nativo que se encuentre en compañía de un soldado inglés.

Pero es difícil evitar, con bandos lo que la sangre reclama y he ahí que el cabo Miguel Skennon no puede sofocar el sentimiento que esta población le inspira. Para llenar su tiempo goza caminando las calles de la ciudad. Y va conociendo las aceras mal enladrilladas donde los palenques para atar los caballos ponen su nota pintoresca, las carretas de la Plaza de Toros colmadas de cueros y frutos del país, los portales del Cabildo repletos de vendedores, las iglesias gratas a su fe porque en ellas se profesa el mismo culto de sus padres, y le gusta cruzarse con los vecinos de mirar honesto y bondadoso. Acaso también unos ojos vivaces de criolla se asomaron a los azules suyos, dejándole una encantadora tibieza en la sangre... Lo cierto es que, a menos de un mes de su desembarco, cuando los nativos deciden arrojar de sus playas al invasor ocurre que...

Es en la llamada chacra de Perdriel donde Pueyrredón, sin esperar refuerzos, a la cabeza de un grupo de jinetes, embiste a la infantería inglesa, presentando combate. Sucede lo lógico: desbandada total de las fuerzas criollas. Cuando el general inglés dueño del campo de batalla manda avanzar a sus tropas, observa que desde una tapia semiderruida alguien continúa haciendo fuego contra ellos. Beresford ordena rodear el muro donde su obstinado enemigo sigue resistiéndose hasta agotar sus proyectiles, y encuentra que el absurdo defensor de Buenos Aires es nada menos que su súbdito, el cabo Miguel Skennon que lucha junto a los argentinos. Al avanzar hacia la ciudad con los trofeos de su victoria lleva, amarrado a la cureña de un cañoncito criollo, al cabo Miguel Skennon.

Las calles por donde cruza el prisionero le son familiares y trata de retener en sus pupilas por última vez las imágenes de una tierra que él amó porque defendía su libertad. Por última vez... porque nueve días más tarde, previo consejo de guerra, Miguel Skennon fue fusilado.

Así pagó con la vida su amor a este suelo, el primer arraigado.

Muchas veces me he preguntado: ¿Qué se hizo de sus cenizas? ¿Qué savia se nutrió de sus despojos y dio la flor en cuya cuenca un pájaro bebió una gota de rocío antes de cruzar el límpido cielo? ¿Qué rosas se formaron del polvo de esos huesos, para acariciar sus pétalos y decir con unción: “Gracias, Miguel Skennon”?

Entre tanto, a Buenos Aires le falta la calle Miguel Skennon.

Fuente de información:

“HISTORIA DE BELGRANO, por Bartolomé Mitre

SE LLAMABA SERAPIO SUÁREZ

SUMAMPA: altiplanicie triscada de raíces espinosas, altibajos de hirsutos matorrales, laderas a veces flanqueadas de señeros quebrachos que desafían sin gemir el acoso del viento áspero.

En los quebrachales de sus alrededores se empezaron a abrir picadas allá por el 1600: la primera, tal vez a fuerza de fe más que de machete, en el año 1630, para llegarse hasta un templo de barro donde la Virgen de Sumampa, milagrera mayor del contorno, aliviaba con su sonrisa el dolor de los indígenas que se acercaban a ella, bajando hasta del mismo lejano Tucumán. Otras picadas se abrieron con el tiempo, ensanchando el primer sendero, hasta llegar al momento que describe Leopoldo Lugones, hacia 1880, en que, si los horizontes no han cambiado, los personajes habían suavizado tez y costumbres, mudando la piel cobriza del poblador primitivo por la trigueña del mestizo. ahora criollo... Ellos alzaron allí las aldeas, de una veintena de chozas, ranchos de adobe y piedra, pobres de toda solemnidad.

Es en uno de ellos, en uno cualquiera de ellos, donde asistimos a la siguiente escena: un grupo de criollos –hombres, mujeres,

chicos– habitantes del rancho, y acaso algún visitante, se aprestan a escuchar... Recogidos en sus ponchos –que no los aísla sino que los liga al ambiente– permanecerán quietos, como en éxtasis, a media tarde media noche (que el tiempo no mide la emoción en el cuadrante común de las horas...). El círculo de ojos luminosos –pocitos de agua en los opacos rostros oscuros–, sigue con atención, mejor diríamos con unción, el gesto de un forastero que, de pie, recita el “Martín Fierro”:

*Yo he conocido esta tierra
en que el paisano vivía
y su ranchito tenía
y sus hijos y mujer.
Era una delicia ver
cómo pasaban los días...*

¿Quién es este hombre que tiene suspendida de su acento el alma de los oyentes, pobres paisanos de la más descarnada región provinciana?

Se llamaba Serapio Suárez. No podía llamarse de otra manera: cabal el nombre para la color morena, la figura espigada, profundos los ojos acostumbrados a buscar en la propia sangre el tono exacto para traducir los versos del poema de Hernández.

Se llamaba Serapio Suárez, y se ganaba la vida recitando el Martín Fierro en los ranchos y en las aldeas. Vivía feliz y no tenía otro oficio.

Este hombre, que servía de puente entre aquel artista de la tierra y estos paisanos humildes, a quienes no cupo el bien de aprender a leer siquiera, no tiene más oficio, mejor dicho, no

tiene otro oficio que éste, el dignísimo de ir difundiendo la virtud que los otros exaltan, el heroísmo que los demás enaltecen, la sed de justicia que algunos anhelaron, la belleza, en fin, que los privilegiados crearon, para justificar el origen divino del hombre.



Su único oficio... que lo hacía feliz, si bien la remuneración que por su trabajo recibía estaba reducida a los cuatro granos diarios que constituyen el jornal del pájaro cantor.

Se llegaba a las casas, a las más alejadas y humildes casas, guiado por las veredas sinuosas que trazó la pezuña de las bestias y el pie desnudo de los pobladores, y lo veían acercarse,

con alegría, y como “la alegría es el hombre”, he aquí que Serapio Suárez humanizaba con su presencia a estos pobres seres adustos y sufridos como la planicie.

La choza donde entraba, alhajábase, porque las estrofas del “Martín Fierro” iluminaban las rústicas paredes, y ya no eran pobres quienes lo oían porque “si la pobreza es un estado de ánimo más que una carencia de cosas”, ellos eran ricos porque gozaban de la suprema belleza... Y entusiasmados –que es como si dijéramos endiosados–, asidos los espíritus a ese hilo de luz de la poesía, se evadían de si mismos “hacia la ciudad de las nubes donde se confieren el señorío del azul los prófugos de la tierra poseída”:

*Al dirme dejé la hacienda
que era todito mi haber
pronto debíamos volver
sigún el juez prometía
y hasta entonces cuidaría
de los bienes, la mujer.*

*Después... me contó un vecino
que el campo se lo pidieron
la hacienda se la vendieron
en pago de arrendamientos
y qué se yo cuántos cuentos,
pero todo lo fundieron.*

Así pasaban las estrofas, del primer verso al último... Y la choza, cálida de humanidad, encendida de pasión por el hechizo del arte, vibraba con el dolor de aquel hermano de raza, hombre

de bien injustamente agraviado, gracias a la magia de la voz de Serapio Suárez.

Pero si grande era el mérito de este hombre, no lo era menos el de sus oyentes, aquellos criollos que se erigían en sostén de aquel cantor y con él compartían, a cambio de versos, su miserable ración.

Sí, su miserable ración, allí donde se carecía de todo menos del hondo afán por las cosas de la belleza, revelada en este hecho tan sencillo como elocuente.

Pocos pueblos tienen tal aptitud colectiva para ansiar cosa alguna que no sea la posesión de bienes materiales, pocos pueblos que ostenten virtud tan preclara que los incite a preferir el canto al grano... Leopoldo Lugones lo reconoce diciendo genialmente: *¡Cuánta delicadeza de alma, cuánta nobleza ingénita revelaba el sostén de aquel cantor! La poesía era para ellos una necesidad... Desde los dulces tiempos de la civilización provenzal fundada en el heroísmo, ningún pueblo ha repetido semejante fenómeno.*

Pero hay más y no lo menos importante: una tarde, en uno de esos ranchos, se cuenta entre los oyentes un muchachito que ha venido de lejos, del poblado. Su tez, más clara que la de los moradores de la choza, está palidecida de emoción. Los entreabiertos labios parecen recoger con avidez uno a uno, sin desperdiciar siquiera la sílaba final que a veces se apaga al salir de la garganta del recitador, todos los versos del poema máximo.

Y este espectador conmovido era nada menos que Leopoldo Lugones, bebiendo en la fuente divina que había de procurarle, veinte años después, la gloria de ensalzar como nadie lo hiciera hasta entonces, el poema genial de nuestras tierras, el que, a su decir, *resume la poesía de los payadores⁵ encarnando su espíritu y exaltando su letra a la excelencia del verbo superior, cuyo es el don de la inmortalidad*. Lugones confiesa que debe a este Serapio Suárez su primer conocimiento del Martín Fierro y no es raro que esto ocurriera en una época en que las gentes ilustradas consideraban el poema de Hernández como inferior expresión de *cosas de gauchos*.

Lugones confiesa humildemente el origen de su amor por el poema con estas palabras que son, al mismo tiempo, un auto de fe de su menester glorioso: *Recuerdo haberme pasado las horas oyendo con admiración devota a aquel instintivo comunicador de belleza. Y creo, Dios me perdone, que ese mal ejemplo habrá influido para la adopción de tan pésima carrera como es esta de vivir rodando tierra sin más bienes que la pluma y el canto...*

Así empezó mi intimidad con la cosa más bella que el destino había querido ponerme en el alma... mi amor de patria... mi pretensión de hilar como la araña del rincón solariego, una hebra de seda y de luz en la cual vibrara algo de mi raza.

⁵ Un payador o payadora es un artista que se dedica al canto o composición de la forma folclórica musical conocida como payada. Conocidos en el cono sur de América (principalmente en Argentina) los payadores son músicos que improvisan un recitado en rima acompañado de una guitarra. En algunos casos particularmente entre los siglos XIX y XX, los payadores recorrían en forma itinerante distintos poblados del interior de Argentina y Uruguay, constituyendo esta su forma de vida. [N. e. d.]

Bendita sea la memoria de ese mozo, Serapio Suárez, que tanto bien sembró a cambio de los cuatro granos diarios de su sustento.

Fuente de información:

“EL PAYADOR”, de Leopoldo Lugones

EL BAQUEANO MAYOR

EL baqueano es un personaje difícil de tratar. Para ser de leyenda está demasiado cercano; para comprender su realidad, más que en pasado cronológico hay que situarlo en tiempo de historia, no de época. Es decir, hay que ubicarlo en plena epopeya de la independencia, en la hora febril del desgaje de tanta cosa honda arraigada, en medio del vendaval que barría nubes para dar paso al sol de la libertad.

Solamente así en esta fase, en la de la historia, cuando se hacían cimientos a base de penosas jornadas, el baqueano es lo que debe ser para nuestra emoción: un oficio con un sentido sagrado, enseñar a los patriotas el mejor camino para llegar más pronto a enfrentarse a la gloria o a la muerte.

Así lo vio Sarmiento y lo grabó a cincel en las inmortales páginas de su “Facundo”:

“El baqueano es un gaucho grave y reservado que conoce a palmos veinte mil leguas cuadradas de llanuras, bosques y montañas. Es el topógrafo más completo; es el único mapa

que lleva un general para dirigir los movimientos de su campaña. El baqueano va siempre a su lado. Modesto y reservado como una tapia, está en todos los secretos de la campaña; la suerte del ejército, el éxito de una batalla, la conquista de una provincia, todo depende de él.”

Ahora no lo concebimos. Ahora la ciencia se encarga de señalar caminos con exactitud en la minúscula escala de una hoja milimetrada y hasta en la región de las nubes donde todo derrotero está borrado, manómetros, giróscopos, agujas iluminadas y cuadrantes rosados tejen el exacto canevá⁶ donde las alas mecánicas deben bordar la línea que unirá acaso dos hemisferios. La memoria del hombre ha quedado relegada a una función menor: a conservar imágenes para sus emociones. El ojo imperturbable de la cámara fotográfica, frío y oscuro, captará mejor que la mejor retina los detalles estratégicos de un lugar. Pero entonces no existía aún y la Naturaleza, que a pesar de todo ayuda siempre a su enemigo el hombre, creaba de tanto en tanto seres privilegiados con un poder de retentiva extraordinario, que rayaba en lo perfecto. Ese era el baqueano, que conocía los posibles caminos en veinte leguas cuadradas a la redonda.

No hay secretos para su perspicacia, que está en íntimo paralelo con su memoria. “Él sabe el vado oculto que tiene un río, más arriba o más abajo del paso ordinario, y esto en cien ríos o arroyos; él conoce en las ciénagas extensas un sendero por donde pueden ser atravesadas sin inconveniente, y esto en cien ciénagas distintas. En lo más oscuro de la noche, en medio de

⁶ Tela gruesa con agujeros que se emplea para bordar; también conocida como cañamazo.
[N. e. d.]

los bosques o en las llanuras sin límites, perdidos sus compañeros, extraviados, da una vuelta en círculo de ellos, observa los árboles; si no los hay, se desmonta, se inclina a tierra, examina algunos matorrales y se orienta de la altura en que se halla, monta en seguida y les dice, para asegurarlos: *Estamos en dereceras de tal lugar y a tantas leguas de las habitaciones; el camino ha de ir al sur*, y se dirige hacia el rumbo que señala, tranquilo, sin prisa de encontrarlo, y sin responder a las objeciones que el temor o la fascinación sugiere a los otros.”

Hay un croquis perfecto como diseñado en su cerebro con lápices de todos los colores: una flecha roja dándole el alerta al remanso traicionero, un trazo azul sinuoso es el arroyo sereno, una mancha verde el anuncio de la selva *donde poder entrar a beber sombra y a respirar coraje...*

No solamente su portentosa memoria visual utiliza, sino que todos sus sentidos le ayudan. No olvidará jamás el sabor de un pasto, ni el olor de un trebolar, y la sequedad o la aspereza de las tierras que desmenuza entre sus dedos informará a su tacto indicándole a cuánta profundidad está el agua que busca... “Si se encuentra en la pampa y la oscuridad es impenetrable, entonces arranca pastos de varios puntos, huele la raíz y la tierra, las masca, y después de repetir este procedimiento, se cerciora de la proximidad de algún lago o arroyo salado o de agua dulce y sale en su busca para orientarse fijamente. El baqueano anuncia también la proximidad del enemigo hasta diez leguas y el rumbo por donde se acerca. Cuando se aproxima observa el polvo y por su espesor cuenta la fuerza: ¡Son dos mil hombres!, dice, o son quinientos... o doscientos..., y el jefe obra bajo este dato que casi siempre es infalible.”

Por todo esto se hacía indispensable en las marchas de los ejércitos y se confiaba en él como en un oráculo. ¿Era siempre fiel a su deber? Siempre, si su deber era servir a las gentes de su tierra con lo mejor de sí mismo, hasta con su vida. La pequeña historia que sólo cuenta hechos con minúscula porque los protagonistas no poseen nombre ni títulos, tiene en su haber algunos episodios de baqueanos cuya heroicidad los hicieron perpetuarse en la tradición. Se narra así de baqueanos contratados por jefes españoles para señalar, en la época de las guerras de montoneras, el camino a seguir con el objeto de sorprender a los patriotas y diezmarlos. El criollo parecía aceptar de buen grado su misión de traidor, de entregar a sus paisanos a cambio de un puñado de patacones, pero cuando los confiados realistas habían cumplido largas etapas por los caminos más ásperos caían en la cuenta de que el baqueano los engañaba llevándolos por un lugar opuesto. Naturalmente el hombre pagaba con su vida su osadía, pero, ¿qué importaba la vida ante el bien de la tierra dulce y querida?

Hubo uno, el baqueano mayor de nuestra Historia grande, de nuestra Historia con mayúscula, cuyo perfil se aparta del molde común, pero que en el desempeño de ese oficio está a la cabeza de todos ganándose el título de baqueano número uno de los argentinos. Se llamaba José Antonio Alvarez Condarco; había nacido en Tucumán por 1780, siendo su padre alcalde de la ciudad, cargo ejercido en nombre de la Madre Patria. En 1810, cuando se agitaron las entrañas de América y los criollos se sintieron capaces, él también puso su corazón al servicio de la causa emancipadora. Doble valor tenía esta adhesión porque importaba patriotismo y capacidad, pues su título de ingeniero militar lo hacía apto en la preparación de elementos de lucha.

Empezó encargándose de la dirección de una fábrica de pólvora en Córdoba hacia 1812, y luego en Mendoza con igual tarea. Allí lo conoció el General San Martín, quien, como se sabe, tenía el raro don de adivinar las aptitudes de los hombres que frecuentaba y estimular condiciones y virtudes para servirse de ellas en beneficio de su ideal.

Poseía Alvarez Condarco una maravillosa memoria topográfica... ¿Quién mejor entonces que él para desempeñar la misión que San Martín necesitaba urgentemente? En 1816, cuando el ejército estaba preparado para la estupenda aventura, el General lo llamó a su despacho.

–Sargento Alvarez Condarco: necesito que usted cruce la cordillera para entregar al Capitán de Chile don Francisco Marcó del Pont, jefe de los realistas de aquel territorio, una copia legalizada del acta de Independencia que acaba de firmarse en el Congreso de Tucumán. Seguramente a Marcó del Pont no le interesa saber que en este lugar de América seguiremos luchando por la Independencia, más aún, el conocimiento del acta provocará su ira. Y entonces... hay dos posibilidades que contemplar: o Marcó del Pont lo manda ahorcar a usted por haber llevado un insolente mensaje o lo hace salir inmediatamente de Chile por el camino más corto o sea por el paso de Uspallata. Como usted irá por el más largo, o sea el de Los Patos, si regresa estará en condiciones de entregarme con todo detalle el itinerario de estos dos pasos por los cuales realizará mi ejército la invasión a Chile.

¿Cómo no se rompió en dos la voz de San Martín ordenando misión tan arriesgada al sargento Alvarez Condarco, que era,

además de su colaborador, su amigo, su íntimo amigo, ya que hasta lo hizo padrino de su hija Mercedes?

Intereses más altos que los individuales urgían, y el ingeniero militar parte a su destino en esa peligrosa misión.

Va con escolta, para mejor disimular la estratagema; elige dos apuestos soldados, acaso para que Marcó del Pont vea cuán gallardos son sus enemigos del otro lado de los Andes, y un corneta que dará desde lejos su toque de atención a la llegada.

Por el Paso de Los Patos la pequeña embajada ya está avanzando con una misión que sus mismos integrantes ignoran. Al baqueano nada lo distrae: debe caminar... caminar en medio del espectáculo más grandioso y no admirarlo, del panorama más majestuoso y no sentirlo, de la hermosura más serena y no gozarla...

¡Cuánto esfuerzo para no dejarse extasiar ante el cuadro de un crepúsculo o un amanecer de ensueño! ¡Cuánto esfuerzo para no dejarse caer junto al hilo de agua rumorosa, cuyo acompañamiento suavizará los latidos del corazón! ¡Cuánta voluntad para permanecer impasible a la belleza! El baqueano se debe a su oficio; no puede admirar a la Naturaleza, debe rendirla, rumiarla, asimilarla a su memoria. Debe aprenderla para vencerla. Pero la montaña es más difícil que el llano y ahí va él, dialogando, razonando con el precipicio y el abismo y el alud... Un día y otro y otro más... Hasta que al fin el corneta lanza su alerta frente al palacio del gobernador. Marcó del Pont abre el pliego que le presenta el mensajero de San Martín y tiembla de cólera. ¿Habrás visto mayor insolencia? ¡Si merecería que

ahorcarse en el acto al emisario como respuesta a tan insólito mensaje! Pero un hado tuerce su designio, la cólera se trueca en desprecio. Hace comparecer a Alvarez Condarco:

*–Ordeno a usted regresar por el camino más corto y llevar al General San Martín esta nota en respuesta a su insolencia...
–dice.*

Se cumplía una de las previsiones de San Martín. De nuevo Alvarez Condarco está en marcha y de nuevo en su oficio para poder luego andar y desandar el camino grabado en su cerebro. Ahora va por el camino más corto, pero a las alas que llevaba en el corazón oponía el lastre de su tarea responsable. Había que volver con el nuevo camino tan estudiado como el otro.

De esa manera pudo Alvarez Condarco entregar a su General el plano más minucioso, más perfecto, de los senderos de la gloria, por donde pasarían los ejércitos.

También fue con los soldados, y las batallas de Chacabuco y Maipú lo contaron en la fila de sus héroes. Después, y en misión oficial, lo mandaron a Europa. Permaneció allá varios años y al querer regresar a su patria, él, el baqueano mayor, no pudo encontrar el camino para llegar a ella. La tiranía había borrado todos los rumbos para los hombres dignos. Permaneció desterrado en Chile hasta su muerte, que ocurrió a mediados del siglo pasado. Vale la pena consignar un detalle más, que asemeja a este patriota a todo otro baqueano, a aquel criollo humilde que como describe Sarmiento es grave, modesto, reservado. Y es que este baqueano también murió en la pobreza. Más todavía, en la miseria. Las crónicas de la época

anotan que, para dar sepultura a sus restos, fue menester hacer una colecta entre los vecinos.

Así emprendió la marcha hacia el infinito nuestro baqueano mayor, por el camino de la eternidad...

Fuente de información:

“FACUNDO”, de Domingo F. Sarmiento



...Y SU ALMA VOLVIÓ A LA QUERENCIA

William Henry Hudson, escritor inglés que nació y vivió en la Argentina hasta sus 33 años de edad... dicen los datos de su biografía en los textos de literatura inglesa.

Por nuestra parte consignamos los hechos así: Guillermo Enrique Hudson nació en Quilmes (provincia de Buenos Aires). A los 33 años se radicó en Inglaterra donde escribió en inglés varios libros de contenido y estructura criolla.

¿Inglés? ¿Argentino? Disputado por dos países como propio, honrando a los dos por su talento, amando a los dos, residiendo la mitad de su vida en cada uno de ellos, murió en Londres viviendo en las pampas...

¿Cómo puede ser esto cosa absurda? ¿Murió en Inglaterra viviendo aquí? Antes vamos a señalar una coincidencia curiosa, que denotaría cómo, desde su nacimiento, el destino le asignaba dos tierras por patria:

Sus padres, Daniel Hudson y Catalina Kimble, eran norteamericanos. Recién casados llegaron a estas tierras,

estableciéndose en la campaña de Quilmes y dedicándose a la ganadería.

La madre, mujer de gran corazón, ganó bien pronto las simpatías de la gente del lugar, entre la cual figuraba una vieja criolla que le tenía profundo afecto, a pesar de saber que la extranjera profesaba el culto protestante y *aunque no sabía exactamente lo que eso significaba, suponía que tenía que ser muy malo.*

Cuando nuestro escritor nació –el 4 de 1841– la vieja criolla se empeñó en convencer a la madre de la criatura que debían llamarlo Domingo porque había llegado al mundo el día de Santo Domingo. Con eso pretendía si no convertirla a su fe... aproximarla, haciendo que no desconociera a los santos católicos.

Pero la madre ya tenía elegido su nombre: William Henry y no transigió con el deseo de la amiga, quien se apenó mucho y reconoció que era el único dolor que la extranjera le había ocasionado en los largos años de su frecuentación.

Lo extraordinario fue que la criolla y sus familiares lo llamaron siempre Domingo.

Hudson pasó su infancia y parte de su juventud en Quilmes y otros lugares de la provincia haciendo vida perfectamente identificada con el ambiente, montando a caballo desde los seis años, ocupándose luego de faenas camperas, adentrándose en las modalidades del paisano, oyendo y reteniendo sus cuentos y dichos, ambulando las pampas en éxtasis contemplativo, aprendiendo su naturaleza y anotando para darla a conocer más

tarde cuanta observación hiciera respecto a su flora y fauna y de ésta, en particular, a sus pájaros, de la cual resultaría posteriormente su texto “Pájaros en la Argentina”. Ya hombre, cruzó de Norte a Sur el país demorándose años en la Patagonia, con cuyo cuaderno de apuntes formó su libro “Días de ocio en la Patagonia”. Viajó al Uruguay y las notas tomadas en esa tierra estructuran su novela “Tierra Purpúrea”. Su obra “El Ombú” es, según su confesión, una repetición de “sucedidos criollos” que le narró un viejo llamado Nicandro.

Pero todo esto y los veinte tomos más que completan su labor los escribió en Inglaterra, adonde se dirigió cuando contaba 33 años. Habían muerto sus padres y sus recursos eran escasos. No se supo qué motivo lo instó a alejarse del país. Alguien insinuó que fue a raíz de una cuestión sentimental. ¡Quién sabe! El buen mozo –1,86 de estatura, cara morena bien formada, pardos ojos dulcísimos, lento hablar convincente, que despertaba en todas las mujeres especial simpatía–, acaso no encontró en una lo que su afán buscaba... Lo cierto es que nunca lo dijo.

En Inglaterra sigue siendo más pobre que en su patria... No es que necesite mucho para sí, y alguien que lo conoció en Londres lo recuerda “vagando por las plazas y parques de la ciudad muchos días, apenas con un vaso de leche solamente y algunas migajas de pan que compartía con los pájaros”. Este inglés gaucho que amaba los espacios abiertos y la sensación de libertad, en cuanto puede recorre la campaña –con preferencia por las regiones llanas, como para engañar a su corazón que “le tiraba hacia las pampas”–. pasando los días detrás de los pájaros que estudiaba para sus trabajos de ornitología.

Tiene más de cuarenta años cuando escribe su primer libro, pero editorialmente fracasan sus obras durante diez años. Acaso ya no puede reunir más el dinero necesario para volver a la Argentina. Cuando el tiempo le cura, aparentemente, su deseo de regreso, le escribe a un hermano que reside en Córdoba y lo insta a venir, diciéndole que es “demasiado tarde, aunque todavía después de tantos años le vuelve la angustia de aquella tierra tan abundante de pájaros y montes frondosos donde podía haber hecho tanto”.

¿Se sentía desterrado en tierra extranjera? Él esperaba poco de los hombres y así como no dio nunca importancia al rechazo de los originales que le hicieron muchos editores, tampoco se conmovió cuando lo elogiaron.

Ya en los sesenta años, sus apuros económicos conmueven a un amigo londinense que propone el nombre de Hudson para una pensión literaria que asignaba el Parlamento. Tenía entonces publicados diez libros y sus trabajos científicos de ornitología eran reconocidos por las sociedades de la materia. Sin embargo, el espíritu sensible del escritor, demasiado delicado para pedir auxilio, se resistía a aceptarla; pero sus amigos insistieron. Para obtener esa pensión tuvo que naturalizarse ciudadano inglés. Pero cuando al final de su vida sus libros le reportaron algunas entradas, Hudson renunció a la pensión, aunque sus medios de vida todavía no eran gran cosa.

Y acaso para que su patria no creyera que había renegado de ella, devuelve a su tierra su corazón acongojado de ausencia, sangrante de añoranza, latente de recuerdos, feliz de infancia, en el libro que escribe, tres años antes de morir, ya casi a los

ochenta de edad, y que titula como suspirando “Allá lejos y hace tiempo”.

“Allá lejos y hace tiempo, explica. No tuve nunca la intención de hacer una autobiografía. Cuando, en los últimos años, mis amigos me preguntaban por qué no escribía la historia de mi niñez en las pampas, les respondía siempre que ya había relatado en libros anteriores todo lo que valía la pena contarse”.

Así lo creía, porque, efectivamente, llenos están sus libros de motivos sudamericanos. Sin contar los ya citados, especialmente de temas regionales, o “El Ombú”, que contiene cinco relatos “criollos hasta los caracuces”, en los otros, aun en aquellos que tratan de cosas o animales de Inglaterra como el titulado: “Una cierva en Hyde Park”, no pasan muchas páginas sin que un recuerdo –costumbre, episodio, personaje nuestro–, irrumpa en ellas. Pero esta vez ya no son recuerdos, es algo más fuerte que una evocación, algo sobrenatural, un estado mental especialísimo que lo obliga a escribir... Ocurre en el período de una enfermedad. Hudson había salido de Londres, debilitado y deprimido, para llegar a la costa del mar en el Sur, y él, que amaba tanto el cielo claro y los colores brillantes, permanece toda la tarde y parte de la noche a la intemperie de un fuerte viento del este. La consecuencia fue una gravísima enfermedad que lo retuvo en cama seis semanas.

Y, cosa inaudita:

“Yo, que siento que no ‘vivo’ verdaderamente –dice– cuando estoy distante de todo lo que vive, lejos del pasto que crece, sin oír el canto de los pájaros o los sonidos que vibran en la vastedad

del campo. nunca me sentí menos prisionero que en esas seis semanas. Habían sido muy felices para mí, y durante el transcurso de ellas nunca pensé en el más pequeño dolor físico...”

Y es que, al segundo día de su enfermedad, en un intervalo de calma que le dejan sus agudos dolores, empieza a resurgir su niñez... No, no era el recuerdo, el estado psíquico por el cual un perfume o un sonido trae aparejado una escena pasada. Era diferente porque implicaba todo el panorama situado en ubicación y tiempo pretéritos.

“Fue –aclara– como si las sombras, las nubes, la bruma se hubieran desvanecido y el amplio paisaje se tornara nítidamente claro ante mi vista. Sobre todo, mis ojos podían recorrerlo a su antojo eligiendo éste o aquel punto para examinarlo en todos sus detalles, o en el caso de alguna persona conocida por mí cuando niño, seguir su vida hasta el final o hasta el alejamiento de la escena, y luego volver al mismo punto para repetir el proceso con otras vidas y reasumir mis paseos en los viejos sitios familiares”...

Siempre había andado y toda su vida fue un andar sin pausa. La pasión migratoria de las aves lo preocupa y lo deslumbra. ¿Será por ventura que quiere justificar la suya propia? ¿Buscaba ser algo más que un hombre? ¿Acaso quería encontrarse en otra esfera y ser pétalo en la flor, pluma en el ala, brizna en la pradera, pelusa en el cardo, rocío en el hocico húmedo del caballo querido? Ahora andaba más y más lejos: su alma había emigrado como una golondrina que en su invierno buscara el calor de una época, y andaba sin el lastre del cuerpo...

Porque, sostenido por almohadas, temeroso de que el viaje de su alma se interrumpiera de pronto, febriles sus dedos, empieza a tomar notas, ordenar impresiones, a hacer, en suma, el borrador del libro.

El otoño en vano golpea en los cristales del cuarto débilmente alumbrado con el repiqueteo de su lluvia en granizo; mientras la enfermera dormita cerca del fuego, él no está allí y su gozo le trae lo que su afán clamaba a sus 15 años, cuando temía convertirse en hombre y perder el deleite de su alma de niño...

–”¿Qué deseaba entonces?, escribe alucinado. ¿Qué quería yo tener? Si hubiera sido capaz de expresar lo que sentía, habría replicado: Sólo quiero conservar lo que poseo.

“¡Levantarme cada mañana y mirar el cielo y la tierra verde toda mojada de rocío. Esperar que llegue la primavera para sentir la misma vieja y dulce sorpresa de gozar con la aparición de cada flor familiar, con cada insecto que nace, con cada pájaro que torna. Escuchar, en éxtasis delicioso, las notas salvajes del chorlo dorado que una vez más regresa a la gran llanura, volando en bandadas. Trepas a los árboles, y poner mi mano en el caliente y profundo nido de los benteveos y palpar sus huevos tibios, los cinco huevos color crema, con pintas chocolate!

“¡Recostarme sobre la verdosa orilla, con el agua azul entre los altos juncos, y yo... escuchando los misteriosos sonidos del viento, y el murmullo escondido de las gallinetas, gallaretas y batitúes, conversando entre ellos con extraños tonos de voz humana. Montar a caballo en las calientes tardes del verano, cuando toda la tierra brilla con ilusiones de agua, y mirar los

caballos y el ganado a montones cubriendo la llanura en las aguadas; visitar las guaridas de los grandes pájaros a esa hora tranquila y cálida, y ver cigüeñas, bandurrias, garzas blancas de deslumbrante blancura y flamencos parados en las aguas! ¡Quedarme tirado de espaldas sobre el tostado pasto de enero, contemplando el ancho cielo blanco y azul, poblado de millares de panaderos de flor de cardo, siempre flotando en el aire, mirar y mirar, hasta que ellos se convirtieran para mí en seres vivientes, y yo, en arrobamiento del alma, flotar entre ellos en ese inmenso y luminoso vacío!”

La vida, a la que había amado tanto en todas sus manifestaciones –porque encontraba belleza hasta en los yuyales amarillentos y en los animales más repulsivos como en las víboras, por ejemplo–, le hacía la gracia de tanta ventura, que él gozaba ya a las puertas de su muerte, con la misma fruición que en los primeros años.

Y su alma de poeta, de genial poeta –aun cuando sólo escribió en su vida una poesía, “El gorrión de Londres”–, se expansionaba, y de tal viaje maravilloso trajo este libro, conceptuado mundialmente entre los mejores libros de infancia que se hayan escrito. Aunque redactado en el más puro inglés, aunque su autor tenga un monumento en pleno Hyde Park de Londres, y sus restos descansen en el cementerio de Worthing “bajo la sombra de un pino donde lloran las tórtolas”, sus bien amadas tórtolas, este libro es criollo por derecho de amor a nuestra tierra.

Ni una línea sobra en ese apretado volumen de más de 300 páginas que forman “Allá lejos y hace tiempo”, y que hizo

Hudson cuando su alma volvió a la querencia, desde una habitación de las costas inglesas en el otoño de aquella enfermedad providencial...

Por eso cuando miramos con amor un pájaro que cruza el cielo de la pampa que tanto amó, nos parece que él mira desde nuestras pupilas...

Fuente de información:

OBRAS DE ENRIQUE G. HUDSON

EL PRIMER ACTO DEL CONGRESO DE 1816

NUESTRO primer contacto con el hecho histórico de la proclamación de la Independencia fue de deslumbramiento. porque antes de aprender a leer quizás, nos extasiábamos contemplando el cuadro titulado: “Los congresales de 1816 aclamando la Independencia”.

La lámina en doble página del infantil texto de Historia nos atraía con sus vivos colores armoniosos, donde resaltaba el celeste, grato a nuestra emoción porque lo sabíamos color de la bandera, que irrumpía en la sala histórica por una ventana abierta sobre el cielo y se repetía en la gran escarapela que adosada a la pared amparaba la magna reunión. Sobre la alfombra roja, cálida y brillante como imaginábamos la sangre vertida por la libertad, de pie, magníficos, los congresales. El grupo era arrogante: las cabezas erguidas, unos con el brazo derecho en alto, otros con la izquierda sobre el corazón. Nos gustaban los trajes de ceñidos pantalones blancos, los enhebillados zapatos, los hábitos sacerdotales matizando el conjunto de levitas...

Nos demorábamos en cada figura, y a fuerza de repasarlas podíamos designar el lugar de todos y empezar colocando, tras la mesa encarpetada de verde, la estupenda efigie del bizarro Laprida con sus treinta años escasos, austero y emocionado, presidiendo, la mano pálida junto al tintero que sostenía la pluma de ave, cuya fragilidad nos inquietaba.

Después, cuando supimos leer, nos atrajo la sonoridad del Acta de la Independencia:

Ese delicioso comienzo con sabor a cosa añeja que parecía perfumar de incienso y aromatizar de vergel... *En la benemérita y muy digna ciudad de Tucumán...*

Y aquel empeñado decir de su propósito: *...universal, constante y decidido el clamor del territorio entero por su emancipación...*

Y aquel grito del corazón latiendo coraje, apretados dientes y puños para no desmentirse: *...declaramos solemnemente a la faz de la tierra que es voluntad unánime e indubitable de estas provincias romper los violentos vínculos... y de toda otra dominación extranjera...*

Y aquel juramento de vida y muerte: *...comprometiéndose por nuestro medio al cumplimiento y sostén de esta voluntad bajo el seguro y garantía de sus vidas, haberes y fama...*

Probablemente no comprendíamos todo el sentido de las palabras, pero esa Acta tenía una heroicidad que intuíamos, aun en nuestra ignorancia de la Historia. Porque en esa época creíamos que la Declaración de la Independencia había surgido

como una flor, por conjuro, tal como aparecía a nuestra vista, con solo abrir el libro, ese cuadro en toda su magnificencia. Sólo después tuvimos idea del estado caótico por el que atravesaba el país en ese momento, pero en verdad más que la Ciencia fue el Arte quien nos informó, ya que la impresión real la tuvimos a través de un soneto de Guido y Spano titulado “La Independencia”. En el engarce maravilloso de sus catorce versos supimos de los reveses por que atravesaba el país, odiamos al enemigo engreído por sus momentáneos triunfos, sufrimos en el dolor de la tierra humillada, hasta que la palabra –siempre el verbo principio de toda cosa– creaba el triunfo que nos exaltaba. Con toda unción lo recitábamos en la fiesta patria:

*La tierra estaba yerma, opaco el cielo,
La derrota doquier. Nuestros campeones
Que en la tremenda lid fueron leones,
Ven ya frustrado su arrogante anhelo.
América contempla en torvo duelo
La bandera de mayo hecha girones
El enemigo avanza: sus legiones
Cantan victoria estremeciendo el suelo.
Pero la Patria irguiéndose entre ruinas
¡Atrás! prorrumpe; libre se proclama,
Rompe el vil yugo con potente brazo.
Y triunfantes las armas argentinas
Llevan la libertad, su honor, su fama
Desde el soberbio Plata al Chimborazo!*

Con los años cambiaron nuestros gustos y a la historia subjetiva que presenta los hechos tamizados por un espíritu recreador, preferimos la historia objetiva que hace crónica de

los acontecimientos. Y así buscamos en los papeles amarillentos, con la sugestiva pátina del tiempo, la verdad sin matices. Y resultaba que muchas veces de la brevísima nota o de la complicada fraseología de la época surgía un hecho que provocaba nuestra emoción como la más perfecta obra de arte.

Es lo que nos ocurrió frecuentemente al seguir el desarrollo del Congreso de Tucumán a través de las páginas de “El Redactor”, diario que llevaban escrupulosamente los congresales, anotando por orden cronológico las sesiones del Congreso que empezó a funcionar en marzo de 1816.

El ojo avisado, acostumbrado a compulsar movimientos históricos, ya antes de las primeras reuniones, en el modo de elegir los diputados que debían integrarlo, pudo darse cuenta que este Congreso no podía ser una asamblea más, sino la Asamblea por antonomasia.

Nació de modo diferente a las anteriores porque si el Cabildo de 1810 fue inspirado por una hora de urgencia, y la Asamblea del año 13 surgió del júbilo en plena tarea creadora (no olvidemos que la escarapela, la bandera y el himno le pertenecen), esta de 1816 se engendró entre el peligro español y la amenaza interior de la aparición de los caudillos.

Sin embargo, desde que las capitales de provincias reciben la orden de enviar representantes al Congreso por efectuarse en Tucumán, los criollos sienten la responsabilidad del momento y hacen política de lealtad, a todo corazón, eligiendo a quienes han de representarlos, con raro tino, sobre todo si se tiene

presente que pocas veces habían ejercido la facultad de expresar opinión en asuntos públicos.

La elección recayó en personas de la tierra, gente nueva en esos afanes, pues de todos únicamente Pueyrredón había tenido contacto anterior con la cosa pública, y tan americanos que salvo fray Justo Santa María de Oro, quien había hecho un viaje a España, ningún otro conocía Europa.

Todos, eso sí, eran hombres de estudio. Jurisconsultos, sacerdotes y dos militares forman el grupo. Los más de ellos fueron arrebatados al ejercicio de la cátedra –filosofía, lógica, teología–, que desempeñaban en ese tiempo y que dictaban gratuitamente en muchos casos. Ser diputado al Congreso de Tucumán, por ende, era un honor porque significaba una estricta selección de méritos, una puja de valores acuñados en el recinto de la cátedra, en el gabinete del estudioso, en el ejercicio del sacerdocio, ministerios hechos de aislamiento y silencio, de esfuerzo sin realce inmediato, de empeño sin brillazón deslumbradora. Era un honor, pero era una carga que implicaba tarea y sacrificios y una severa disciplina para obedecer, sobre todas las cosas, el mandato del pueblo que los nombraba. Algunos de los que resultaron elegidos, temerosos de no poder desempeñarse, renunciaron pidiendo que se ratificara la designación y hubieron de aceptar finalmente.

Ya ungidos por el voto popular y prestos a llevar la voz de sus conciudadanos al Congreso, ¡cuánto detalle interesante presentan a quien sabe leer entrelíneas! Y uno de ellos es la falta de recursos de estos hombres, indigencia que les impide costearse el viaje. Lo peor es que a veces los Cabildos que los

eligen son tan pobres como ellos, pues las escasas entradas habidas se agotaron en los cinco años que se llevaban de lucha. Para proveer a lo necesario, a lo estrictamente necesario de los diputados que debían emprender el viaje, tuvo que recurrirse a préstamos de particulares. Ocasiones hubo en que ya instalado el Congreso debió remitir fondos para equipar a sus representantes.

Pero todo se subsana y los electos logran marchar rumbo a Tucumán. Algunos utilizan la carreta que hace la ruta comercial al Norte, otros viajan a lomo de mula. Días y días la mula marcha salvando riscos y acortando distancias con la carga de su hombre en el lomo. El hombre mira hacia el Norte y en el espacio converge su mirada con la de los otros que van también a la benemérita ciudad del Tucumán, grávidos de la responsabilidad que importa estar forjando la argentinidad o sea “el deseo de hacer algo bueno para todos”.

Cuando, por fin, ya juntos, llegó el día memorable que el cuadro histórico perpetúa, pienso que en vez de los rasos y las hebillas doradas cuyos reflejos nos llevaban los ojos, debió haber muchos zapatos mediosuelados y oscuros pantalones ajados... ¿Censuraremos al pintor que disimuló, a sabiendas o no, esas realidades y estilizó el escenario donde tuvo lugar el acontecimiento? No; el artista supo lo que hacía: el gesto brillante y la luminosidad del alma de esos congresales tenían tal fulgor que aclaraban los rostros y embellecían las cosas al proyectar su luz de porvenir. No podía representarse de mejor manera.

Mas yo quiero evocar aquí una circunstancia especial que permitió a esos hombres ofrecer un espectáculo digno de su augusta misión.

El Congreso se inauguró el 24 de marzo de 1816 representando “la esperanza de los pueblos” y regocijando al territorio entero por el hondo significado del acontecimiento. Las sesiones de los primeros días transcurren en aceptación de diputados y designación de autoridades. Hasta que el 6 de abril ocurre...

Dejemos que el “Redactor” en su parte del día nos informe:

“Sesión del día 6 de abril de 1816.

“Este día estaba destinado por la justicia para el castigo de once miserables delincuentes que habían desertado escandalosamente de las banderas de la patria, llevando consigo armas y municiones y haciendo fuego a una partida que se destacó para apresarlos. Verdad es que el público miraba en los reos a víctimas de crímenes cometidos contra la patria, pero once vidas perdidas en un momento, después de tantas que han perecido en la lucha, le presentaban un espectáculo desagradable y que ponía en tortura los sentimientos de su piedad. Con mayor razón no pudo serle indiferente este lastimoso objeto al Soberano Congreso, instalado no menos sobre las bases de humanidad y clemencia que sobre las de la justicia y rectitud. Sensible a la desgracia de estos miserables determinó salvarlos. A las ocho de la misma mañana del día destinado a la ejecución de esa trágica escena, el Señor Presidente convocó a la Soberana Asamblea y tomando la

palabra, hizo ver del modo más patético ser éste el lance de dar a conocer al mundo que el Congreso jamás difería al uso de las armas de la justicia sino cuando no alcanzasen a corregir los delitos las industrias de la piedad. Que la voz muda de aquellos miserables elevaba hasta el Congreso su doloroso reclamo, y que estaba en el orden de los derechos de la justicia el que ésta declinase alguna vez a la misericordia. La imploró luego para aquellos miserables, y tuvo el dulce placer de ver apoyada su piadosa misión por el consentimiento unánime del Cuerpo Soberano”.

Pueyrredón presidía la Asamblea y era elocuente, pero no hubo de forzar demasiado su oratoria para inclinar a sus compañeros a la piedad. No podía tildárselos de ligeros en sus decisiones o despreocupados por las circunstancias, a quienes sabían crimen de lesa Patria desertar de sus filas en esa hora apremiante y a quienes como ellos le ofrendaban “vida, hacienda y honor”; pero sintieron la necesidad de sellar una primera sesión de esta Asamblea, esperanza de todos, con un acto de clemencia que al pueblo criollo –y como tal “enemigo de alardes y ruidos inútiles”– regocijaría más que cuanta fiesta de salvas, músicas y fuegos fatuos pudiera ofrecérsele. Y no se equivocaban. El relator de la sesión del 6 de abril lo cuenta con la sinceridad de su documento haciéndonos saber que, obtenido el voto de indulto para los once desertores, se los restituía. además, al servicio de la patria en sus respectivos puestos.

En el lugar en que debían ejecutarse se constituyeron tres miembros del Congreso y en el instante en que los reos se disponían a oír por última vez sus nombres con la condena

oprobiosa, el ciudadano Pueyrredón mandó hacer alto y fijando la atención del pueblo exclamó:

–El Soberano Congreso en honor de su instalación gloriosa perdona a estos miserables reos. Perdón y ¡viva la Patria!

Y el júbilo popular se deshizo en llanto y el ¡viva! con que rubricaron la frase fue, más que nunca, decisión de coraje y afirmación de lealtad a esos hombres que en el 9 de julio memorable salvaron la Patria.

Fuente de información:

“EL REDACTOR DEL CONGRESO DE 1816”.

LA VICTORIA NO DA DERECHOS

¿PUEDE una frase, que en un momento especial profiere un hombre público, representar el pensamiento de un pueblo? ¿Puede sintetizar el estado de ánimo de toda una nación?

Si nos atenemos a la estricta realidad de los hechos históricos y sociales nuestra teoría falla, porque un hombre no es un pueblo, pero es tan grato, es tan dulce creer en la superioridad de los más, pensar que una calidad del espíritu pueda ser patrimonio de un pueblo, aunque sea en un momento de su vida, que vamos a sustentar nuestra hipótesis con episodios, empeñados en demostrar que la frase la victoria no da derechos estuvo en el corazón, en la sangre, en el aliento de nuestro pueblo, consustanciada en el heroísmo que lo hacía fuerte, precisamente porque le dejaba ser justo y magnánimo.

Reveamos un poco papeles de época y ubiquemos en su medio la frase en cuestión, cuya pertenencia adjudicamos no siempre acertadamente.

El año 1870 marca el fin de la guerra con el Paraguay. La Argentina, por el triunfo de sus armas, ocupaba una parte del Chaco, en primer término por la victoria militar lograda, y además por creer que ese territorio le pertenecía. La suerte del general Solano López hacía inconcebible toda reacción del país vencido, quien, en cinco años de lucha, había perdido prácticamente su población masculina.

Fue entonces cuando el doctor Mariano Varela, ministro de Relaciones Exteriores dijo:

“Reivindicando el territorio del Chaco por el triunfo de nuestras tropas, su ocupación ha sido un hecho natural y lógico. Sin embargo, el gobierno argentino sostiene que la victoria no da derechos y que los límites deben ser discutidos y su fijación establecida en los tratados que se celebren, después de exhibidos por parte de los contratantes los títulos en que cada uno apoya sus derechos.”

La frase, grata a nuestra sensibilidad y a nuestra emoción porque la pronunciaron labios argentinos, ha de haberse alzado como una estrella salvadora en el horizonte sombrío del vencido.

¿Pero qué significaba esta frase absurda en su brevedad axiomática, y casi paradójal de primera impresión? Si no da derechos la victoria, ¿para qué sirve?

Hondo significado que sólo un nuevo continente podía captar, y es que la victoria da deberes a quien la logra por mejor, y el primer deber del fuerte es acatar la razón del débil. Eso sostuvo

con sus palabras el ministro Varela y lo defendió con tesón hasta conseguir imponerlo. Por ello, la Argentina aceptó el juicio del presidente de una nación extranjera que en 1878 falló a favor del Paraguay y devolvió la parte del Chaco que había ocupado por el triunfo de las armas.

Aquella hermosa frase originó este hermoso gesto.

Hemos querido encontrar la raigambre que sostiene aquel árbol, cuya flor soberbia y perfumada irradió su armonía de belleza desde la mano que la ofrecía al mundo en forma de palabras, de cinco palabras en apretado haz de magnanimidad: *La victoria no da derechos...*

Para saber hasta qué punto era natural de toda naturalidad este decir sin precedentes históricos –pronunciado a través de un documento público de posguerra, en el instante mismo en que los ánimos aun podían estar encendidos, reflejando conciencias hoscas y adversas–, espigamos en la historia y la leyenda confundiéndolas, porque si historia es crónica de lo sucedido, leyenda es relato de lo que pudo suceder.

No es menester larga búsqueda: nutrido anecdotario recoge gestos de hombres de nuestra tierra especialmente en el tiempo más duro y más alto, en el que marca la formación de la patria, asevera nuestra presunción.

De intento nos remitimos precisamente a esa época febril, apasionada y vibrante de la lucha por la libertad, a esa época en que a un renuncio podía oponérsele aquello de el fin justifica los medios. Pero los hechos registrados dan razón a nuestra esperanza: la victoria no da derechos es frase del pueblo.

Mencionaremos dos episodios encontrados casi al azar: el primero, uno anónimo, tomado de un relato que hace Leopoldo Lugones en su genial y conmovedor libro “La guerra gaucha”, y el otro, protagonizado por el general San Martín. Dice el primero haciendo hablar a un soldado: “Una ocasión me atacaron cinco infernales; rompióseme el puñal, y no llevaba poncho... De golpe calculé: me senté tranquilo cruzando las piernas. No me habían de pegar desarmado, los conocía bien, y los otros lo atestiguaron con retirarse maldiciendo.” Sí, se retiraron, porque la victoria no da derecho a la cobardía, ni al ensañamiento con el indefenso. Ni uno de los cinco infernales osó atacarlo. Ni uno manchó siquiera con una amenaza su dignidad de valiente. ¡Cinco infernales! ¿Y quiénes eran estos hombres que procedían con la nobleza de caballeros de prosapia? Eran nada más –y nada menos– que los gauchos miserables de los montoneros que en el Norte defendieron el suelo patrio. Perteneían al regimiento de infernales que organizó Güemes a raíz de la derrota de Sipe–Sipe y que se inició con individuos elegidos que usaban barba entera y largas melenas y a los que su jefe vistió de rojo: gorra, chaqueta y chiripá de bayetón de ese color. Calzaban botas de potro y las espuelas de hierro y grandes las llevaban casi siempre flojas para que “llorasen” cuando sus dueños descabalgaban. El poncho era prenda de rigor, el poncho que servía de escudo y de capa, y a menudo también de mortaja.

A la espalda, un chifle⁷. ¿Armas? Al principio tuvieron hasta sable y tercerolas... Luego se arreglaron con boleadoras y lazo...

⁷ Silbato o reclamo para cazar aves. También: Recipiente hecho de asta de vacuno, cerrado por un extremo y con tapa en la punta. [N. e. d.]

Sobre todo el lazo, con el que hacían estragos en las filas realistas.

Pero los años de guerra se sucedieron y la indumentaria no se renovaba porque la lejana Buenos Aires no podía mandar refuerzos. Oigámoslos.

“Muchos de nosotros llevábamos por todo uniforme la gorra... Los semblantes componíanse de una barba hirsuta y un trozo de pellejo que agujereaban dos ojos semejantes a cisternas. Carecíamos de todo... Fumábamos de a tres en un cigarro pasándonos sucesivamente el humo de boca a boca.”

Sí, los vestuarios se concluían pero los hombres se renovaban. Por cada uno que caía se presentaban dos. No había necesidad de llamarlos. ¿Quién pensaba entonces en conscripción obligatoria? Cuando en 1815 se hizo la primera tentativa de establecer el sistema de conscripción militar para el ejército, la medida fue rechazada. ¿Para qué se necesitaba obligatoriedad alguna marchitando la espontánea flor del patriotismo? ¿Acaso no bastaba saber que los requería Güemes –su jefe y su bandera–, jefe porque le obedecían, bandera porque lo veneraban, él, el más señor de los gauchos en su doble señorío de cuna y de coraje?

Acudían y se quedaban a pesar de todo, aunque como dicen:

“... llevábamos seis años de lucha... La patria nos debía cinco de esos seis años, mas no por ello le asqueábamos a la muerte... Así guerreábamos: sin armas. Nos dotaban con los desechos de la tropa regular, tercerolas sin cazoleta, averiadas fornituras, enmohecida pólvora. Los sables con

ocho años de servicios, enastados en ramas brutas, mellados una y cien veces en la obra y amolados hasta volverse cuchillos... Y sin ganado. Y sin recursos. Nadie decaía, sí, pero ¡qué horrorosa miseria!”

Seguían, tenaces como la esperanza, desarrollando la misma táctica guerrera, la táctica aprendida, a puro corazón y que salvó al país del peligro español en el Norte...

“Todo el mundo sobreentendía las dos únicas órdenes: ataque y dispersión. Una pandilla que se lanzaba de improviso incrustándose en el enemigo. Dos minutos de hachear y revolverse entre un revoleo de lazos y de sables. Tumbos, bayonetazos... Al fin una descarga, y bajo la humareda el puñado de jinetes desmigajándose en galopes.

“Y otra vez la guerra ocupando los caminos: un escenario de humaredas, carreras, tiroteos, alaridos, trompetazos. Dormíamos en cavernas y matorrales; con frecuencia lo hacíamos montados. El desierto como una corrosiva mordedura nos comía la tierra feraz que nosotros mismos agostábamos a fuerza de incendios. Los rastrojos desaparecían. Ni una vaca, ni un caballo; tufos de pólvora sulfuraban el aire. El desamparo ennegrecía las almas. Nos sentíamos feroces de soledad.”

Y de estos mismos hombres, cinco cuya pasión de patria sigue narrando en prietas hojas Leopoldo Lugones diciéndonos al calor de su entusiasmo las hazañas y penurias que vivieron todos, de estos mismos gauchos miserables de toda miseria, gente de tropa sin letra ni escuela, fueron aquellos cinco...

*–Los conocía bien. No habían de atacarme desarmado...
–dice el narrador.*

¿Aprendieron acaso bajo la serenidad de las estrellas a entender una voz que suavizaba rencores, una voz que musitaba...: *la victoria no da derechos...?*

La época es la misma, la más cerca de la gloria: la que lucha en la desesperanza y la que confía en el desaliento... Ha cambiado la latitud porque no estamos en el Norte salteño sino en las laderas rocosas que unieron ansias de libertad de esos pueblos en el fervor de un hombre: San Martín. Y es él, el héroe, quien nos brinda el otro episodio.

La victoria de Chacabuco ha rendido, con los laureles, una enorme cantidad de prisioneros realistas. Al cuartel general patriota, desde donde el jefe prepara la prosecución de las jornadas libertadoras, ha llegado una versión que sacude de rabia y dolor a San Martín. Acostumbrado está –casi ya como si fuera su sino–, a dejar correr calumnias e injurias dirigidas contra su persona, por la que resbalan –cristal de roca su talla moral–, y caen al lodo, confundándose con la sustancia de que se formaron. Pero esta versión que llega esa tarde del 30 de septiembre de 1817 ha herido la fibra más íntima de su ser, porque ya no concierne a su persona sino que intenta menoscabar la varonil grandeza de los hombres de su ejército. Y entonces, grave y digno, pálido de coraje, grita su protesta, que parece una proclama, en una nota que dirige a los oficiales y soldados del ejército real:

“Por el capitán de dragones don Antonio Fuentes, prisionero de guerra, he sabido que los individuos que componen el ejército real, están persuadidos o se les ha persuadido de intento, que las tropas de la patria no dan cuartel a los rendidos. Semejante imputación ultraja de un modo inicuo al ejército que mando y a mí mismo.

Desmientan esta calumnia más de 2000 prisioneros y 80 oficiales tomados en Chacabuco y dispersos por varias partes. Desmienta esto mismo el general Marcó. El derecho de gentes me autoriza para pasarlo por las armas, después que en “La Gaceta” de su gobierno se me ofreció, no la muerte propia a un militar, sino la horca como a un asesino o salteador: con todo, él disfruta de las consideraciones debidas a un prisionero. Señores oficiales y soldados enemigos: Hagan ustedes la guerra con coraje en favor de sus opiniones, pero jamás crean imposturas, que degradan al siglo ilustrado en que vivimos, y que ofenden a mi ejército con tanta injusticia”.

Sí, porque para él, valiente entre los valientes, la victoria no podía dar derecho a la crueldad, siempre innecesaria cuando se es fuerte de fortaleza moral, no física. Sólo los débiles son vengativos...

Frase de tan hondo significado, tiene sabor a tradición nuestra, perfume a tiempo de coraje, luminosidad de cielo en gloria y ternura de fuertes, que es la más tierna de las ternuras.

Fuentes de información:

“HISTORIA DE SAN MARTIN”, por Bartolomé Mitre

“LA GUERRA GAUCHA”, por Leopoldo Lugones

EL AZAR Y UN NOMBRE

“LA primera en llegar a la Plaza Mayor esa radiante mañana primaveral del 20 de octubre de 1580, fue Ana Díaz”, cuenta el cronista.

Cada vez que tropiezo con el nombre de Ana Díaz al revisar acontecimientos de la fundación de Buenos Aires me siento dominada por la misma preocupación, el deseo de saber algo más de ella, el motivo de su venida a esta tierra por cuenta propia –ya que no era mujer de ninguno de sus compañeros de empresa–, el final de su vida también... Lo notable es que sólo figure su breve nombre (con la aclaración en la primitiva lista de no conocerse su genealogía ni lugar de nacimiento), pero dándole igual categoría que a los varones de la expedición y actuando como ellos –por lo que se ve– hasta en función cívica, si tal puede llamarse a su participación en sesiones como ésta, realizada con el fin de elegir el Santo que debía ser patrono de la flamante ciudad. Flamante pero no desmantelada, pues en los cuatro meses que habían transcurrido desde el 11 de junio del mismo año, la diligencia y el empeño de los fundadores había levantado con precarios elementos las viviendas, apisonado las

calles, trazado la plaza, construido el salón del Cabildo donde debían reunirse esa mañana. En espera de la hora indicada para la reunión van llegando en grupos los habitantes. Dos convecinos, el criollo Yabrán y Juan Basualdo, viejo español, se acercan a Ana Díaz.

Ya el lugar ha tomado inusitado aspecto con la gente que baraja nombres del santoral, apasionándose por adivinar a quién se confiará la misión de proteger a la ciudad amparando a sus habitantes. Cada uno de los que acuden tiene como candidato a su santo predilecto, al que defenderá con razones si llega el caso.

Ana Díaz por su parte está tratando de convencer a sus compañeros que San Bernabé debe ser el elegido porque la fundación del pueblo cayó en su día. Lo creía, además, muy oportuno porque la habían instruido que ese santo, compañero de San Pablo y que predicó con él la fe de Cristo, fue partidario de admitir profanos a la fe cristiana, por lo que se sentiría muy cómodo en estos lugares donde había tantos salvajes para convertir...

Basualdo, considera, empero, que el candidato suyo tiene más derechos al honor del patronazgo y ya se dispone a puntualizar sus méritos, cuando Yabrán da por terminado el debate diciendo: “Yo creo que todos los santos son buenos, de lo contrario no figurarían como tales en el calendario y ya veremos quién resulta... pues aquí va llegando el que ha de decidir.” Y señaló la presencia de Juan de Garay, quien seguido por sus funcionarios penetró al Cabildo.

A medida que ocupaban el local los asistentes que siguieron a las autoridades, expresaban su sorpresa al ver la sala amueblada, con su mesa de pino pintada, doce sillas, el sillón de alto respaldo en el que se ubicó Garay sobre un estrado...

–Observa tú, Ana Díaz, qué bien se ve el retrato de S. M. Felipe II... – susurró Basualdo.

–¿Y qué me dices del escudo de Castilla que completa la decoración? –cuchicheó el castellano Higueras. En ese momento el alcalde Rodrigo Ortiz de Zárate daba los tres golpes que indicaban el principio de la sesión. Cesaron los cuchicheos.

El regidor Hernando de Mendoza toma entonces la palabra haciendo moción para que se procediera a la elección del santo patrono de la ciudad por suerte, a cuyo efecto se escribirían en cédulas los nombres de los santos que vecinos y funcionarios propusieran.

La moción fue recibida con beneplácito. Como se ve, Garay, señor por gracia de valor y talento, no osaba imponer su voluntad en asunto de conciencia, y proponía que la suerte determinara por ellos.

Un sombrero contiene por un instante en revuelta compañía los nombres de quienes por deseo de los fieles son acreedores a la distinción, y la mano de un niño –para que la pureza auspicie el acto–, muestra en el papelito sacado el nombre de San Martín a quien consagran en el cargo de amparar a la recién nacida población para llevarla a su grandeza futura.

La ceremonia finaliza y los espectadores antes de dispersarse se entretienen en recordar los méritos del santo de Tours que, siendo hijo de nobles paganos, abrazó el catolicismo en la época –años 316 a 390– en que en el Imperio romano mandaba por primera vez un príncipe cristiano. Y de todas las leyendas gustaban rememorar aquella que lo presenta, cuando siendo todavía militar, cortó en dos su capa para ceder una parte de ella al miserable que le salió al encuentro una noche de frío...

Los fundadores acataron con respeto y fervor esta designación tan curiosamente hecha.

La pequeña iglesia que estaba construyéndose tomó el nombre del santo, y San Martín también se llamó el primer hospital de la ciudad, establecimiento de caridad al que se señaló sitio en el plano del reparto de solares.

Anualmente, el 11 de noviembre, se llevaban a cabo con gran importancia los festejos católicos en su honor, a los que se agregaban los oficiales. En la colección de documentos fechados en los primeros años de esta celebración hay uno, particularmente, que da idea del carácter de gran acontecimiento que se le confería, diciendo así en la corriente redacción de la época:

“En este Cabildo se trató como de presente venía el día del Señor San Martín, patrono de esta ciudad, y que las calles de esta dicha ciudad están llenas de yerbas, y muchos barrancos, y para que se limpien se le encarga mande a todos los vecinos y moradores limpien y aderecen las dichas calles, dentro de un término breve, poniéndoles pena la que la pareciera, las cuales

ejecute en ellos no lo cumpliendo, y asimismo dé aviso al obligado de las carnicerías, que para el dicho día del patrón, traiga los toros que se han de correr en la plaza pública de ella”.

Y en las entrelineas de la candorosa ordenanza y de la ingenua fraseología antañera aparece la seriedad con que se organizaba “la fecha del Santo”.

Fuente de información:
“BUENOS AIRES COLONIAL”.



EL SITIAL DEL PERDÓN

No trastornó a San Martín el desastre de Cancha Rayada, que pasó a la historia en la nefasta fecha del 19 de marzo de 1818. Para un militar de su categoría a veces una derrota significaba el terreno para obtener dos victorias.

Así lo pensó desde el primer momento, al dar el parte a la superioridad, tan lacónico como cuando anunciaba un triunfo: Campado el ejército de mi mando en las inmediaciones de Talca fue batido por el enemigo y sufrió una dispersión casi general que me obligó a retirarme. Me hallo reuniendo de nuevo la tropa con feliz resultado.

Ciertamente encontró en Pueyrredón –el Director Supremo a quien se dirigía– la comprensión y el estímulo que sólo seres superiores otorgan a los vencidos que merecen no serlo. Respondió así al parte:

Nada de lo sucedido en la poco afortunada noche del 19 de marzo importa, si apretamos los puños para reparar los

quebrantos. Nunca es el hombre público más digno de admiración y respeto que cuando sabe hacerse superior a la desgracia, conservar su serenidad y sacar todo el partido que queda al arbitrio de la diligencia. Una dispersión es un suceso muy común, y la que hemos padecido en esa noche será reparada en muy poco tiempo.

Pero esta firme esperanza en el triunfo, esta fe en el hombre que asumió un día el símbolo del destino de la patria, no era compartida por todos en aquel momento. El desastre de Cancha Rayada impresionó a los pusilánimes y el desaliento cundió por el pueblo de Santiago de Chile donde realistas empeñosos se encargaron de propagar una ola de noticias desalentadoras, que presentaban al ejército libertador poco menos que aniquilado. Durante una semana, realmente trágica, en Santiago se creyó perdida la causa de la libertad y nuevamente afianzado el poder de España y sus representantes. Y entonces sucedió lo que era lógico y ley general en la marcha de los tiempos: la inclinación a favor del vencedor, en este caso el general español Osorio, héroe momentáneo, pero héroe al fin, cuya aureola de tal resplandecía cegando las conciencias timoratas. La población santiaguina, especialmente la clase adinerada –siempre la más temerosa de perder situaciones– protestó de su fidelidad al antiguo régimen, y llenó de denuestos a los insurgentes que intentaban, con San Martín a la cabeza, contagiar, decían, a la América todas sus descabelladas ideas emancipadoras.

El general español recibió en esos días las más valiosas pruebas de adhesión y su correspondencia fue notablemente aumentada con documentos que probaban el acatamiento de aquellos que habían creído ver oscurecer el cielo de América

porque lo miraban con la antorcha apagada de sus conciencias muertas.

Tampoco sorprendió tal actitud negativa a San Martín, hombre maduro más en experiencia que en años y por lo tanto conocedor de las miserias humanas, y esperó, seguro del triunfo, porque la causa de la libertad no puede ser jamás vencida.

Pocos días después, en el luminoso 5 de abril, la victoria de Maipú –la más grande y decisiva de las habidas hasta entonces–, cambió totalmente el curso de los acontecimientos. El ayer triunfador General Osorio fue absolutamente derrotado y huyó perseguido por una partida que dirigía el teniente O’Brien. En la huida abandonó todo su equipaje y con él su correspondencia oficial y privada que pasó a poder de sus perseguidores.

La bolsa de esa correspondencia, que contenía el testimonio de tanta miseria moral, del servilismo dictado por la cobardía –que es el peor de los servilismos– la bolsa que resumía la traición hecha por seres que doblaban su título de traidores –porque además de hombres eran americanos–, fue puesta por O’Brien en manos del general San Martín.

Durante una semana el paquete de la felonía permaneció intacto, sin que San Martín dispusiera nada al respecto. Entre tanto, los culpables, los que signaron de su puño y letra las palabras serviles jurando acatamiento a los realistas, sumisión a los representantes de su majestad española, profiriendo injurias a los patriotas, y agravios al vencido general San Martín y a sus

huestes, apuraban hasta las heces el amargo sabor de la agónica incertidumbre.

Hasta que el 12 de abril el general y su ayudante O'Brien enfilaron rumbo a la ciudad santiaguina.

Domingo abrilero de otoño, en la mañana azulada... Van los dos jinetes, rezagados de las gentes que los preceden y, como siempre, marcha el vencedor silencioso hasta que, divisando un árbol solitario que se alza a diez kilómetros de la ciudad, en un lugar denominado El Salto, indica a su acompañante que allí se apearán. Circundados de soledad y de silencio, sin más testigos que el árbol a cuya sombra se acogen, San Martín ordena a su ayudante: Traiga usted la cartera con la correspondencia del general Osorio y prenda un fuego a nuestro lado.

El fiel O'Brien obedeció silenciosamente, y cuando la lumbre chisporroteó vivaz, San Martín empezó a abrir la correspondencia mientras decía: *–Si algo de lo que aquí se encierra llegan a ver sus ojos y leerlo, que sólo Dios, usted y yo, sepamos lo que hemos visto...*

Leídas que fueron las cartas por el General, una a una fue entregándolas a las llamas, como si quisiera purificar con el fuego las manchas de aquellas conciencias extraviadas que en un momento de ofuscación las escribieron.

Nadie supo nunca a quienes pertenecieron aquellos documentos, que en otras manos pudieron servir para formar el más sensacional e ignominioso de los procesos. Antes que el viento dispersara en cenizas aquellos legajos acusadores, la magnanimidad del gran hombre había borrado toda culpa.

Sentado en una humilde silla de campaña, la tosca madera debió sentirse convertida en trono. Ningún sitio fue ocupado con más nobleza ni fue tan digno de pasar a la Historia...

Cuando la última carta tuvo su fin en el resplandor que entrañaba el olvido, San Martín emprendió de nuevo la marcha hacia la ciudad donde entraba, si grande como triunfador de las armas enemigas, más grande aún como vencedor de sí mismo, puro de todo rencor, ajeno a todo agravio, limpio de toda venganza... El aire de ese día otoñal, debió acariciarle la frente como a un santo.

Como él lo había pedido, el más perfecto silencio rodeó entonces a aquella escena emotiva y grandiosa del domingo abriero, y solamente muchos años después O'Brien relató el sublime hecho. El fiel O'Brien, como lo llamaba San Martín, supo ser digno de la confianza que desde un principio inspiró a este hombre que demostró una vez más su rara virtud de adivinar las cualidades de quienes se le acercaban y de aplicarlos en bien de la Patria. Porque O'Brien –que no era argentino sino irlandés de nacimiento, y que se puso al servicio de la causa de la Independencia al llegar al país, no teniendo aún veinte años–, supo honrar a la ciudadanía que eligió, distinguiéndose en toda la campaña de los Andes y acompañando con lealtad al General, que lo hizo su edecán y su hombre de confianza.

De muchos gestos de grandeza de San Martín él fue testigo en su carrera al servicio de tal hombre, pero el episodio de la magnanimidad que su jefe evidenció aquel domingo de abril, impresionó hondamente su espíritu.

Cuando su patria de adopción –a la que sirvió con el grado de general conseguido durante la expedición al Perú– estuvo ya en paz, se radicó en Chile, donde hizo construir su casita de campo en El Salto, en el mismo terreno donde San Martín quemó aquella correspondencia abandonada por el General Osorio.

Entre sus muebles y en un lugar de honor, estaba la silla, la tosca silla de madera que sirvió aquel día de asiento al general y en su respaldo O'Brien grabó la siguiente leyenda: "Silla de San Martín. En este mismo lugar San Martín quemaba toda la correspondencia que tuvo el General Osorio con los de Santiago, tomada después de la batalla de Maipú." De esa manera rendía homenaje a aquel hecho del que fue emocionado testigo.

Bien hizo la nación al reclamar las cenizas de O'Brien y depositarlas en suelo argentino. El fiel irlandés debía acompañar a su jefe en la inmortalidad, como aquella mañana compartió bajo el mismo cielo, aquel gesto que hace encoger el corazón emocionado...

Fuente de información:

“HISTORIA DE SAN MARTIN”, por Bartolomé Mitre

LA DELFINA

PARA hablar de la Delfina –nombre con que esta mujer pasó a la historia y al romance– tenemos que referirnos a Francisco Ramírez, a Pancho Ramírez, al Supremo Entrerriano como se le llamó a este caudillo de la guerra civil del litoral. Difícil nos sería juzgar su ubicación política en la historia del país. Investigadores e historiadores de valía no logran ponerse de acuerdo cuando hablan de las condiciones espirituales de este hombre, pues mientras Don Vicente López hace de él esta ingrata presentación: “Al estallar nuestra revolución ninguno había cobrado más fama entre esta clase de perdularios que Pancho Ramírez, mocetón de 30 años, nacido en las solitarias márgenes del arroyo Yuquerí”. Mitre hablando de él, manifiesta: “Era este don Francisco Ramírez hombre dotado de ciertas cualidades que en el medio en que figuraba asumían las proporciones del genio nativo. Soberbio, ambicioso y valiente: y aunque federalista, se reconocía miembro de la familia argentina y aspiraba a influir en sus destinos”.

En cuanto al general José María Paz, que fue su contemporáneo, anota:

“Ramírez conservaba la subordinación y un orden riguroso en sus tropas.”

Y para demostrar cómo le temían a este hombre de coraje y acción, refiere en sus memorias lo siguiente:

“Una mañana, en Santiago del Estero, recibí un mensaje del gobernador Ibarra para que fuese inmediatamente a la Casa de Gobierno. Cuando estuve en su presencia me dijo:

“–General Paz: acabo de saber que Ramírez con su división se ha aparecido en esta provincia y que se hallaba ayer en La Noria, a 25 leguas de la capital; quiero que vaya usted a su encuentro, a informarse de lo que pretende; si es asilo, se le concederá, señalándole un punto en la campaña; si es su tránsito para Tucumán, se le franqueará, con los auxilios que necesite. Va usted autorizado, con todas las facultades del gobierno, para transar el asunto, y evitar un desacuerdo... para el que no estoy preparado.

“Efectivamente, agrega Paz, la cobarde Ibarra, con una población de ochenta mil almas, de donde podía sacar ocho o diez mil hombres decididos, de armas llevar, temblaba de trescientos que podía traer Ramírez”.

En el romance de Lugones que glosamos, la estampa del caudillo es como sigue:

*Era, pues, Pancho Ramírez
el general, si señor,
que en su provincia elevaron
a jefe y gobernador.*

*Diz que entonces se corría
que era tremendo el caudillo.
Que venía ejecutando
a lanza, bola y cuchillo.
También es verdad, que si unos
maldecían del tirano,
otros tantos le llamaban
benemérito entrerriano.
Federal de los primeros,
temerario en la contienda,
muchos le quedaron fieles
con alma, vida y hacienda.*

No extraña tal desacuerdo en las opiniones respecto a sus cualidades y modo de ejercerlas, ya que ni aun sobre su físico se ha llegado a establecer la verdad, pues mientras unos –los más– lo describen feo, de tipo aindiado, cabeza aplastada, tez oscura y ojos oblicuos y renegridos bajo cejas negras y espesas, su biógrafo Ruiz Moreno dice de él: Era un lindo hombre rubio y muy blanco, de mirada viva, franca y picaresca, agradable en sociedad, medido y respetuoso...

Lugones también lo concibe en su creación como rubio y de ojos azules:

*Pues aun cuando las historias
lo pintan áspero y cruel,
lo que es, que la gente pobre
se hacía memorias de él.
Que el servicio daba gusto
con un patriota como era,*

*que hasta los ojos tenía
del color de la bandera.*

De la Delfina en sí, se sabe poco. Ni con certeza tenemos el lugar de nacimiento. Lassaga la describe como “hermosa porteña”; la mayoría de sus comentaristas le asignan nacionalidad portuguesa. Apenas si el nombre: María Delfina la llamaban en su niñez; Delfina la portuguesa se la nombró luego.

Pero cuando el hombre que hacía temblar a su paso el suelo del litoral en guerra, tembló de amor ante ella, eligiéndola por compañera de su suerte y su destino, no fue sino la Delfina.

El artículo la que la gente adjudica a las artistas como un insuperable adjetivo, también fue en ella tributo de homenaje. “La Delfina” significaba la única en el corazón del Supremo Entrerriano. No podía ser otra, ni significaba más ni menos. Es decir, era todo. ¿Para qué necesitaba más nombre? Ni siquiera tuvo ya apellido, y tan radicalmente lo perdió que no se menciona éste ni en las líneas que trazaron en un libro de parroquia asentando su partida de defunción.

Se sabe que era hermosísima, de piel de nácar y cabellera de oro, cubriendo su espalda como un manto. Los hombres que seguían a Ramírez la adoraban por linda, pero más todavía por valiente. El amor al caudillo la hizo temeraria, y él pudo tenerla a su lado en todas las campañas en primera fila, como el más arriesgado de sus gauchos, en todos los combates, anca con anca los caballos de ambos sin desfallecer en un renuncio jamás. Así los vieron las cuchillas entrerrianas galopando distancias y

vivaquearon juntos bajo muchas estrellas en las noches del cuartel al raso. Ella con él, por amor a él.

Los gauchos la respetaban como a una diosa, y la miraban con orgullo, primera en el frente, con su traje de oficial rico de sedas, rojo de color, el espadín ceñido al talle esbelto, tocada con el quepí que aprisionaba los bucles áureos. Así cruzan la tierra natal, atraviesan Santa Fe, pasan a Córdoba encendiendo la chispa de una guerra sin tregua. Pero Lamadrid se aproxima, López también, y la buena estrella que alumbró hasta entonces el camino de los amantes empieza a languidecer. En el lugar llamado de San Francisco, Ramírez es derrotado por las fuerzas del coronel Bedoya, ese 10 de julio de 1821.

*Comanda contra Ramírez
que va, bebiendo los vientos,
ese coronel Bedoya
dos lucidos regimientos.
Uno es de santafesinos
y el otro de cordobeses.
Para el Supremo Entrerriano
ya ahora no hay más que reveses.*

Ramírez, la Delfina y un puñado de los suyos –cinco o seis solamente– tratan de escapar de sus enemigos rumbo al Norte.

El caudillo monta su alazán tostado, flete de todo su crédito que vuela, porque su jinete pelagra de muerte. Ya quedarán atrás los perseguidores gracias a su media rienda.

Pero la buena estrella se extingue súbitamente...

Ramírez nota que la Delfina no ha emparejado anca con anca su caballo. Por primera vez el camino se le ha oscurecido de repente, y el animal no obedece a la rienda, porque la mano de la hermosa “que en todas las correrías junto a él peligra animosa” esta vez tiembla. Un presentimiento le encoge el corazón. Ya no va erguida la cabeza rubia enhiesta hacia el destino. Ahora mira la tierra y los agujeros de las vizcacheras le parecen abismos que surgen para sepultar su amor.

*Y ya ella no larga furia,
porque el camino le arredra
con tantos vizcacherales
y reventones de piedra.*

Los perseguidores aprovechan este momento de vacilación, y se empecinan en alcanzarla, para quitarle las prendas de su rico traje, el dormán rojo con alamares de oro, los espolines relucientes de metal... Ya dan por tomada la presa, ya bolean el caballo de la Delfina:

*Ramírez que a su guerrera
no quiere dejarla sola,
para atrás, por sobre el hombro,
les dispara su pistola.
Y para así sujetarlos,
sin retardar el escape,
la saca a pulso, logrando
que el animal no la tape.
¡Bienhaya el poder del brazo
y la baquía en la fibra,
con que así de la rodada*

*y el cautiverio la libra!
y echándosela en las ancas
a un valiente compañero,
hace cara, para darles
tiempo con el entrevero.
Y mientras embiste solo,
pega el grito a los restantes.
¡Que la escolten! ¡Qué él se basta
contra esos cuatro tunantes!*

¡Salvarla! ¡Salvarla! todo él está en ese grito, el cuerpo querido lo ha entregado en buenas manos, la ha subido a las ancas del caballo del coronel Anacleto Medina, su amigo y un valiente. ¡Salvarla! Para salvarse él se confía a su bravura y a sus 34 años recién cumplidos... Pero la buena estrella no aparece ya en su cénit. Y cuando sus compañeros:

*Así, obedientes consiguen
al Chaco ganar con ella
como al Caudillo, ese día,
se le ha nublado la estrella.
Cuando él arrolla con todo,
para sacarles ventaja,
un tiro de carabina
le da de atrás y lo baja.*

Todavía alcanza a ver en la lejanía la polvareda de los que escoltan a su Delfina, y se abraza al cogote de su animal. La muerte desata sus manos y el caudillo cae en el polvo, oscurecidos en pleno día los ojos color de bandera.

Los enemigos corren a contemplarlo. Uno, el más cruel –diríamos mejor el más apasionado– con la daga blandiendo en hachazo, cercena la cabeza. La crónica registra el nombre del soldado que decapitó a Ramírez: se llamaba Pedraza, y no era sanguinario, pero las pasiones que desata la guerra civil son siempre las más fuertes... Los otros se arriman para verla:

*Curioseaban la cabeza
por encima y por debajo
¡y todavía el garguero
le palpitaba en el tajo!
Casi todos alababan
con tono tranquilo y grave
los ojos garzos, tan nobles,
y el pelo rubio, tan suave.*

Después, la cabeza del caudillo es enviada como trofeo de guerra hasta Santa Fe, a su enemigo López.

Embalsamada y puesta en una jaula, como escarnio y para ejemplo, permanece en exhibición bajo los arcones del Cabildo...

*Allá estuvo hasta que un día,
según es de tradición,
un dominico, en sagrado
la enterró, por compasión.*

En el romance “Historia de la Delfina”, Leopoldo Lugones la sigue a ella, escoltada por los bravos de Ramírez a través de una fuga desesperada en la marcha, que es dura prueba para los prófugos y sobre todo para la mujer que ha perdido a su amor:

*En cincuenta días a lomo
cruzaron por los desiertos
Santiago, el Chaco y Corrientes,
de hambre y de sed medio muertos.
Y al rigor de aquellos fríos
que no dejaron ni abrojos,
ríos a nado, arenales,
desamparos y despojos.
Pasaron días perdidos
entre los montes sin huellas,
buscando un claro aparente
para aguaitar las estrellas.
Y con la infeliz mujer
que apenas hacía bulto,
como si fuese, de veras,
a cortarse en cada insulto.
Sin encontrar el remedio
ni el olvido que serena,
le iba cavando los ojos
hasta el alma aquella pena.*

Al fin llegan al lugar de destino: Concepción del Uruguay, cuna del caudillo y lugar donde terminará sus días la hermosa compañera de Ramírez.

El romance la sigue hasta la muerte, pero el romance es dulce a su recuerdo, y no así algún cronista de época y lugar, que nos dice que la hermosa guerrera no fue fiel al amor del que perdió la cabeza por salvarla.

De todas maneras, el acto del caudillo tan valiente como enamorado es lo que nos conmueve.

Fuente de información:

“ROMANCES DE RIO SECO”

Leopoldo Lugones



ACTOR Y MILICIANO

1812. Buenos Aires, ya casi la gran aldea, arde en su fiebre de independencia, y el teatro, que es fiel reflejo de su espíritu, no puede permanecer indiferente.

Dos años antes, en el mismo mes de mayo de 1810, un domingo 27, se dio en el viejo teatro, “local único de las tradiciones artísticas argentinas, una gran función de carácter patriótico”.

La crónica cuenta que lucían, en los pechos de los miembros de la flamante Junta Revolucionaria los distintivos azules y blancos que el viernes les había repartido French en los alrededores de la Recova.

El teatro sigue el ritmo de la lucha y en agosto de 1812 la acción generosa de un cómico criollo provoca el comentario que nosotros recogemos:

“Un nuevo hecho, la acción noble y generosa del cómico Ventura Ortega, da idea del espíritu patriótico de la época:

Ventura, primer galán, celebró su beneficio obteniendo en él la suma de cuatrocientos ochenta y pico de pesos, suma bastante importante y mucho más para él que se encontraba en un estado de extrema pobreza, era casado y tenía hijos que mantener. Dos días después del beneficio, y una vez que hubo cobrado la cantidad expresada, presentóse al Gobierno Revolucionario y allí hizo entrega de la suma íntegra para que fuera invertida en la compra de objetos útiles a la patria, que por entonces recibía donativos, en su mayor parte destinados a los ejércitos que operaban contra el enemigo español”.

Pero concretémonos al actor miliciano ubicándonos en una piecita iluminada a candil donde un hombre borda afanosamente trajes para artistas de teatro. Su mujer, que ha visto caer la noche y se ha asomado a la puerta mirando en vano calle abajo, se sienta a su lado y escucha una vez más el reproche del marido:

–Hace tres horas que hemos mandado al niño a entregar las prendas y ya ves tú... todavía sin volver. Se habrá quedado como siempre, viendo ensayar a los cómicos... Mal camino lleva tu hijo, mujer... y no quiero castigarlo como se merece, porque no digan que como soy su padrastro y no su padre...

La mujer calla porque le encuentra razón. Y mientras reanuda su labor, su recuerdo remonta las márgenes de su pensamiento para detenerse en el año 1807 cuando las Invasiones Inglesas: ¡Dios mío, menudo susto le dio el muchachito que en plena batalla, cuando los invasores se defendían parapetados en la iglesia de Santo Domingo, él, que apenas contaba ocho años de

edad, juntaba balas para los bravos criollos que defendían la querida ciudad!

La sonrisa, que, a pesar de todo, le provoca su orgullo de madre, se turba de pronto. Y es que su marido murió en aquel entonces defendiendo la tierra invadida y ese pensamiento la entristece porque así quedó Julio Aurelio sin padre, hasta que las segundas nupcias de ella con el bordador, le dieron con el padrastro el maestro del oficio que el muchacho debía aprender para ganarse la vida.

Al fin, el esperado chico regresa, la luz del candil se aviva y el reproche del padrastro se pierde en intención, como de costumbre.

Es que Juan Aurelio Casacuberta –trece años escasos todavía– llega eufórico: se ha pasado las horas viendo ensayar a los cómicos y eso lo hace feliz. Como todas las veces que va a entregar los bordados, pierde el tiempo oyéndolos recitar... Y así podrá saber de memoria y venir, radiante de entusiasmo, a repetir a su madre, las enmiendas que los patriotas hacían en las comedias, de todas aquellas expresiones que pudieran recordar la dominación española.

Y le cuenta entusiasmado:

–Oye, madre, que no se puede decir más aquellas cosas... En la obra que ensayan, donde decían:

*y que a ti sólo, esta dicha a
pesar de mis vasallos
te deben, noble español...*

ahora se dice:

*y que a ti sólo, esta dicha
a pesar de mis vasallos
te deben joven heroico.*

Y en otra parte que era:

*...pues cuando por caballero,
por español y soldado
no se os debiera respeto...*

se ha corregido así:

*pues cuando por caballero,
por lo cortés y soldado
no se os debiera respeto...*

Conmueven estas notas que el comentador ha recogido para presentarnos un detalle de época. Conmueve esto, que ahora parece pueril, fuera de tono, de enmendar pasajes de comedia... Y sin embargo, ¡cuánto bien a la tierra hicieron estos absurdamente, divinamente apasionados!

Eran los tiempos en que no había indiferentes o cómodos, en que nadie osaba desentenderse de la suerte de este suelo, en que cada hombre y cada mujer eran milicianos en el más amplio sentido de la palabra, porque si milicia es la vida del hombre, el que no milita en el ideal de la libertad no vive como hombre. Buenos Aires ardía afiebrado de patria, como si de todos y de cada uno dependiera la salvación de la recién nacida nación y por eso estaban tensos los espíritus, atentos a toda emergencia,

y hasta la palabra que asociaba la idea de la existencia del enemigo era palabra mala de pronunciar aun cuando el arte la limpiara de pecado.

El escenario languideció luego con las penalidades de los años de desastres, y volvió a vigorizarse con los triunfos que el pueblo celebraba. Así llegaron los 20 años de nuestro Juan Aurelio Casacuberta, quien, habiendo aprendido su oficio de bordador en el taller hogareño, un buen día corta amarras y se lanza al teatro. Empieza como aficionado y discípulo de quienes pronto debía ser maestro. Se empeña la lucha del propio mérito con el ambiente, que se obstina en no reconocerlo. Anda por Montevideo y luego pasa a Brasil, alternando su ejercicio del arte escénico con el modesto –pero nunca desdeñado por él– de su oficio de bordador. No se siente ofendido con los pequeños papeles que en las obras le asignan; es más doloroso: se siente malogrado. Porque ya el artista ha roto la crisálida y él sabe bien de lo que es capaz, aunque lo consideren el “bordador” o el “bailarín”, porque también daba lecciones de baile y en los finales de espectáculo a menudo lucía sus habilidades coreográficas. En 1828, en franco desacuerdo con los empresarios de teatro, se pone abiertamente de lado del “Observador Mercantil”, periódico que en esos días comenta:

“Las piezas malísimas que se representan, se deben a los empresarios y directores de teatro, que al aceptarlas insultan la moral, el buen gusto, el decoro y la civilización del país”.

Los empresarios se muestran hostiles a este talento que trae una renovada escuela artística, y busca en las obras de responsabilidad el papel para destacarse. Lo tildan de vanidoso,

cuando no es sino certeza de su valor y ambición de arte lo que le hace luchar.

Su perseverancia y su talento triunfan por fin. En los años que van de 1830 al 40 nadie discute la magistral interpretación que realiza en obras representadas simultáneamente por actores extranjeros de reputación. Está en el apogeo de su carrera, hace escuela de su modalidad, forma actrices y actores. Los públicos lo aclaman, plumas autorizadas como la de Sarmiento lo consagran.

De pronto trunca su carrera como la de tantos otros patriotas el oscuro año de 1840. La dictadura de Rosas pretende prevalecer sobre las manifestaciones de la inteligencia, por ese complejo de inferioridad tan natural en quienes sólo se basan en la fuerza. Hay decretos, hay censuras en el teatro, agravios y groserías en escena explotadas a favor del tirano por los infaltables serviles de todos los tiempos. Las candilejas pierden categoría, la atmósfera se hace irrespirable, y Casacuberta, que no transige, se aleja de las tablas, renuncia al teatro, y en espera de mejores días vuelve a abrir el humilde taller de bordado, para ganar el pan de sus hijos.

Poco tiempo puede permanecer tranquilo; su oficio, especializado en bordar letras de oro sobre divisas, no tiene interesados porque a un secuaz de D. Juan Manuel se le ocurrió declarar:

“Sólo son buenos federales aquellos que llevan una cinta punzó prendida al lado izquierdo del pecho, con las palabras impresas en letra negra: Viva el ilustre restaurador de las leyes.

Mueran los salvajes unitarios, o Viva la Confederación Argentina”...

Se dejaron de usar las letras de oro. Casacuberta, acosado por la mala situación y dolido en su carácter de artista, se sintió herido en su condición de hombre. Con la carga de sus pesares, pero con la pasión por la libertad que le daba alas, se preparó a representar el gran papel de su vida alistándose en las huestes de Lavalle, recorriendo con sus compañeros de armas las provincias argentinas, sin perder la fe en la victoria que un día había de llegar. En los campamentos, luego de fatigosas andanzas, todavía tenía ánimo para infundir valor a los otros recitando canciones patrióticas. El azar lo llevó a las fuerzas del general Lamadrid, que operaba en Mendoza. La batalla del Arroyo del Medio, donde fue derrotado Lamadrid, lo obligó a escapar con éste y un grupo de vencidos, rumbo a Chile.

Atrás de él quedan los secuaces del tirano ávidos de venganza; delante, la cordillera con sus tormentas de nieve amenazando de muerte. Nunca soñó escenario más gigantesco para su tragedia de derrotado, pero el actor ha dado paso al hombre, y el cruce, a pie y descalzo, dura muchos días por los desfiladeros que no lo acobardan. Ha olvidado quién es, ha olvidado a los públicos delirantes que lo llevarán en andas por las calles de la ciudad querida, que en ese tiempo se asfixia de tiranía. Ha olvidado los halagos de la fama, las sonrisas de las mujeres admirando al artista y al buen mozo, se ha olvidado de sí mismo y de sus ambiciones, y años después, recordando el episodio en Chile, dirá sencillamente en rueda de amigos:

–Casi ciego en esa peregrinación, escapado milagrosamente de las nieves de la cordillera, no soñaba más que en el porvenir de mi patria.

Sarmiento, proscrito también, que espera en Chile a estos peregrinos de la libertad, acude en su ayuda y le proporciona la oportunidad de volver a las tablas, para gloria del arte escénico de su patria. Entonces trabajó intensamente, formó compañía, estuvo en Lima, triunfador nuevamente, feliz de realizar su vocación y triste de no hacerlo para el público de su querida patria.

En 1849 retirado momentáneamente de las candilejas, en una visita que hace a Santiago de Chile, sus admiradores le obligan a dar una representación. Pone en escena un drama favorito del público: “Los seis escalones del crimen”, de Víctor Ducauge. Y esa noche Casacuberta se supera en la interpretación. Cuando la sala expectante y maravillada lo ve caer en la escena donde lo conducen al cadalso, lo aclama hasta el paroxismo, sin saber que el actor acaba de morir. Como Molière, el padre de la comedia francesa, que murió representando su obra: “Le malade imaginaire”, este artista criollo también sucumbió en escena... Lo lloraron los públicos y las crónicas dijeron:

“Murió deshecho, despedazado por un papel terrible”. Su exquisita sensibilidad, excitada más allá del grado de elasticidad que admiten las fibras humanas, no pudo reponerse del sacudimiento, y el último laurel que el público le acordó cayó sobre un cadáver” ...

Casacuberta había forzado demasiado su corazón de artista y de patriota.

Fuente de información:

“HISTORIA DEL TEATRO” por Mariano Bosch



VIVEZA NATIVA

SE ha dicho mucho de la viveza criolla, a veces confundiéndola con la desvergüenza, que es otra cosa. Pero es indudable que hay en la gente de la tierra una rapidez mental para resolver ciertos conflictos personales que revela una aptitud simpática, cuando enmienda la plana a la adustez, sin delinquir.

Así lo prueban estos hechos que relatamos, de distintas procedencias:

El primero es el anotado por Bernardo Frías al presentar al que fue gobernador de Salta, por el año 1860, Don José María Todd, en dos episodios de su vida pública.

A José María Todd, aunque era salteño de nacimiento, se le llamaba el gringo Todd, acaso por su paterna ascendencia inglesa. Tenía, además, sangre de abolengo en sus venas por la madre, que descendía directamente del famoso Duque de Alba. Sin embargo, como en estas tierras puede más el suelo que la sangre de origen, el gringo Todd evidenció siempre la más perfecta viveza criolla.

Sucedió cierta vez que habiendo dos partidos, el Liberal y el Constitucional, al hacer el escrutinio empataron los votos de los dos candidatos... El presidente de la sala electoral era don José María Todd, candidato precisamente, con quien empató el opositor. Por su cargo, en función de presidente, el mismo Todd era el señalado por las leyes para cortar aquel nudo gordiano de un solo tajo, votando por sí mismo o por el candidato de la oposición...

Planteado el problema, Todd pareció complacerse en la ansiedad con que los dos bandos esperaban su decisión, pues un largo momento se mantuvo silencioso y cejijunto, como si su conciencia pugnara con sus principios.

La sala, en perfecta expectativa, no osaba ni una de aquellas toses inoportunas con que los nervios suelen desquitarse, y oyó de pronto que Todd con voz grave y solemne, sufragaba diciendo: Voto por el ciudadano Don José María Todd.

Y lo notable es que llegó a convencer a sus adversarios que eso lo había hecho para evitar la ruina de su partido, que habría sobrevenido si por delicadeza personal hubiera dado su voto al rival en la contienda cívica –según afirmaba.

No es de extrañar, pues, que quien ocupara un cargo tan elevado a raíz de un hecho de esta naturaleza, estuviera bien vigilado en sus actos y se mantuvieran siempre alertas sus enemigos.

Pero otra vez su viveza logró burlar a sus adversarios y fue cuando se produjo un conflicto armado con la vecina provincia de Tucumán, la que bajo el mando de su entonces gobernador

Campos invadió el territorio donde Todd mandaba. Para la defensa de Salta, Todd era el hombre más indicado, pues además de ejercer la jefatura de las milicias de su provincia en su carácter de gobernador, no podían desconocérsele sus aptitudes militares, reveladas brillantemente cuando actuara en la guerra con Brasil. Debía, pues, partir a ponerse al frente de las tropas y delegar el gobierno en alguien que lo representara en ese ínterin.

Sus adversarios locales planeaban aprovechar esta ausencia para hacer una revolución que lo derrocaria, y Todd, que sabía bien las intenciones de sus enemigos políticos, sonreía al oír preguntar: ¿en quién delegará el mando el gobernador Todd?

Un domingo de ese mes de octubre, día anterior a la partida de las tropas de Todd, que saldrían a la campaña contra Tucumán, por toda la ciudad de Salta corrió una noticia:

Dispónese una suntuosa función con misa solemne para el Señor del Milagro a la que se invita a todo el pueblo para que acuda a rogarle su protección a nuestras armas.

El pueblo llenó la Catedral, porque el Señor del Milagro era el santo de la devoción y el fervor populares, y con el pueblo, concurrieron la Plana Mayor, la Sala, la Municipalidad... Todos siguieron con devota unción el desarrollo de la misa. Terminada ésta, nadie se movió, esperando que el gobernador iniciara la salida. Pero llamó la atención ver a Todd levantarse de su cojín de terciopelo punzó y borlones de oro, y dirigirse resueltamente al altar, con su bastón de mando en la mano. Cuchichearon las

mujeres y las miradas entrecruzadas de los hombres decían: ¿Qué iré a hacer? ¿Qué iré a hacer?

El gobernador bien pronto develó la incógnita, porque llegado que hubo a la vera de la imagen del Señor de los Milagros, depositó el bastón de gobierno a sus pies y exclamó en alta voz: Deposito en tus manos, Señor del Milagro, este bastón que simboliza la autoridad del gobierno de la provincia que mis conciudadanos pusieron en las mías. Desde hoy hasta mi vuelta, a ti encomiendo el cuidado de la paz, del orden y del bien de mi pueblo.

Y con una apariencia muy circunspecta se retiró de la Catedral, mientras sus allegados le oyeron decir, casi para sus adentros: ¡Que me hagan ahora una revolución! ¡Que se la hagan al Señor del Milagro!

Y esta treta, que pareció irreverente a sus adversarios, dio por resultado el fracaso de la planeada revolución, porque para que tal movimiento cuajara había necesidad de armar al pueblo, y el pueblo salteño no hubiera osado jamás rebelarse al Santo de su devoción, y si algún partido político lo hubiese intentado, no habría tenido eco en la opinión pública.

Así dio fruto la viveza criolla del gringo Todd...

Leopoldo Lugones, que no dejó faceta inédita para su mirada apasionada de criollismo, nos presenta, en uno de sus relatos gauchescos, un episodio en el que la viveza criolla es explotada en favor de la vida de un hombre condenado a muerte.

La acción la sitúa en la epopeya homérica de la guerra gaucha, donde tienen cabida las más excelsas escenas que el coraje y el amor a la tierra pueden provocar.

Es en una de esas partidas de valientes, acampada en las quebradas salteñas a la espera de órdenes para avanzar por el camino de la gloria o de la muerte, donde el hecho ocurre.

Hubo una deserción en las filas. Era inusitado esto, pero alguna vez un aguerrido Infernal cedía y los nervios estallaban en desesperado frenesí de fuga... En esta ocasión el desertor no pudo ir muy lejos, acaso por el mismo peso de su culpa, y ahora estaba de vuelta, atado de pies y manos, esperando la sentencia que debía caer, inexorable, más para escarmiento de los otros que para castigo del culpable.

En ese ínterin el jefe de la partida debió salir precipitadamente del cuartel, pero antes de marchar reiteró la orden: ¡Al amanecer fusilar al reo!

El encargo fue hecho al cabo que quedaba al frente de la partida, un cabo valiente y grave que tenía, entre otras cualidades, una exagerada escrupulosidad en el cumplimiento de las órdenes que se le daban.

Custodiando al reo quedan tres soldados, uno de los cuales, muy amigo de aquél, se desespera por la suerte del compañero y quiere salvarlo. El día pasa sin noción de tiempo para su angustia, porque no concreta en nada su pensamiento... Hacerlo fugar es imposible pues el cabo en persona vigila al prisionero. La noche se acerca, y el centinela sigue suspendido de aquella

voz que taladra los oídos: ¡Al amanecer fusilar al reo!, sin conformarse.

Las sombras cubren el cielo trayendo en galope la inevitable hora del amanecer. Ninguno se resigna a ser el dedo impersonal que apretará el gatillo, la mano del destino que moverá fuerzas ocultas. Uno, y sobre todo el amigo, rumia en la larga noche de agonía –para él, tanto como para el infortunado que está en la capilla– buscando afanosamente la manera de arrancar al reo de su destino, la manera de salvar esa vida... ¿El perdón... de dónde puede venir el perdón, Dios mío?... Al preguntarlo, sus ojos se alzan instintivamente a las estrellas... y se aferra en mirarlas, porque sabe que cuando ellas desaparezcan...

Al amanecer fusilar al reo...

¿Fusilarlo? De pronto la palabra repetida sin voz, con el dolor de la sangre, le corta el aliento... ¿Fusilarlo? ¿Y dónde está el fusil para ejecutar la orden, si en la partida no hay más armas que tercerolas? Una idea luminosa suspende su aliento:

¿Y si enfrenta al cabo?... Porque ya que éste es tan estricto en el cumplimiento de las órdenes vacilará acaso viendo en ese detalle un obstáculo para la ejecución. Ya no duda y va donde está su superior.

El cabo, desvelado también, rígido ante el subalterno que a tan insólita hora quiere interpelarlo, alza sus cejas en ceñudo interrogante y el soldado habla:

–Se trata, mi cabo, de consultarlo en un caso de “conciencia”.

El asentimiento para que exponga se traduce en el descenso de las cejas y un amago de ademán.

–Como ordenó el jefe, continúa el soldado, que no bien amanezca deberemos ajusticiar al prójimo ese...

Hay un silencio que se escucha entre los dos hombres... La frase se reanuda:

–Eso está claro... Pero aquí empieza la dificultad...

El cabo, impasible, mira vagamente... La voz se hace íntima:

–Porque el jefe ha ordenado bien claramente fusilarlo, lo cual quiere decir ejecución a fusil. ¿Y cómo vamos a cumplir esa orden, si no tenemos más que tercerolas?

El cabo estira el labio inferior y rasca al mismo tiempo su cigarro con el meñique... Su perplejidad se traduce en pestañeos... No sabe cómo reaccionar ante este camandulero que viene a explotar justamente su fama de estricto en el cumplimiento de las órdenes para salvar al compañero en desgracia. Al fin, como si se aclarara su mente, se encoge de hombros y dice:

–Tiene razón, eso sería tercerolearlo... Será mejor que consulte...

Un chasque, hiriendo los caminos con los cascos del caballo en carrera, va un momento después, rumbo al jefe ausente, para solicitar la interpretación de la orden, y esa misma mañana el prisionero es indultado, acaso conmovido el superior por este

rasgo de ingenio, por esta manifestación de viveza, encaminada a tan noble finalidad.

Fuentes de información:

“TRADICIONES HISTÓRICAS”, de Bernardo Frías

“LA GUERRA GAUCHA”, de Leopoldo Lugones



COMO NACIO “EL FAUSTO”

ESTANISLAO del Campo tiene en su haber una ascendencia aristocrática, no por el mero hecho de contar entre sus antepasados inmediatos un marqués de Loreto, tercer Virrey del Río de la Plata, sino por linaje de valentía y de lealtad a las causas nobles. Uno de sus abuelos murió en 1806 defendiendo el suelo de Buenos Aires del atropello del invasor, y lo novelesco fue que la esposa, al verlo caer asesinado por los enemigos, murió también en el acto como resultado de la impresión recibida. El padre del poeta, que también se llamaba como él, Estanislao, sirviendo en los ejércitos de la patria alcanzó el grado de coronel. Luego, en la época de la tiranía, militó como adversario de Rosas compartiendo con Lavalle triunfos y derrotas, hasta ver a su jefe ultimado por las balas enemigas en Jujuy. Con un puñado de valientes, realizó la travesía trágica con el cadáver de Lavalle en andas rumbo a Bolivia, para salvar los restos del jefe y amigo de las furias de los mazorqueros.

No es de extrañar, pues, que nuestro biografiado siguiera en la misma corriente de aquellos antecesores, apasionándose en las luchas que más tarde sacudirían a su pueblo. Así lo vemos

–recién cumplidos los 19 años y ya en vías de realizar fecunda carrera en el comercio, al que se había dedicado al finalizar sus estudios–, abandonar su empleo del negocio para enrolarse como defensor de Buenos Aires cuando el movimiento separatista entre la capital y las provincias llevó al coronel Hilario Lagos a marchar contra la ciudad.

¿Fue ese primer contacto con hombres de afuera, paisanos animosos que dejaban su pampa para servir a causas sociales, lo que motivó su interés por las cosas del campo? Lo cierto es que desde entonces el distinguido joven, culto e ilustrado, que poseía el idioma nacional como el inglés y el francés a la perfección, empieza a retener en su espíritu imágenes y giros del habla popular y más que de esta superficial visión, empieza a profundizar problemas que afectan la vida del gaucho, paria en su propia tierra.

Una nueva actuación en las armas lo pone bajo las órdenes de Mitre y en la batalla de Cepeda tuvo la suerte de tomar prisionero al jefe de la artillería enemiga, el coronel Santa Cruz.

De regreso, ya de lleno en la vida política del país, ocupa cargos de responsabilidad hasta desempeñar tareas legislativas en el Congreso Nacional. Y todavía le queda espacio en su vida para dedicar a la literatura y emulando al popular Hilario Ascasubi, quien bajo el seudónimo de Aniceto el Gallo llenaba las columnas de los periódicos que luchaban contra la tiranía, escribe también poesías gauchescas. Un día los lectores de “El Orden” leen alborozados unos versos escritos con tal ingenio y conocimiento del mundo campesino, que los atribuyen a

Aniceto el Gallo, seudónimo de Ascasubi. Sin embargo, llevan como firma: Anastasio el Pollo.

Las décimas eran sabrosas como las de Ascasubi, y por primera vez coplas políticas traían un atisbo de reforma social en favor del gaucho desheredado... El autor las había titulado “Gobierno Gaucho” y en ellas, fingiendo ser un paisano “alegre” –con alegría inspirada en unas copas de caña– se entretiene en hacer programas de gobierno, que favorecieran a sus hermanos sin derechos:

*Paisanos; dende esta fecha
el contingente concluyo,
cuide cada uno lo suyo
que es la cosa más derecha
no abandone su cosecha
el gaucho que haiga sembrao
deje que el q'es hacendao
cuide las vacas q'tiene
que él es a quien le conviene
asigurar su ganao...*

Y en este tono de defensa de la propiedad colectiva de la tierra, los versos escritos en lenguaje popular entusiasmaban... Pero al día siguiente aparecen en “El Orden” unas líneas aclaratorias donde Ascasubi dice:

Hago pública mi declaración de no ser el autor de la poesía firmada por un tal Anastasio el Pollo con quien no tengo nada que ver...

Estanislao del Campo no se sintió herido por el desdén que pudiera traslucir tal aclaración. Como era espíritu de calidad comprendió que el poeta Ascasubi merecía su homenaje, porque había sido precursor y maestro en la poesía gauchesca, y para hacer pública su admiración al hombre que tanto había luchado contra la tiranía, le contestó al día siguiente con unos versos laudatorios.

De esta manera el amago de choque o rozamiento entre los dos poetas no pasó a mayores, pues en seguida se hicieron amigos, y es que entonces había un sentido profundo de jerarquía para honrar al consagrado aun cuando en la curva peligrosa de la vida empezaran a declinar los méritos.

Así lo comprendió Estanislao del Campo en sus 25 años, rindiéndole el homenaje de su admiración al maduro vate, y así saludó éste con júbilo la aparición de quien podía seguir por la senda que él había andado, llevándole la ventaja de sus años mozos.

Nos imaginamos la emoción que debió sentir Ascasubi cuando del Campo, después del primer entredicho, publica aquella carta tan humilde, como si pidiera la bendición, sombrero en mano tal cual se estilaba antaño, para salir por los caminos de la vida y de la gloria, caballero de la tierra y de la justicia...

“Maestro y amigo Ascasubi: al bajar a la arena de la literatura gauchesca, no llevo otra mira que la de sembrar en el árido desierto de mi inteligencia la semilla que he recogido de sus hermosos trabajos, para ver si consigo colocar aunque sea una sola flor en el altar de la patria”.

Y lo consiguió dando a la patria “El Fausto”, su magnífico poema de color y fragancia pampeanos.

El 24 de agosto de 1866 marcó en la historia del teatro en nuestro país un gran acontecimiento. En el primer Coliseo lírico –el recién construido teatro Colón–, se iba a representar por primera vez la ópera de Gounod: *Fausto*.

La función se realizó a plena sala en medio del entusiasmo general... Entre los concurrentes figuraba Estanislao del Campo acompañado de su amigo el poeta Ricardo Gutiérrez.

Al salir del teatro, comentando acaloradamente el espectáculo de arte que acababan de ver se enfrentaron con un paisano que también salía de ver la función.

Gutiérrez, que conocía cuán gratos eran a su amigo los hombres del campo, acaso para ver cómo reaccionaba dijo:

–¡Un gaucho en el Colón! ¿Habrá comprendido algo? Estanislao del Campo no respondió. Calle abajo los dos amigos recorrieron varias cuadras. La noche era fría, pero purísima de estrellas y los tacos resonaban en las ya silenciosas aceras. De pronto del Campo tomó el brazo de su amigo y con esa facilidad maravillosa de improvisación empezó a recitar:

*¡Viera el diablo! Uñas de gato
flacón... un sable largote,
gorro con pluma, capote,
y una barba de chivato...*

Gutiérrez rió la quarteta, y llamándolo por su seudónimo como lo hacían sus amigos, familiarmente, lo instó:

–Oiga, Pollo, eso está bien y usted debería escribir en estilo gaucho sus impresiones del espectáculo de esta noche. Sé que no ha de defraudarme si lo hace, porque lo hará bien...

Aclaraba cuando se separaron y mientras Ricardo Gutiérrez emprendía solo el regreso a su casa para descansar de las emociones de esa noche de arte, de amistad y deambular bajo las estrellas, del Campo iniciaba febrilmente su poema gauchesco que titularía “El Fausto” y que eran las impresiones del gaucho Anastasio el Pollo en la representación de esta ópera.

Cinco días después, del Campo enviaba a Ricardo Gutiérrez los originales del poema que comprendía 21 décimas y 240 redondillas. Se lo mandaba rogándole que le diera su opinión, modestamente, ajeno a la idea de que había realizado una verdadera obra de aliento, una creación de belleza que pasaría a la posteridad, y cuando su amigo lo elogió, el autor dudaba todavía:

“...y porque acaso en usted prevalezca el amigo al crítico, le ruego pase el manuscrito a Carlos Guido y Spano y a Juan Carlos Gómez para que le hagan saber si vale la pena darlo a la imprenta...”

Y las cabezas amigas inclinadas sobre los renglones febriles, aprobaron con calor las décimas fluidas, olorosas de trébol, ingenuas de cielo, emotivas y humanas...

El poema se acabó de imprimir a fines de septiembre, pero en ese mismo mes, el día 22, el país estuvo de duelo.

El asalto a Curupaytí llevado por el ejército de Mitre y los aliados había sido rechazado con grandes pérdidas. Cuando del Campo, con el primer ejemplar del libro en su mano va al encuentro de Ricardo Gutiérrez para ofrecérselo, oye que su amigo le dice:

–Nuestro ejército ha sufrido grandes pérdidas. Han sido rechazados y han quedado fuera de combate alrededor de cuatro mil hombres. Los hospitales están colmados de heridos y faltan recursos para atenderlos.

Del Campo, conmovido, decide en el acto ceder totalmente el producto por la venta de su libro en favor de los hospitales militares.

Esa primera edición del “Fausto” fue un acontecimiento, ya que produjo veinte mil pesos de beneficio que ingresaron a los hospitales donde se atendía a los heridos de la guerra.

Acaso llegó también un ejemplar del poema a algún soldado convaleciente que, para deleite de sus compañeros, lo leyó en voz alta.

Y en los rostros curtidos de aquellos valientes debió reflejarse la emoción de la tierra oyendo las estrofas del poema doblemente hermoso en su valor literario y en el rasgo de solidaridad que animó a su autor, mientras el lector recitaba...

*Como a eso de la oración
aura cuatro o cinco noches
vide una fila de coches
contra el tiatro de Colón...*

Fuente de información:

Datos personales de Estanislao del Campo

UNA FRASE FELIZ

LA semblanza que Octavio Amadeo traza de don Bernardo Irigoyen ocupa en el libro unas quince páginas. Quince páginas prietas, maduras, fragantes, que dejan en las manos la sensación inconfundible de haber sopesado el mejor trigo para el mejor pan.

No he estudiado detenidamente la vida y la obra de este biografiado, y acaso las apreciaciones resulten generosas, pero no podría vacilar en aceptarlas, porque han sido hechas con talento y amor. Yo también, como el pueblo, me inclino más a una mentira robusta que a una verdad anémica. Siguiendo el personaje a quien se hace recorrer el camino en función de prócer civil, porque todas estas vidas interesan solamente como cimientos de la patria, encontramos que su actuación le sugiere al biógrafo opiniones que a renglón seguido asevera con hechos:

“Así como hay hombres que parecen hechos para embrollar las cuestiones y amargar la vida, él había nacido para resolver conflictos y para echar aceite en todos los resortes: era un espíritu “lubrificante”. En este mundo lleno de enconos era una

de esas almas mensajeras que Dios envía a la Tierra para traer su paz hasta los hombres.

“Así fue abolicionista de la pena de muerte más por bondad que por doctrina: enemigo de toda efusión de sangre, interponía siempre su mediación para evitarla. En Mendoza salvó muchas vidas de reos políticos y comunes. Canciller y político fue un pacificador, un componedor, un hombre de Cristo. Ministro de Avellaneda salvo la vida de López Jordán entregándolo a la justicia federal. En 1893, desterrado en Montevideo, telegrafió al presidente argentino, incitándolo a no poner el “cúmplase” a la condena de muerte de varios militares revolucionarios.

“Ese horror a la violencia en una época violenta lo revela un supercivilizado”.

La descripción de sus condiciones espirituales continúa renglón por renglón con minucioso comedimiento a veces, como si para tal fisonomía de hombre complejo y fino de matices fuera menester el delineado exquisito del orfebre sutil:

“Era un hombre de deber, con principios, pero sin prejuicios; su virtud no era triste ni agresiva; sabía reír a pesar de sus repetidos infortunios.

Cuando entraba en un salón lo iluminaba como si llevara una lámpara en la mano”.

Así, hasta decirnos de su vejez y de su muerte, tan en armonía con su vida:

“Fue un gran viejo; la vejez es una dignidad y una virtud. Producir un viejo es un éxito de la naturaleza y una victoria de la raza. Su largo día terminó en una puesta de sol maravillosa, y las sombras cayeron de repente. Se quedó dormido, fue necesario tocarlo muchas veces para saber que estaba muerto y sólo el frío denunció que aquel gran fuego, encendido por el primer hombre estaba ya extinguido. Se fue así con su discreción habitual, en puntas de pie; y debió ser su único remordimiento de ultratumba haber partido sin despedirse.”

Quince páginas nutridas de sucesos que respaldan ideas, de comentarios que presentan facetas de un carácter, dan acaso una visión del hombre público; pero si entre las líneas se vislumbra un poco de la luz que ilumina su intimidad. la semblanza es perfecta porque el prócer resulta humanizado. En las quince páginas que Octavio Amadeo dedica a don Bernardo Irigoyen hay solamente dos renglones destinados a la esposa. Apenas si dos líneas, sin comentarios, desnuda como la Verdad y por eso bellísima como la diosa en mármol. Es una frase de ella. No un pensamiento genial como para salvar del olvido a un nombre, no una idea filosófica, no un hallazgo literario... Apenas si unas palabras vulgares, sencillas... Pero el talento del escritor, patente en tantas ocasiones, se destaca una vez más anotando para radiografiar una vida, nada más que una frase sin pretensiones y sin trascendencia, y que lo dice todo porque ubica a esta mujer colocándola en el marco superior de la actividad femenina: en el de compañera de un hombre de valor.

¿Cuáles son tales palabras reveladoras de un espíritu?

Vamos a hacer primero un poco de narración para ambientarlas:

A los 21 años Bernardo de Irigoyen hace sus primeras armas en política ocupando un puesto en la legación de Chile, de donde pasa a Mendoza. Ya a los 30, declina la gobernación de esa provincia y luego de cumplir una misión oficial, en 1853, después de Caseros, resuelve alejarse de la vida pública convencido de que para practicarla como él la concibe necesita primordialmente tener independencia económica. Con algunos pesos que le ha dejado su padre y la ayuda de un inglés que le presta mil onzas de oro resuelve comprar unas tierras en Santa Fe y explotarlas. Por el río Paraná navega para llegar hasta los campos en venta, pero el comienzo de su empresa no es halagüeño: diez días ha permanecido el barco amarrado a una isla a causa de malos vientos, lo que hace catorce días de viaje para llegar a una región de soledad miserable, que aprieta el corazón de quien va decidido a plantar bandera en tales sitios. Pasa cuatro meses de vacilación de un lado a otro hasta que un día adquiere la tierra. Pero don Bernardo de Irigoyen es de los que saben que para tener la posesión completa de ella hay que entregarle también sudor y sangre. A pesar de su desaliento, en pleno desierto, ahí donde no se llegaba más que a caballo o en carreta, levanta su rancho, que ayuda a construir él mismo. Las paredes son de barro y la espadaña recogida en esteros cercanos le sirve para techarlo. Cuando ha concluido de hacerlo se le ocurre el nombre que dará a la estanzuela: se llamará La Choza.

Pero no bastan el nombre ni las paredes techadas; para emprender su tarea con valor requiere que esa choza sea hogar,

refugio y aliento para su fatiga y su desesperanza, algo más que una casa más en el desierto. Para esto ha de llenarlo una mujer: su esposa. Sabe que bastará con llamarla para que acuda, pero eso no es todo. No alcanza la presencia física del ama de casa que puede reemplazarse por una asalariada, sino su volumen espiritual, su entrega total también a la tierra es lo que necesita. Y cuando ella le anuncia su llegada, él la espera ansioso.

No sabemos nada de la esposa de Bernardo de Irigoyen porque el biógrafo sólo consigna un dato: tiene veintidós años. Es definitivo: veintidós años, aunque fuera a mediados del siglo pasado, cuando las mujeres adelantaban su madurez espiritual, son pocos años... Era casi una niña.

No menciona el nombre y para el caso no importa, porque recordándola evocamos a todas aquellas que también fueron cimientos de nuestra patria. El hecho es que en una mañana cualquiera la joven parte de Buenos Aires sola, rumbo a la campaña lejana y desconocida.

El trayecto es pesado, largo el camino, y ella es frágil, seguramente, como eran las muchachas de entonces. El pobre cuerpo desacostumbrado al ejercicio es sacudido por los baches, hay pantanos ceñudos en cada tramo, vientos ásperos que pretenden obstaculizar la marcha, nubes de polvo que sofocan la garganta, pero esa carreta tiene alas bajo su toldo blancuzco porque cobija una mujer responsable que va dentro. En aquellos tiempos las palabras parecían tener otro sentido y esas mujeres no pensaban en deberes y derechos porque tales términos se identificaban en dos vocablos creados para ellas desde el principio del mundo: gracia y sacrificio; y ella –la mujer de

Bernardo de Irigoyen—. a pesar de sus 22 años, al derecho de estar al lado de su marido lo llama gracia, y todos los deberes por cumplir, todas las penurias por pasar, todas las dificultades por vencer, las pone en el renglón general de sacrificios, naturalmente, sin comentarlos, porque entiende que de gracia y sacrificio está hecha la vida.

Ahora va la carreta en el último tramo del viaje, a tumbos por los esteros de espadañas, y debía ser a la caída de la tarde porque el conductor ha coordinado tiempo y distancia para llegar antes que la noche al punto de destino. Con las postrimerías del día flota entre cielo y tierra la melancolía de la luz que se despide, y el suave gris del crepúsculo hace más triste el arribo a lo desconocido. La valiente muchacha debe haber sentido como nunca, la congoja del desierto capaz de vencer para siempre a quien le teme... Pero ella supera su angustia y se dispone a cumplir su misión, a infundir fe al hombre que ha de ser útil a su tierra, al hombre que la espera a la puerta de la choza anhelante de su presencia.

Y mientras salta de la carreta y se arroja en los brazos de su marido, contemplando la choza humilde, ve los cardales azules, se le antojan otro cielo que ha bajado a recibirla y dice sonriente: “¡Oh! ¡Esto no es malo, me parece alegre!”

Esto no es malo, me parece alegre...

Así recorta su silueta nítida el escritor al recogerla... La frase debió resonar como campana de plata en el corazón ansioso de Bernardo de Irigoyen. El horizonte debió encenderse en plena noche porque ahora tenía a su lado la confortadora, la que se

consagraba de hecho más que esposa: tenía a su compañera. Ya estaba desterrada la soledad y vencido el fracaso con la compañía aceptada de la elegida de su vida. Ya pisa firme, mira de frente, respira hondo, porque unas manos frágiles tejen para todos sus cansancios físicos y sus desmayos morales la almohada insustituible de la comprensión y la ternura.

Así, ese mozo culto que quiso forjar en el sacrificio su independencia económica comprendiendo que era condición esencial en el hombre público, trabajó intensamente. Acopió lana, fundó colonias, pobló estancias, fue de los primeros en alfalfar para engorde, en importar toros de raza, instaló casas de negocios, plantó viñas y arboledas, luchó contra la falta de árboles y hombres, trató de aclimatar pastos y semillas exóticas. En una sequía con langosta debió sacar de “La Choza” en doce días cuarenta y seis mil ovejas y dos mil quinientas vacas y conducir las en tres arreos, encabezando él uno...

En la casa que había trabajado con sus manos sentía la vida y tomaba sus baños de silencio. Cuando en 1858 volvió a la ciudad, abrió su estudio de abogado y se reincorporó a la vida política.

Y pudieron decirse de él, de su probidad, de su dignidad, frases como ésta:

“Fue un buen abogado, poco pleitista, moderado en sus honorarios y conciliador...”

“No hizo ningún negocio con el Estado ni firmó ningún nombramiento para parientes, ni fue abogado en asuntos opuestos a los intereses del país”.

Detrás de este elogio, sosteniéndolo con su fe, la vocecita optimista que pone en el corazón la llama que ha de alentarle, vuelve a oírse una y otra vez... Esto no es malo, me parece alegre...

Sí... con estas mujeres que daba mi tierra, se explica que hubiera aquellos hombres...

Fuente de información:

“VIDAS ARGENTINAS”, de Octavio R. Asate»

OASIS

ENTIENDO por jactancia la alabanza desmedida y presuntuosa basada en la apariencia, lo superficial, lo que sólo atañe a los sentidos, y digo orgullo cuando el término responde a una convicción de valor, virtud que nace en la estimación de noble causa. Quiero con esta diferenciación puntualizar por qué incluyo en este libro un asunto ocurrido apenas ayer, en el severo recuento del tiempo en función de historia, y es que me place consignarlo para estímulo de las muchachas de mi tierra acostumbradas a escuchar sólo el elogio de sus condiciones físicas.

Quien se ocupó de dos de ellas apartándose de todo pensamiento frívolo para colocar sus imágenes en el plano de la belleza perenne por la magia del arte, fue el escritor Antoine de Saint Exupery, más conocido por su oficio de aviador, que ejerció durante muchos años en aerolíneas que unían Europa y la Argentina, y cuya muerte, en la contienda última, abatió mi corazón porque también algo de nosotros desaparecía con él.

No en la calle Florida, ni en la mansión estilizada de una estancia; el escenario está ubicado en la campaña de un pueblo provinciano perdido en una parte del mundo, y tan vivido en la memoria de quien fue actor y espectador a la vez, que salvó su nombre del olvido y el relato comienza así:

“Era cerca de Concordia, en la Argentina... “Había aterrizado en un campo y no sabía que iba a vivir un cuento de hadas...”

¡Cuán grato habrá sido ese recodo de la ruta donde la casa “ofrecía un abrigo tan apacible, tan seguro, tan protegido como un monasterio” para que le resulte inolvidable a quien surcó el cielo de todas las latitudes de la tierra (que enseña más sobre nosotros que todos los libros, porque ella nos opone resistencia y el hombre se descubre a sí mismo cuando se mide con el obstáculo) y se ha asomado a todos los corazones para conocerlos y encender en cada uno ese fuego que se apaga si no lo sustenta la fraternidad!

“Oasis” llama Saint Exupery al capítulo que gusta evocar después de haber hablado del desierto, “oasis”, que no está en el Sahara sino aquí, en nuestro suelo, a pocas horas de nuestra mirada, pero del que pueden disfrutar quienes como él, hombre de vocación cumplida, buscan la hermandad de los seres que han liberado su aptitud realizando su verdad, y él ha encontrado en estas dos mujeres nuestras, “que al conocerlo lo contemplan gravemente como dos jueces apostados en el umbral de un reino prohibido”, espíritus de acento universal.

Lo primero que llama su atención en esa casa a la que arriba accidentalmente por el aterrizaje forzoso de su avión en las

proximidades, es el extraordinario respeto que toda ella trasunta “a pesar de las desgarraduras del techo, las grietas de los muros, las maderas gastadas, los batientes carcomidos” y es que por encima de aquel entarimado hundido y oscilante todo aparecía aliñado, barnizado, lustrado, lo que borraba cualquier impresión de negligencia o abandono.

El fervor de la atmósfera amistosa que se respiraba en la casa parecía aumentar con los deterioros que por obra del tiempo menudeaban. Y acaso lo que influyó grandemente en su ánimo entregándolo del todo a sus moradores, fuera el hecho de que, al pasar de una pieza a otra para instalarse en el comedor, “se respiraba esparcido como un incienso ese olor de vieja biblioteca que vale por todos los perfumes del mundo”.

Continuando con la descripción del ambiente se detiene en el recuerdo del transporte de las lámparas, porque esas pesadas lámparas que llevaban de una a otra habitación y que al pasar “dibujaban en las paredes sombras maravillosas” le evocaban tiempos de su infancia en la aldea natal, removiendo el pozo de dulzura que en el fondo de su corazón habían sedimentado las pequeñeces domésticas que el amor convierte en manantial de sueños.

En tal escenario sitúa a nuestras compatriotas. No dice de su físico, ni de sus vestidos, ni del lenguaje, ni de sus modales como no sea que “se sentaron a la mesa con gravedad”. Pero presume que al hacerlo “ya habían alimentado a sus perros, a sus pájaros, habían abierto sus ventanas a la noche clara y gustado con el viento del anochecer el olor de las plantas” y nos entera que ellas poseían además “una iguana, una mangosta, un zorro, un

mono y abejas” pero entendiéndose con sus animales, reinando sobre ellos, encantándolos con sus cuidados, abrevándolos y hasta “contándoles historias que desde la mangosta hasta las abejas todos escuchaban”.

Y por todo eso el visitante experimenta ante estas dos muchachas la impresión de hallarse frente a jueces que iban a juzgarlo más allá de su calidad de transeúnte, más allá que en su condición de aviador destacado, para colocarlo en el casillero preciso de acuerdo con su función humana en relación con el Universo o sea su compenetración de los elementos que forman la Vida.

Y él quiere que le asignen buena nota, pero nada puede hacer para inclinarlas a su favor, para ganar su indulgencia. Ni siquiera le valdría interponer en su mérito lo riesgoso de su oficio, porque ellas también son audaces al trepar hasta las últimas ramas frágiles de un árbol con el único interés de verificar si los huevecitos de un nido están bien cubiertos o simplemente para saludar al pájaro amigo que empolla sus vástagos... ¿Valdría algo enumerar sus proezas, sus “records”, las menciones?

Ni tampoco surtirá efecto el halago o el elogio hacia ellas; permanecerán inflexibles porque ignorando la vanidad, hubiera sido inútil la adulación...

De pronto, en medio de la cena y en un silencio que se hace, un ligero silbido irrumpe desde el piso, precisamente debajo de la mesa. Un silbido que zumba con un peculiar sonido escalofriante que le hace levantar los ojos intrigado.

Una de las muchachas, la menor, simplemente, con todo candor, pero intensificando ambas la observación de que le hacen objeto, le explica, mientras las miradas lo escrutan para ver el efecto que le produce la respuesta:

–Son las víboras.

“Y se calló satisfecha, como si la explicación hubiera debido bastar a cualquiera que no fuese demasiado estúpido” –acota el narrador.

–¡Ah! son las víboras –confirma él, que en ese momento siente que aquello que se desliza entre sus pies son, efectivamente víboras– y sonrío. Sí, sonrío... y naturalmente...

Ha pasado la prueba de fuego. Ha triunfado ante aquellos jueces serenos y extraordinarios porque sonrío a su debido tiempo, felizmente y sin hacerse violencia, lo que hubiera echado todo a perder porque ellas lo habrían notado.

Sonrió, agrega “porque estaba alegre, porque aquella casa decididamente cada vez me gustaba más y porque experimentaba también el deseo de saber algo más sobre las víboras”.

Y mientras las dos acudían en su ayuda trasmitiéndole sus conocimientos al respecto, informándole que “de día cazan y hacia las diez de la noche vuelven a su nido en un agujero debajo de la mesa” él admira esa soberanía que estas dos mujercitas extraordinarias, pero no exóticas, ejercen, y reconoce que poseen esa dignidad de relaciones hasta con los animales que crean el regalo de la mutua estima y que entre los hombres

compromete la vida misma enlazándola en una pura fraternidad.

Diez años después al escribir su libro en el que cada capítulo es un breviario de amor, un reclamo de paz y un canto de esperanza, mechado con descripciones de aventuras sucedidas en tantas y distintas latitudes bajo diferentes horarios, encuentra que unas mujeres de un país apartado han dejado enredado en su espíritu el hilo de una sonrisa con el cual teje su admirable “Oasis”, rindiéndoles el homenaje de su recuerdo mientras medita:

“Todo eso está lejos... ¿qué habrá sido de estas dos hadas? Ellas estaban mezcladas en algo universal...”

Orgullosa de ellas y agradecida a él, agrego este comentario al manojito de relatos de mi tierra.

Fuente de información:

“TIERRA DE HOMBRES”, de A. Saint Exupery

LA CIUDAD EMBELLECIDA

CUENTA don Ricardo Rojas que, caminando una noche en las costas de Francia con Rubén Darío, empezaron a recordar a Buenos Aires. Ricardo Rojas sostenía que la ciudad nuestra de entonces no era una ciudad hermosa, y Rubén Darío respondió a “las razones que daba el escritor con esta razón: Así será... pero ustedes tienen ese maravilloso espectáculo que se llama Guido y Spano”.

Cuando leí esto llamó mi atención la respuesta del poeta nicaragüense. ¿Puede, me pregunté, embellecer una ciudad, levantar su tono medio, iluminando su color borroso, la presencia de un ser, aunque sea un artista, al punto de compensar con su espectáculo la fealdad de sus calles, la chatura de sus casas, la fangosidad de sus riberas, la desnudez artística de sus paseos, la ausencia de sus parques? ¿Y por qué podía ser, de serlo, Guido y Spano quien realizara este prodigio?

Mi conocimiento de Carlos Guido y Spano se reducía al recuerdo leído –o de oídas– de un viejo patriarcal de barbas blancas postrado en un lecho, a quien acudía a visitar gran

cantidad de gente. En cuanto a mi contacto literario con el poeta se remontaba a unos primeros versos de algún texto de lectura, precisamente unos versos que molestaban mi condición de provinciana localista, ya que aquellas estrofas trasuntaban –para mi modo de ver– un desmedido orgullo de porteño.

La poesía sonaba bien al oído, y se aprendía sin querer y aún, como en mi caso, sin gustar de ella:

*He nacido en Buenos Aires
¿qué me importan los desaires
con que me trata la suerte!
¡Argentino hasta la muerte
he nacido en Buenos Aires!*

Más tarde, en la dulce edad de las primeras ilusiones repetimos con emoción su exquisito: “En los guindos”, que empezaba: Tenía yo dieciocho años y ella apenas dieciséis.

Los años sutilizando nuestros gustos nos trajeron el deleite de repetir su joya: “A mi hija María del Pilar”:

Y así a través de las etapas de nuestros años –jalones de sensibilidad en el tiempo– fuimos conociendo y amando sus poesías que él recogiera en su libro titulado: “Hojas al viento”.

Pero así y todo, ¿se justificaba la afirmación de Rubén Darío en el sentido de que el poeta era un magnífico espectáculo, capaz de salvar a Buenos Aires de la fealdad abrumadora de las ciudades sin tradición de belleza? ¿No habría algo más que un buen poeta en quien era capaz de suscitar tal pensamiento? Entonces busqué a través de esa vida los gestos que trasuntan

el temperamento y la condición moral del hombre. Y encontré que, efectivamente, su vida valía más que sus poesías, su vida era una joya. Su biografía dice:

“Mi padre fue el general Guido. Nací en la mismísima plaza de la Victoria en Buenos Aires. Esto y declarar que fui ladino y travieso desde el cascarón viene a ser igual cosa. Pasóse la niñez entre caricias... Ráfagas frescas me llegan todavía de aquella edad feliz...

“En la escuela fui el primer rabonero: sabía dónde se encontraban en los arrabales los mejores huevos de gallo, los cambuses más dulces...

“A los 13 años me trasladé con mi familia al Brasil y allí aprendí a amar ese otro pedazo de cielo americano. En mis recuerdos surge mi deleite”.

A los 20 hace un viaje a París por razones de familia pues tiene allá un hermano enfermo. Pero no resiste el trasplante, aquél no es su aire, desde ese cielo no ve su Cruz del Sur y la añora. En vano se presentan motivos de interés –es 1848– y se está en plena efervescencia revolucionaria francesa; la querencia lo reclama apremiante:

“¡Qué vida aquélla, amigo! Del hotel a la taberna, de la taberna a la Sorbona, de la Sorbona a oír a los primeros oradores del mundo, de allí a los teatros, a las visitas, a los museos... Todo lo vi, todo lo anduve... Pero no obstante las grandes distracciones y la amenidad de mi existencia deseaba ardientemente regresar a mi casa. Empezaba a fatigarme aquel exceso de vida que se gasta en París”.

Regresa a Brasil, que es ya como su misma tierra y empieza a destacarse como escritor. Además, su prestancia, su don de simpatía, como él dice “siempre dispuesto a lo jovial como a lo serio, animoso y alegre a fuer de buen porteño”, le atraen una popularidad cariñosa que le halaga. Es el niño mimado de Río de Janeiro.

Pero algo que está más hondo que su satisfacción de muchacho aflora desde su corazón: ama a esa sociedad y a ese pueblo pero detesta el imperialismo del gobierno del soberano y hace pública su protesta. Tal actitud le vale una orden de destierro y debe abandonar el país de sus primeros triunfos literarios. También su patria le está vedada por propio decoro, pues en ella está entronizada la tiranía de Rosas.

Sólo después de Caseros vuelve, fogueado en las luchas por la justicia en todas las tierras, ya que, como lo narra, las calles de París lo vieron combatir:

“Cúpome el honor de recibir entre las filas del pueblo amotinado, el fuego de los pretorianos. Me desgañité viviendo a la república francesa, execrando al usurpador y a sus esbirros. Puedo asegurar que si no recibí un fusilazo no fue por falta de ocasión...”

Ya en su patria, obedeciendo a su impulso, como buen poeta más apasionado que razonante, se alista en la campaña sublevada a cuyo frente estaba el coronel Lagos y a despecho de su probada condición de pacifista. Calmados los ánimos y dispuesto a servir al país acepta el puesto de subsecretario de Relaciones Exteriores que desempeña dos años con

responsabilidad y con tanta probidad que, al abandonarlo, en viaje a Montevideo, está tan pobre, que le hace decir al respecto:

... “Surcando el Paraná, en un barquichuelo cargado de cueros hasta el tope, me zampé en el Rosario mediante cuatro patacones, mi único peculio en este mundo. La tripulación de mi nave se componía de unos cinco marineros genoveses fornidos y curtidos del sol, sin contar el patrón y un enorme mastín. Al poco tiempo de estar juntos, de comer en la misma escudilla, tomé ascendiente sobre mis compañeros de viaje, con quienes mantenía largas conversaciones. Aun escucho sus cuentos, sus canciones, sus grandes carcajadas. Llamábanme su capitán y nunca he sentido mi vanidad más satisfecha. Aquellos trabajadores del mar que ni me preguntaron mi apellido no sabían cosa alguna de mí, templaban con sus servicios de cada instante, con sus atenciones toscas, pero afectuosas, lo áspero de mi vicisitud que me obligaba a dirigirme desvalido a tierra extranjera... “

Es que hay en él una calidad de señorío que trasunta aun a través de sus ropas humildes, y es la aristocracia de su espíritu dilecto al que se rinden los seres de buena voluntad...

En Montevideo, donde se encuentra bien, como en todos los pueblos de América, pues no en vano se le ha llamado “el primer panamericanista”, se gana la vida como corrector de pruebas en una imprentita. Más tarde, unos amigos le procuran una misión comercial para Brasil. Altos y bajos le envuelven la vida; hay más estrecheces económicas que holguras, y rodeado de hijos emociona oírle narrar:

“La campaña política contra la rebelión no dejó de costarme sacrificios. Un fiel sirviente que lo había sido de mi padre, quedó al cuidado de mis hijos pequeños y tenía orden de ir vendiendo mis libros durante mi ausencia conforme lo requiriese la necesidad de atender al gasto diario de mi humilde casa”.

Su compañera ha muerto y quedan para dolor de su alma “los hijos todavía en la infancia agrupados en la tienda desgarrada del viento...” como expresa. Y sin embargo nunca vacila su optimismo, su pasión por la belleza; cree en el mundo porque lo mira con la antorcha encendida de su fe en el hombre, y en medio de las traiciones y convulsiones políticas que hieren a él y a su patria, su voz se alza para dar su lugar a los que trabajan:

“No faltaron nunca hombres de pro en la República Argentina que sostuviesen los principios de la libertad en el orden, del derecho en los límites amplios de la Constitución...”

No puedo dejar pasar esta superficial semblanza del poeta sin traer el recuerdo de un episodio del que fue protagonista y que refleja, como ninguno, la calidad de ese corazón privilegiado.

En 1871, a raíz de la epidemia de fiebre amarilla que azotó a Buenos Aires, Guido y Spano organiza la Comisión Popular encargada de afrontar el peligro y aliviarlo en medio del espanto general. En sus memorias no olvida reseñar cuantos colaboraron con él y destaca los méritos de quienes servían a su ciudad en tan terrible trance.

Una noche que el poeta hacía guardia en el local de la Comisión Popular, llega una sirvienta despavorida pidiendo que consigan un ataúd para su señora que acaba de morir, y que será

llevada a media noche y arrojada a la fosa común como hacían con las víctimas de la peste. La muerta era la viuda del general Lamadrid que, además de ser esposa del héroe novelesco, compartió con él los riesgos de numerosas campañas.

Guido y Spano no la conocía personalmente. Hay más: el general Lamadrid formó siempre en el partido contrario al de su padre, el general Guido. Pero su hidalguía le ordena honrar los restos de una mujer de tales virtudes y se lanza en la noche, desesperadamente, en busca de un ataúd. Es casi imposible procurárselo, mas no se detiene, y con otro amigo voluntario, consiguen después de largo afán la caja fúnebre y un coche para llevar el cadáver. A la madrugada despiertan al sepulturero, que se niega a cavar la fosa: tal era su cansancio. No había habido tiempo de enterrar ese día todos los muertos, y más de doscientos habían quedado insepultos. Pero el poeta no se resigna a abandonar esos restos, temeroso que caigan en la fosa común y vayan al olvido irremisible... Logra convencer al enterrador y le ayuda a cavar la fosa. Trabajan juntos. Lo narra así:

“Y entre ambos la sepultamos silenciosamente a la luz de un farol... Cuando hube echado la última palada de tierra sobre aquellas reliquias venerables, me pareció que mi madre me daba un beso en las tinieblas...”

Este tipo de hombre que da mi tierra y reconcilia con el género humano, es ciertamente un espectáculo magnífico; pero a lo que debió referirse Rubén Darío, fue al espectáculo del pueblo rindiéndole homenaje. La ancianidad gloriosa del poeta se vió nimbada por este tributo que le ofrendaban todas las clases

sociales del país, yendo en peregrinación a visitarlo durante años y años, hasta su lecho de paralítico...

Una ciudad que tiene habitantes capaces de amar a un poeta en vida y demostrárselo, haciéndole amable el trance de su vejez, no puede carecer de belleza. Las calles han de haber parecido más hermosas entonces, los árboles más verdes, las fachadas de las casas más sugestivas, más rientes los surtidores de los parques, más grato el canto de sus pájaros, más alegre la alegría de sus niños y más tibia la ternura de sus parejas de novios.

Buenos Aires se embellecía con ese gesto...

Fuente de información:

“HISTORIA DE LA LITERATURA ARGENTINA”, de Ricardo Rojas

UN RELATO DE SAMUEL HAIGH

ACASO porque se goza de su libertad, América recibe siempre mucho bien de quienes se acercan a ella.

Así los conquistadores trayendo con su idioma el espíritu de su raza a cambio de un metal que no les valió para nada; así los colonizadores luego, dejando su sangre, y más de un visitante que se propuso transitar por sus tierras movido por el afán de lucro, terminó identificándose con el dolor o la esperanza de sus gentes, pagando al suelo desconocido un tributo de comprensión y amor. Tal el caso del viajero inglés Samuel Haigh que llegó al Río de la Plata con fines puramente comerciales e intención de ida y vuelta, y luego residió más de once años en Sud América anotando observaciones sobre hombres y cosas de la tierra, observaciones que sólo pudo hacerlas quien miró con el corazón tanto como con los ojos.

Pero hagamos un poco de historia para mejor interpretar los hechos. Época: Pongamos la cifra rumbera en el calendario de nuestra condición de argentinos, 1810... De ahí dos, cinco años quizás... y como lugar... el mundo entero pendiente de los

acontecimientos que agitan el nuevo continente, contemplando azorado el despertar de pueblos que tratan de respirar por sus pulmones.

Inglaterra especialmente, esperando la oportunidad presentida: las colonias españolas al dejar de depender de la cerrada metrópoli ofrecerían un mercado excelente al comercio británico.

En Londres un grupo de hombres de negocios resuelve aprovechar la coyuntura que presenta a Chile después de la definitiva batalla de Chacabuco como una magnífica plaza comercial.

Necesitan, empero, alguien que se atreva a llegarse a estas playas representando sus intereses, trayendo muestras y destacando posibilidades del negocio.

No es tarea fácil encontrar el hombre inteligente y capaz de afrontar lo desconocido que significan en aquellos días estos países en plena lucha desigual y todavía dudosa, entre unos criollos tan mal vistos como mal equipados y los señores de un dominio donde, no hacía mucho, el sol no se ponía jamás...

Uno de los socios de la firma que intenta el negocio para América se acuerda de un sobrino suyo, Samuel Haigh, que está empleado en una casa de comercio cerca de la Bolsa de Londres y a quien tal vez consiga interesar en el asunto.

El muchacho, para su bien, tiene solamente 22 años, y a esa edad no hay corazón apagado en ninguna parte del mundo, por más niebla que lo circunde, máxime, como en el caso de su

sobrino, si en ese corazón hay ambiciones. Pone, pues, una tarjeta invitándolo a venir a su presencia a la mayor brevedad, y el sobrino acude al día siguiente... Pero oigámosle decir al mismo Haigh lo que ocurrió:

“Encontré a mi digno pariente en su escritorio y sin muchos preámbulos empezó a imponerme del asunto... Si yo aceptaba encargarme de la empresa tendría oportunidad de llenar mis cofres con lingotes de oro y plata, o como con afectación lo expresaba en su fraseología sinónima: “de hacerme hombre”.

La manera vehemente con que esto se me comunicaba operó como relámpago en mis sentidos: la idea de ir a una región donde una ciudad estaba pavimentada de plata y otra tenía templos techados de oro, me contagió al momento su fiebre amarilla y deliré de gozo con las perspectivas doradas abiertas de repente ante mis ojos”.

Acepta entusiasmado y se prepara a realizar el viaje.

Pero dejémosle decir todavía de su contento, para darnos cabal idea de su juventud eufórica:

“Acostumbraba comer en una de aquellas cuevas tenebrosas llamadas bodegones que se encuentran en alguna callejuela oscura en la vecindad de la Bolsa, rodeado de comerciantes en sebo, artículos turcos, corredores de algodón y café, pero ahora que sentía el efecto de ideas más elevadas, entré en un hotel de primera clase y pedí una comida exquisita y una botella de excelente Burdeos para brindar por mi nueva empresa.

Esa noche el sueño huyó largo tiempo de mis ojos, y hasta el alba no me sentí dormir y soñé que tenía una entrevista con Moctezuma, que había vuelto de Potosí cargado de duros...”

Y en seguida el recuerdo emotivo: “Al día siguiente fui a caballo hasta Kent a despedirme de mi madre... que toda temblorosa se oponía a que me fuese al extranjero, pero la calmé pintándole la riqueza enorme que traería a mi retorno... próximo”.

Ya en América se opera el milagro: la tierra, la tierra sola con sus pobladores humildes, le atrajo sin ofrecer a sus sentidos las soñadas calles pavimentadas de plata y los templos techados de oro. Realizó la misión comercial que le habían encomendado con toda seriedad, pero al margen de ella se despertó en su espíritu el deseo de adentrarse en estas regiones, de conocer y sentir de cerca las inquietudes y esperanzas de sus gentes, de frecuentar y ayudar en lo posible a los hombres que, en esa hora, representaban la idea de la emancipación. Durante once años –con la sola breve ausencia de un viaje a Londres–, permaneció en Sud América y atravesó nuestro país en todas sus latitudes, rumbo a y desde Chile... Sin más recomendación que su extraordinaria simpatía y el interés que demostraba por seguir de cerca la epopeya de un pueblo que luchaba como él lo dijo:

“Las orillas del Río de la Plata fueron las primeras en que se mantuvo el pabellón de la Independencia sin haberse jamás arriado desde que se enarboló. Este símbolo de libertad, sin embargo, no se conservó sin la lucha más ardua y a costa de mucha sangre y tesoros...”

Se acerca a los hombres cumbres de nuestro destino. San Martín, O'Higgins, Belgrano, Bolívar lo reciben con mucha cordialidad, y él los describe y ubica en el justo medio que la posteridad ratifica luego.

“Esa noche fui presentado al general San Martín y me impresionó mucho el aspecto de este Aníbal de los Andes... Es de elevada estatura... su semblante muy expresivo, sus ojos grandes y negros, tiene un fuego y animación que se harían notables en cualquier circunstancia. Muy caballero en su porte y cuando le vi conversaba con afabilidad con los que le rodeaban...”

Al referirse a Bolívar emite un juicio certero de parangón entre los dos héroes, a una altura del tiempo –1817– en que la entrevista de Guayaquil todavía era nebulosa:

“Mis impresiones del carácter de Bolívar fueron superiores a mi expectativa. Su nervio y perseverancia extraordinarios en combatir por la Independencia sudamericana se reconocerán hasta por sus mayores enemigos.

Bolívar y San Martín son los hombres más célebres surgidos de la pasada revolución. Mientras el primero subyugaba el poder español en Colombia rodeado de desventajas y dificultades inauditas, el segundo era igualmente feliz en las provincias argentinas y en la admirable invasión a Chile y Perú. Estos dos vencedores conferenciaron en Guayaquil sobre la dirección de la guerra de Perú y otros detalles políticos, pero no se entendieron, supongo, porque “dos astros no se mueven en la misma órbita”.

Al paso que entrevistaba a personajes cuyo bronce estaba fundiéndose en la gloria para que la posteridad erigiera sus estatuas, Samuel Haigh enfiló sus miradas llenas de ternura al pueblo mismo, barro sagrado para los cimientos del futuro, y para ello frecuentó los paisanos que lo vieron marchar más de una vez, sin derrotero fijo –acaso por el solo gusto de andarla y desandarla que es la mejor manera de poseerla–, por la vastedad de la pampa. De sus largos galopes por llanuras y selvas –su manera de viajar predilecta fue a caballo–, recogió las notas que darían luego el libro sincero y espontáneo y cuyas observaciones nos reflejan la vida de ciudades, hombres y costumbres en verdaderos documentos de época.

De los habitantes de la pampa –los gauchos o paisanos– le encanta consignar, más que sus defectos, las cualidades, y abundan sus definiciones:

“Nada puede dar al que la contempla idea más noble de independencia que un gaucho a caballo; cabeza erguida, aire resuelto y grácil, los rápidos movimientos de su bien adiestrado animal; todo contribuye a dar el retrato del bello ideal de la libertad...”

... “Los gauchos son aficionados al aguardiente de uva, pero rara vez caen en aquel estado de ebriedad tan común en las clases más pobres de Inglaterra.

... “Los carreteros y gauchos que encontrábamos, siempre se sacaban el sombrero con un “vaya usted con Dios”; efectivamente, son civiles y pulidos, en grado muy superior al

que se encuentra entre la clase baja de la educada sociedad europea.”

Y para corroborar estos juicios, con una buena voluntad que trasunta su inclinación por el país, matiza su relato con episodios vividos, uno de los cuales le inspiró esta noticia:

“Nuestros caballos habían huido en la obscuridad y así quedamos en medio de la pampa sin otra alternativa que vivaquear esa noche en la llanura, lo que en esa estación no era nada agradable por el aire frío y el rocío. Habían corrido diez minutos desde ese desastre cuando, en medio de nuestra perplejidad, súbitamente oímos cerca un tropel rápido de caballos, aunque estaba tan oscuro que no distinguíamos ningún objeto. Saludamos en voz alta cuando pasaban de largo, lo que produjo el efecto deseado, pues al momento dos jinetes vinieron a galope junto a nosotros. Eran dos gauchos jóvenes a quienes les hice saber el dilema en que nos encontrábamos y les indiqué el rumbo tomado por los fugitivos. Sin decir palabra ambos se lanzaron en el rumbo indicado y no permanecimos en duda mucho tiempo, pues a los diez minutos tuvimos la satisfacción de verlos regresar cada uno con un desertor enlazado.

“Solamente pude darles las gracias, pues ofrecerle dinero habría sido ofenderles, pero aceptaron algunos cigarros. Me dijeron que iban a un baile a once leguas de distancia, pero que estarían de regreso al salir el sol. Por tanto, una vez que encendieron sus cigarros nos dijeron adiós, metieron espuela a sus caballos y se perdieron de vista en un momento.”

“Refiero esta anécdota para demostrar la clase de vida de estos gauchos en apariencia salvajes, y que se deciden a galopar veinte leguas, que para ellos no es distancia, para hacer una visita nocturna.

“La gentileza mencionada en este caso es la que el extranjero encontrará en casi todo el país de toda la gente.”

Emociona pensar en el muchacho del barrio de la Bolsa de Londres que un día se hizo a la mar soñando con su regreso en un barco cargado de oro, y que a cambio de eso se considera feliz recibiendo pruebas de cordialidad de una gente a quienes llamaban salvajes.

Cierto es que todos los tesoros del mundo los llevaba dentro de sí Samuel Haigh, porque sabía apreciar a los hombres por sus virtudes, más que por sus apariencias.

Fuente de información:

“BOSQUEJOS DE BUENOS AIRES, CHILE Y PERU”,
de Samuel Haigh

CIUDAD POBRE. NO POBRE CIUDAD

BUENOS Aires tiene en su haber una historia colonial con hechos que la presentan como la ciudad hija de sí misma, un prontuario blanco de concesiones reales y nutrido de prodigalidades vecinales, y una ausencia de interés material que le confiere el título de la ciudad leal por antonomasia entre la pléyade de poblaciones que la conquista estableciera en América.

Desde su fundación, costeadada con el peculio de Garay y algunos de sus compañeros de empresa, toda su vida colonial es de lucha tesonera y los tiempos de honda crisis en que las malas épocas la agotan, pero no la doblegan, jalonan el primer siglo de su existencia. Vez hubo que en trance desesperado intenta hacer escuchar su reclamo a las Cortes que la tienen olvidada, como en el año 1664 en que el presidente de la Audiencia, don José Martínez Salazar, se decide a poner en conocimiento de S. M. Felipe IV el malestar que aflige a la población, privada, entre otras cosas, del modesto comercio que mantenía con los portugueses por la expulsión de los mismos.

A los siete años justos de haber enviado el reclamo llega la respuesta de la Corte firmada por la Reina, viuda de Felipe IV, y en la que por toda solución se ordena y manda al propio Salazar que mire con todo cuidado por la conservación y aumento de los vecinos, manteniéndoles en buen gobierno y justicia, como lo fío de vuestro celo al real servicio.

Naturalmente que a los siete años la población había afrontado la crisis a fuerza de labor y paciencia, continuando esta tradición que fue reconocida en 1716 por el rey Felipe V por medio de un decreto que, si no solucionaba materialmente la situación, premiaba con honores su calidad de ciudad pobre que jamás fue pobre ciudad.

Decía en él Felipe V, rey de Castilla, de León y demás tierras hispanas “en las que no se ponía el sol”, que desde entonces se había de llamar “en todas sus cartas, escrituras y lugares donde se hubiese de nombrar a esta ciudad, la muy noble y muy leal ciudad de Buenos Aires” y fundamenta esta orden diciendo entre otras cosas: “Por cuanto desde el año 1580 en que se fundó y pobló aquella ciudad, se han mantenido sus primeros pobladores, sus hijos, nietos y descendientes y los demás en ella, sin pasar a otras provincias más pingües y pródidas de plata y oro, sirviéndome con sus personas y haciendas en conservar y defender aquel puerto, resistiendo invasiones de enemigos de Europa y las de los indios, etc.”.

Premiaba el rey con un tratamiento de tal categoría especialmente una virtud de sus habitantes: la capacidad de realizar el desprendimiento de las cosas materiales tan caras al común de la gente: riqueza, fama, posición social.

Y de estas raíces proceden con el correr del tiempo otras virtudes –heroísmo, generosidad, amor a la libertad– que singularizan la historia de la ciudad, y de la que glosó, con emoción, estos tres episodios de la Segunda Invasión Inglesa.

SE HIZO LA LUZ

Ya están a la vista de la codiciada Buenos Aires las tropas inglesas. Son ahora doce mil hombres reunidos en refuerzos paulatinamente enviados, que dueños de Montevideo, Colonia y Maldonado tienen el firme propósito de ocupar definitivamente a la “vencida vencedora” de un año atrás.

También los pobladores de la ciudad han aprovechado ese tiempo preparándose para la defensa, en una intensa tarea extraordinaria, fabricando material de guerra con escasos elementos propios (caños pluviales y utensilios domésticos de plomo convertidos en balas), o transportando desde Chile a hombro de los soldados la pólvora necesaria, habilitando locales precarios en maestranzas y laboratorios que funcionan día y noche.

Nadie elude su contribución al trabajo y emociona encontrar la noticia de Manuel Belgrano –hasta entonces hombre de pluma y libros– tomando lecciones de táctica y manejo de armas, para a su vez, ya idóneo, instruir al cuerpo del regimiento que comandaba con el grado de sargento mayor.

¿Es este fervor cívico de un pueblo con voluntad de vencer el que lo hace impermeable a la idea del fracaso? La verdad es que sin subestimar la fuerza del enemigo ignora el terror de la derrota. Testimonio hay de un contemporáneo que anota: “Cuando las ciento diez velas de la gran armada británica se divisaron en el horizonte, este espectáculo capaz de intimidar a los más aguerridos no causó el menor recelo a los vecinos”.

¿Qué fe alienta a estos ilusos que al defender la ciudad no cuidan privilegios propios? ¿Presienten que hay en el destino de los pueblos sanos, como en el de los hombres honestos, algo fuera de toda lógica que hace pensar en una providencia para el triunfo de la virtud?

Lo cierto es que dos circunstancias imprevistas coadyuvan a la salvación de la ciudad en el primer ataque de las fuerzas invasoras. Una, concretada en la lluvia torrencial que inundando como no se había visto jamás el bañado de Quilmes, hace larga y penosa la marcha de las divisiones británicas destinadas al ataque, lo que decide a su jefe postergarlo hasta la noche. Pero he aquí que, ya dispuesto a dar la orden de avance, una súbita iluminación de la ciudad lo hace vacilar en su propósito. Aquel reguero de luz que ha surgido de las sombras parece desafiarlo audazmente y piensa: –“Sólo una plaza bien pertrechada puede esperar así al enemigo”. Y la prudencia le aconseja demorar el asalto.

Su error favorece a la ciudad, dice el cronista, “porque si en aquel momento hubiese avanzado habría encontrado la ciudad sin resistencia”.

Entre tanto al conjuro de esa luz proyectada por los mecheros parpadeantes, febrilmente encendidos (–los faroleros corrían con su escala al hombro hacia el más lejano farol a darle lumbre–) los vecinos dirigidos por Alzaga recibían órdenes. No importaba el desastre que Liniers había sufrido esa tarde en “Miserere” y el mismo pueblo –¡rasgo admirable!– se encargaría de reanimar al jefe desalentado por ese descalabro, haciéndole llegar aquellas palabras llenas de fe con que le decía “que entrase inmediatamente en la ciudad para tomar el mando de la defensa ya organizada” al mismo tiempo que respondía al enemigo que intimaba su rendición con el mensaje vibrante de coraje: “tenemos tropas bastantes y animosas llenas de deseo de morir por la defensa de la patria”.

No importaba que siete de los ocho mil soldados que se había equipado e instruido con tanto empeño durante ese año, se hubieran enviado fuera de la ciudad en errónea táctica, impacientes por enfrentarse con el invasor y dejando, por ende, a Buenos Aires a merced del extranjero. La población ahora agolpada en las calles bajo las luces salvadoras se entregaba con ahínco a la tarea de organizar la inminente defensa. Estaban allí, desafiando el frío de la noche glacial, jóvenes y viejos, mujeres y niños. Así pudo registrar la crónica que en el término de esas horas “se asentaron cañones en seis calles que conducían a la Plaza Mayor, se improvisaron trincheras con tercios de yerba, se coronaron las azoteas proveyéndose de granadas de mano, piedras y todo género de proyectiles reunidos por las familias”. A la mañana, la ciudad estaba en condiciones de afrontar con heroísmo una primera invasión. Ínterin regimientos desplazados imprudentemente pudieran acudir en su ayuda, gracias a las llamitas temblorosas que en aquella terrible noche debieron

empinarse ardiendo como antorchas para aclarar los rostros de los pobladores de la “muy noble y leal” que trajinando sus calles llevaban en sus ojos la altiva mirada del que está defendiendo su libertad.

Cuando la luz de la madrugada vino a reemplazarlas, acaso un vecino agradecido pasó su mano por los vidrios de algún farol que, mojado de niebla, parecería llorar su emoción de triunfo.

PUENTE DE PLATA

Tres gruesas divisiones británicas compuestas por catorce columnas tienen orden de entrar en Buenos Aires, y las tropas, dignas de mejor suerte por su valor, avanzan inmutables, militarmente formadas, cumpliendo la consigna de “no hacer fuego” hasta llegar a los objetivos de asalto. Marcha trágica la de estos aguerridos soldados que cumplen estoicamente con su deber al paso de “esas sendas de la muerte” como un testigo inglés nominó a las calles de la ciudad en ese día.

Entre los que van al frente de las columnas está el comandante Pack, que fuera prisionero de guerra en la Primera Invasión y que, juramentado a no emplear las armas contra los defensores de Buenos Aires, cuando logra huir continúa guerreando en el Río de la Plata. Un bando del Cabildo había ofrecido a raíz de su fuga cuatro mil pesos por su cabeza, lo que no le cohibe para volver a la ciudad dispuesto a luchar por la gloria de S. M. Británica.

En la tarde sombría cuya iniciación relatamos el coronel Pack cae herido en una pierna.

Ahí queda a merced de los porteños, y fresco está aún el bando con la promesa de recompensa por su cabeza; pero lejos de entregarlo, proceden a su internación en el Hospital, que en ese tiempo era administrado por los padres bethlemitas. Ya no es un enemigo, ahora es un ser que sufre impedido de defenderse por su herida, y nadie osará ensañarse con él.

Cuando al cese de las hostilidades regresa a Inglaterra, queriendo testimoniar su gratitud a este lugar de los nobles rasgos, envía en obsequio “a los médicos y administradores del hospital donde fui curado” un magnífico reloj de péndulo.

¿Es la presencia de esta magnanimidad en los vencedores sin odio, la que inspira el pedido del coronel inglés Kingston a su muerte, conmovedora súplica que honra al caído tanto como al vencedor?

Cuando recibe la orden de avanzar por el centro de la ciudad, el gallardo coronel al frente de una columna de mil hombres –dragones y carabineros– se dispone a obedecer. Parte de la Plaza Lorea y solamente cuatro cuadras resisten sus soldados al fuego de los batallones de patricios, gallegos y andaluces que guarnecían ese sector del oeste, y la columna se dispersa enloquecida por el horror de ese fuego nutrido que siembra de cadáveres la calzada.

El coronel Kingston y su segundo jefe, capitán Burrel, caen gravemente heridos y quedan abandonados en la calle hasta que en brazos de los vencedores son transportados al cuartel de

Patricios, cercano al lugar de la refriega, donde se les prodiga cuidadosa asistencia. A pesar de ella Kingston, en la certeza de su fin, que acaece pocos días después, dispone que, al morir, su cadáver sea sepultado en aquel cuartel “para dormir el sueño eterno bajo la salvaguardia de los valientes que me han vencido y atendido” según reza su voluntad escrita.

La población recibe con emoción este mensaje del distinguido oficial inglés, y durante mucho tiempo la losa que cubre sus restos permanece cubierta de flores que renuevan diariamente manos anónimas, en homenaje al bravo y agradecido soldado.

CELEBRACION DE LA VICTORIA

Los días próximos a la feliz terminación de la lucha se llenaron con los homenajes póstumos a los caídos, asignación de pensiones para viudas, huérfanos e inválidos. No fueron menos emotivas las honras hechas a los vencidos, a cuyo funeral asistió Liniers con su Estado mayor, corporaciones civiles, batallones de la defensa y el pueblo entero.

Una semana después se realizó el inolvidable acto de la manumisión de esclavos. Majestuoso como la justicia que involucraba, imponente por la dignidad que lo inspiraba, la celebración de tal acontecimiento conmovió al pueblo que lo presencié ungido de fervor y colmado de dicha. Todas las medidas fueron previstas para revestirlo de la gravedad y la importancia que merecía, y es que por él se incorporaban a la

categoría de hombres, seres que habían nacido bajo el signo de la esclavitud.

Frente a los portales del Cabildo, en cuyos balcones colmados los rostros reflejaban conmovedora expectativa, un tablado sostenía dos urnas, junto a las cuales dos niñas hacían guardia de honor esperando el momento en que, iniciado el sorteo, habrían de sacar de dichas urnas el nombre y el número correspondiente a la suerte.

Seiscientos ochenta y seis eran los esclavos que por sus hazañas se habían distinguido en la defensa de Buenos Aires y eran merecedores de la libertad, pero sólo setenta serían los favorecidos en este concurso.

Las niñas iniciaron su feliz tarea y a cada nombre proclamado el aplauso cordial subrayaba el premio.

Uno a uno, conducidos por un grupo de soldados pertenecientes al batallón “de pardos y morenos libres” al redoble de tambor, son de músicas y bajo las banderas, eran incorporados a las filas.

Las lágrimas surcaban los oscuros rostros de los agraciados tanto como los de los espectadores que los aclamaban, mientras transcurría la ceremonia.

La manumisión de esclavos requería, por supuesto, el pago de los mismos y como el tesoro fiscal estuviese exhausto y no se contara con el dinero necesario, la legión patricia contribuyó con suscripción voluntaria a tal efecto. Cuando los setenta privilegiados fueron confirmados en su puesto de hombres

libres, un representante de la legión patricia, dirigiéndose a los infortunados que olvidó la suerte, leyó estos párrafos en cuyas entrelíneas vibraba la esperanza de un futuro mejor para los compañeros de gloria:

“Valerosos esclavos, el cuerpo voluntario de Patricios, a la par que ensanchó su corazón al ver el lucido número de los que entre vosotros la suerte y la elección premiaron sus servicios a la patria, no puede sin resentirse volver los ojos hacia vosotros los que con igual mérito quedasteis tan dignamente acreedores: pero tened entendido que el no veros por ahora remunerados con igual premio, es el único tormento que angustia los corazones de los patricios”.

Severa y original celebración de victoria fue la de este día llamado de fiesta nacional. El pueblo no reclamó pomposas y estériles manifestaciones de triunfo, fugaces en el recuerdo y desposeídas de sentido altruista. Gozó plenamente de este rasgo de grandeza que presenta a las sucesivas generaciones un nuevo testimonio para integrar el perfil de aquella ciudad pobre, pero jamás pobre ciudad.

Fuente de información:

“HISTORIA DE BELGRANO”, por Bartolomé Mitre

UNA HERMOSA LEYENDA

*DICEN... que en noche nublada
si su guitarra algún mozo,
en el crucero del pozo
deja de intento colgada
llega una sombra calada,
y al envolverla en su manto
suena el preludio de un canto
entre las cuerdas dormidas,
cuerdas que vibran heridas
como por gotas de llanto.*

Dicen... que en noche nublada... Dicen..., así empieza la leyenda que va de boca en boca calentada en la sangre de toda una generación que la anima en su fe pasándola a la generación siguiente amasada en ensueño y distancia, con forma tan real como si los personajes hubiesen sido de carne y hueso.

Ya deja de ser la lucecita vacilante, el espejismo, la fantasía, la ilusión, la quimera, y se vuelve más fuerte que la materia viva porque se transmuta en esencia y late en lo impalpable y se lleva

y se trae en el pensamiento cuyo tránsito no tiene barreras en el espacio ni límites en el tiempo.

Para mejor cobijarlo, se ampara al héroe de la leyenda con piel y se le cubre con ropas, piel y ropas cotidianas pero gratas a la sensibilidad de las gentes paisanas. Se le provee de un rostro querido –color moreno, ojos oscuros, talla gentil– y se le viste con galas...

Ya tiene cuerpo, rostro, prestancia, modalidad que lo destaca, personalidad con la que juega su papel en la vida. Ya se le ve montado en su potro –que ha de ser alazán por el bonito pelo–, en un momento del día que realza su figura:

*Santos Vega cruza el llano
alta el ala del sombrero
levantada del pampero
al impulso soberano.
Viste poncho americano
suelto en ondas de su cuello
y chispeando en su cabello
y en el bronce de su frente
lo cincela el sol poniente
con el último destello.*

Va hacia su amor, al rancho donde mora su prenda que lo espera y a quien le dedicará sus endechas presentándose:

*Yo soy la nube lejana
que con la noche sombría
huye, al venir la mañana.*

*Soy la luz que en tu ventana
filtra en manojos de luna...*

Pero si los tristes y las endechas de amor a la mujer gustan al hombre de la llanura, hombre de paz y de silencios largos que llena con la contemplación de las estrellas, no lo es todo. Otro amor, el de la Patria, sentida únicamente en aliento de libertad, le exalta hasta el heroísmo y sabrá responder a su llamado con el ¡presente! del verdadero individualista, que no es gregario, porque sabe arrimar hombro y pecho cuando de defenderla se trata.

¿Quién mejor que su payador, para hacer oír su grito de reclamo ante el auditorio que lo respeta y venera, porque sabe interpretarlo, tanto en sus sentimientos como en sus ideas? La leyenda entonces le confiere el honor de haber sabido exhortar a sus hermanos a ser hombres en la emergencia épica de la lucha contra la tiranía. Y el poeta que nos lleva de la mano de la leyenda, lo presenta también en oportuno escenario: en la pampa lejana a las ciudades, plena de ganado, en los días que van sucediéndose entre el trabajo, que por ser hecho con vocación parece una fiesta, y en la fiesta, que, por ser gozada con pasión, da idea de trabajo.

Lo ubica en una tarde de domingo en que hay cientos de gauchos reunidos, espectadores y actores del más criollo de los juegos: el del pato. La diversión está en su apogeo: las manos rudas que guían los caballos fogosos, se aferran resquebrajadas de sangre a las riendas tirantes; nubes de polvo desdibujan los jinetes; oleadas de gritos apagan el piafar de las bestias... ¿quién podría interrumpir esa escena?

*Cuando un grito, de repente
llenó el campo, y al clamor,
cesó la lucha en honor
de un solo nombre bendito,
que aquel grito era este grito:
¡Santos Vega el payador!*

La intuición de algo solemne los enmudece. ¿Qué mensaje grave traía su cantor favorito para los seres de su raza, que disfrutaban de la tierra sin odios ni bajas pasiones? ¿Qué clarinada lejana traía el payador en las cuerdas de su guitarra, para soltarla en el viento de la pampa como un pájaro por el azul infinito?

*Mudos ante él se volvieron
y, ya la rienda sujeta,
en derredor del poeta
un vasto círculo hicieron.*

Ya tiene categoría el arte popular de los cielitos y los tristes porque su llama no se limita a iluminar flores del camino sino que se consume en la antorcha de la libertad, que es la perenne. Ya el cantor ha lanzado su palabra con cuerpo y con sangre, el verbo que es médula de las altas acciones que honran a los pueblos.

Cumplida su misión cruza la llanura rumbero del destino de su raza, que para eso es poeta:

*Cuando cesó esta armonía
que los conmueve y asombra
era ya Vega una sombra*

*que allá en la noche se hundía.
¡Patria! a sus almas decía el cielo,
de astros cubierto,
¡Patria! el sonoro concierto
de las lagunas de plata,
¡Patria! la trémula mata
del pajonal del desierto.
Y a Buenos Aires volaron,
y el himno audaz repitieron,
cuando a Belgrano siguieron,
cuando con Güemes lucharon,
cuando por fin se lanzaron
tras el Andes colosal...*

Pero el tiempo inmutable que ve desvanecer seres y cosas vio también un día caer al ídolo. Santos Vega, el payador en cuya voz vibraban todos los acentos que entendían los criollos, toda la ternura que interpretaba sus ansias, toda la rima que encendía sus esperanzas, toda la vibración que despertaban sus recuerdos, toda la unción que desataba su coraje, calló dejándolos sumidos en la peor de las soledades: la que no deja ni el ensueño. ¿Cómo pudo ser todo esto? ¿Cómo pudo abandonarlos sepultados en la terrible prosa del andar cotidiano? ¿Cómo podía cometer tamaño pecado de indiferencia quien fuera la razón de perdurar de una estirpe de bravos?

La leyenda lo explica: Cuando la fama de Santos Vega está en el cénit, un cantor forastero lo reta a duelo de payada. ¿Quién es tan osado? Un extraño cuyo rostro infunde pavor, y hace

temblar las carnes de frío, un tal Juan sin Ropa que vence en la justa más heroica de los tiempos: la justa del verbo.

¿Qué, si no un poder extraordinario, podía vencerlo? No pueden darse otra explicación esos corazones entusiasmados, movidos por su fe, que es la mayor razón... de la sinrazón. No puede ser:

*Ni aún cenizas en el suelo
de Santos Vega quedaron
y los años dispersaron
los testigos de aquel duelo.
Pero un viejo y noble abuelo
así el cuento terminó:
“Y si cantando murió
aquel que vivió cantando
fue –decía suspirando–
porque el diablo lo venció.*

El resultado de la justa no provocó entusiasmo sino estupor, porque en el vencido vieron caer a su misma raza.

Y como el pueblo no quiso desaparecer y el amor puede más que la muerte, el deseo de oírlo aún forjó en la quietud de las noches serenas, un rasgido en la guitarra abandonada, una queja en la bordona solitaria. Así defendía una raza la razón de su vida, el arte popular que interpretaba una tradición de belleza.

Así lo ubicaron anhelosamente en la noche y en las sombras, en las brumas y neblinas que las aguas tejen entre los pastos y los astros, para que en ellas se deslicen las almas en pena.

Y lo crearon allí en sus corazones con tal pasión, que dieron líneas a su alazán brioso, voz a su cara sin boca, presencia a sus manos sin dedos, le idearon una lucecita azul para marcar su paso sin pie, un manto para abrigar dulcemente, amorosamente, la guitarra que un mozo en el cruce del pozo deja de intento colgada.

Hasta aquí la leyenda, la más hermosa, la más auténticamente nuestra por su simbolismo: el hombre, aun desaparecido en carne y volumen, subsiste en lo mejor de sí mismo, en espíritu, perdurando su calidad de esencia...

Pero toda leyenda tiene un origen, un punto lejanísimo acaso, pero punto al fin que sirvió de apoyo para crear el mundo de la fantasía. Y como era lógico, los estudiosos, los que no se conforman con el filósofo en decir: “que hay mucho de extraordinario y misterioso bajo la bóveda celeste” hurgaron hasta dar con el origen del mito popular.

Dieron así, rastreando en los recursos de viejísimos paisanos, con un tal José Santos Vega, payador entrerriano que aparece en los pagos del Tuyú allá por el año 1825 en pleno triunfo. Un testigo que lo ha visto morir, cuenta cómo una tarde llegó a la estancia un anciano montando un alazán y cómo se regocijan al enterarse que el huésped era nada menos que el cantor Santos Vega de quien hacía tanto tiempo no se tenían noticias.

Lo invitan a pasar y el recién llegado se sienta muy triste en un rincón de la cocina. No pasan muchos minutos cuando el anciano cae muerto, como fulminado.

El testigo –cuya mención se encuentra en un trabajo del señor Rodríguez Ocón– recuerda cuánto dolor provocó esa muerte y cómo la noticia que corrió velozmente, atrajo a todos los paisanos de los contornos, llegando en peregrinación a rendir el tributo de su pesar a quien fue el mejor de sus cantores. Consigna un detalle que es interesante recordar:

Aunque en aquellos tiempos era muy raro que en el campo los cadáveres se dispusieran en ataúd para enterrarlos, el de Santos Vega lo tuvo y de la manera más extraña.

Un hermano del capataz de la estancia donde murió el cantor se pasaba el día, atacado de demencia, rondando las inmediaciones del lugar.

En cuanto supo el fin de Santos Vega fabricó por propia iniciativa un féretro, utilizando las maderas de buques náufragos cuyos restos el mar llevaba con frecuencia a las playas del Tuyú. Iluminado por candiles sostenidos por las manos toscas de los paisanos, el pobre loco pasó la noche martillando el cajón que guardaría tan querido cuerpo.

A la mañana siguiente la procesión dolida depositaba el féretro en una islita vecina, bajo un frondoso tala.

¿Dónde termina la verdad del payador famoso y empieza la fantasía su tela sobrenatural y artística? ¡Qué importa! La leyenda es fuerte y honda y vivirá en la tradición, porque es producto que da la tierra y no pueden aventarla los años ni los hombres.

Acaso todavía hoy, en algún fogón lejano, un criollo viejo con voz grata a la paz de los campos, repita ante el silencio de un muchacho suspendido de asombro: Dicen que en noche nublada...

Fuente de información:

“SANTOS VEGA”, de Rafael Obligado



LA MAS RICA DE LAS ARGENTINAS

CARECÍA de todo: le faltaba hasta el pan de cada día. Lo ganaba entonces con el apremio febril de la madre que multiplica en ciento su hambre con el hambre de cada uno de sus hijos. Lo ganaba a destajo, con el acelerado ritmo que imprimía a sus manos habilidosas, maestras en todas las industrias del tejido, ignorantes en el gesto que copia la postura estática del ocio. Carecía de todo. Cuando le llegó la época de la vida en que sus sentimientos de doncella urgían concretarse en un hogar, techo y refugio para sus sueños y realidades, muros para cerrar en el espacio de su mundo su responsabilidad de mujer, debió hacerlo ella también a fuerza de tarea, hurtándole al tiempo las horas de la fiesta o del descanso.

... “La casa de mi madre, la obra de su industria, cuyos adobes y tapias pudieran computarse en varas de lienzo tejidas por sus manos para pagar su construcción...”

En 1801, doña Paula Albarracín, joven de 23 años, emprendía una obra superior no tanto a las fuerzas, cuanto a la concepción de una niña soltera:

“Con el producto de sus tejidos había reunido mi madre una pequeña suma de dinero. Con ella y dos esclavos de sus tías echó los cimientos de la casa que debía ocupar al formar familia. Como aquellos escasos materiales eran pocos para obra tan costosa, debajo de una de las higueras que había heredado en el sitio, estableció su telar y desde allí, yendo y viniendo la lanzadera, asistía a los peones y maestros que edificaban la casita, y el sábado, vendida la tela hecha en la semana, pagaba a los artífices con el fruto de su trabajo”.

Así se alzó el que Sarmiento llama “Mi hogar paterno”, humilde en su origen, modesta en su factura, vulgar en su apariencia, una casa más, una de las tantas casas de adobe que formaban la ciudad de San Juan. Una casa que, por el transcurso del tiempo sufrió varias transformaciones.

Y en esta casa, iluminándola con su sonrisa paciente y esperanzada, la madre de Sarmiento, ejemplo vivo de esas mujeres bíblicas que da mi tierra y que permanecen en la oscuridad confundidas con el suelo, el agua, el aire, con los elementos que por ser razón de vida no aparecen sobre la vida y se confunden en ella.

Mujeres con personalidad y cuyo mérito está en que no intentan brillar sino como la luna, por reflejo.

Pero en este caso especial, el reflejo viene del arte, una pluma genial que revive esa alma, que la recrea para que subsista a

través de los tiempos en la memoria de los hombres, para que sirva de jalón y de fanal y a la vez que todos sepan:

“La historia de mi madre: Siento una opresión de corazón al estampar los hechos de que voy a ocuparme. La madre es para el hombre la personificación de la Providencia, es la tierra viviente a que se adhiere el corazón, como las raíces al suelo..

Algo más que una madre –la mejor para cada hijo– había bajo esa pasta femenina privilegiada y era su ejemplo silencioso, pero eficiente, necesario a la vivificación del carácter del gran hombre, como el aire a la oxigenación de los pulmones, y aquélla actuando como éste por sola acción de presencia, sin máximas, ni sermones, ni castigos, ni promesas.

Verdadera aptitud educativa que ha de gravitar en las almas por la fuerza imponderable de una calidad de espíritu que todo rebalsa en vida y que sigue influyendo en los seres que tuvieron su cercanía corpórea, hasta después de muerta. Sin embargo, tal aptitud educativa es a veces, independiente de la instrucción y hasta ajena a toda ilustración, pues la madre de Sarmiento era casi analfabeta:

“Sabía leer y escribir en su juventud, habiendo perdido por el desuso esta última facultad cuando era anciana. Su inteligencia es poco cultivada o más bien destituida de todo ornato. Pero su alma, su conciencia, estaban educadas con una elevación que la más alta ciencia no podría por sí sola reproducir jamás. Yo he podido estudiar esta rara beldad moral, viéndola obrar en circunstancias tan difíciles, tan reiteradas y diversas, sin desmentirse nunca, sin flaquear ni contemporizar, en

circunstancias que para otros habrían santificado las concesiones hechas a la vida”.

Tenía, sobre todo, la rara virtud de saber ser pobre, ejercicio éste del cuerpo y del alma tan riguroso, tan esforzado, que más que disciplina humana pareciera menester de santos. Y es que para esta mujer la pobreza era un acaso, un accidente, un episodio sin importancia, no una deshonra. Y la llevaba sin sentirla, como se lleva una circunstancia cualquiera que no tiene nada que ver con la raíz de nuestra vida, ni con la solución de nuestra muerte. Era que el estado de ánimo que es la pobreza, no podía posesionarse de tal espíritu porque una fuerza superior lo desplazaba. Me refiero a su fe que la confortaba siempre por una esperanza a quien ella llamaba Providencia y que nosotros explicamos como coincidencia o casualidad de acontecimientos.

Era así, que cuanto más cerca estaba el desaliento, la desesperada hora en que ya no se cree, una mano invisible tendía su palma hacia ese corazón acongojado para que pudiera alzarse nuevamente y decir como siempre: creo en mi buena estrella...

“La Providencia la ha sacado de conflictos por manifestaciones visibles, auténticas para ella. Mil casos nos ha contado para probárnoslo”, anota Sarmiento.

Esta certeza en que debía cumplirse a su hora una especie de justicia superior, esa fe en que no podía quedar desamparada una conducta tan recta como la suya, esa firme convicción que todo llega la trasvasó a su hijo, quien, maguer las tempestades que lo azotaron, a despecho de viento y marea que más de una

vez hicieron zozobrar su espíritu, tuvo también la certeza que cumpliría su destino. Acaso en el rodar de sus días infantiles, en presencia de la fe de su madre, se gestó en su cerebro tan definida convicción, tan rotunda certidumbre, que cuando supo expresar su pensamiento, la frase surgió hecha desde el fondo del subconsciente, rumiada por sendos días y noches de prueba:

“Las dificultades se vencen, las contradicciones se acaban a fuerza de contradecirlas”.

Esta figura de mujer tiene además el mérito de no encegueder con su luz e iluminar sólo su persona, ya que no eclipsó con su virtud al padre de Sarmiento, para quien el escritor tiene un recuerdo cariñoso, nacido más de la ternura que de la justicia. Con toda comprensión se empeña en presentárnoslo en su faz simpática, olvidándose de sus defectos o acaso haciendo que los estimemos. Y es que esa mujer tesonera y voluntariosa eligió para compañero de su vida a quien tenía más que todo el mérito de su apostura varonil. Pensó con Goethe que “la presencia de un gallardo mozo es siempre algo” y pagó el tributo de su amor a la belleza, consagrándole su vida sin una queja, ni un reproche. Enseñó a sus hijos a respetarlo y los festejos de su cumpleaños surgen en los recuerdos más puros de Sarmiento:

“Algunas ramas de la higuera iban a frotarse contra las murallas de la casa y calentadas allí por reverberación del sol, sus frutos se anticipaban a la estación, ofreciendo para el 23 de noviembre, cumpleaños de mi padre, su contribución de sazónadas brevas para aumentar el regocijo de la familia”.

Por eso logra ver en el padre más las bondades que los defectos, recalca sus méritos de patriota y disimuladamente achaca a la época su manera de desentenderse del hogar, interesándose en una existencia con riesgos por un ideal heroico, y dejando a su mujer la oscura heroicidad de la madre humilde, pero valiente, que asume el deber de ser también el hombre de la casa... Por lo demás, la época lo exigía y sólo así podían ganar los hombres la guerra pues sus mujeres ganaban la paz...

“A poco de terminada la casa, mi madre casó con don José Clemente Sarmiento, joven apuesto, que le trajo en dote la cadena de privaciones y miserias en que pasó largos años de su vida. Era mi padre un hombre dotado de mil cualidades buenas, que desmejoraban otras, que, sin ser malas, obraban en sentido opuesto.

“Cuando la revolución de la independencia sobrevino, su imaginación fácil de ceder a la excitación del entusiasmo, le hizo malograr en servicios prestados a la patria las pequeñas adquisiciones que iba haciendo.

“Una vez, en 1812, había visto en Tucumán las miserias del ejército de Belgrano, y de regreso a San Juan, emprendió una colecta en favor de la patria que llegó a ser cuantiosa. Fue encargado de llevar personalmente al ejército su patriótica ofrenda. En 1817 acompañó a San Martín a Chile... y desde el campo de batalla de Chacabuco fue despachado a San Juan llevando la plausible noticia del triunfo de los patriotas...

“Con estos antecedentes mi padre pasó toda su vida en comienzos de especulaciones, disipando su energía en largos viajes...

“Por aquella mala suerte de mi padre y falta de plan seguido en sus acciones, el sostén de la familia recayó desde los principios del matrimonio sobre los hombros de mi madre y bajo la presión de la necesidad que nos criamos vi lucir aquella ecuanimidad de espíritu de la pobre mujer...

“Sobrevenían inviernos que ya el otoño presagiaba amenazadores por la escasa provisión de menestras y frutas secas que encerraba la despensa, y aquel piloto de la desmantelada nave, se aprestaba con solemne tranquilidad a hacer frente a la borrasca. Llegaba el día de la destitución de todo recurso, y su alma se endurecía por la resignación, por el trabajo asiduo, contra aquella prueba. Tenía parientes ricos, los curas de dos parroquias eran sus hermanos y estos hermanos ignoraban sus angustias. Habría sido derogar a la santidad de la pobreza combatida por el trabajo, mitigarla por la intervención ajena; habría sido para ella pedir cuartel en estos combates a muerte con su mala estrella...”

Por eso insisto: carecía de todo, pero ahora es la más rica de las argentinas.

Tiene el corazón de todos los niños de su pueblo, que es decir lo más puro y lo más valioso. Los tiene a sus plantas, se lo ofrendan con sencillez en la emoción con que leen una vez y otra vez, acaso amando esos párrafos más que comprendiéndolos en toda su estupenda grandeza:

“La casa de mi madre, la obra de su industria cuyos adobes y tapias pudieran computarse en varas de lienzo tejidas por sus manos...”

Una generación y otra y cientos, mientras haya pueblo argentino, volverán a leer: La casa de mi madre... Y la imaginación levantará de pronto tal como la descripción genial, las paredes de adobes... la higuera y dentro, doña Paula Albarracín, lanzadera en mano, tejiendo sin alzar la cabeza, fiel a su destino. Sólo que ahora teje la tela de su inmortalidad.

Fuente de información:

“RECUERDOS DE PROVINCIA”, de Domingo F. Sarmiento



SE HIZO GAUCHO POR AMOR

MARTÍN Miguel Juan de la Mata Güemes, así dice su fe de bautismo hecha en Salta el año 1785. Descendía de español hidalgo y de fortuna, y de madre jujeña perteneciente a hispana familia de abolengo. Su abuelo materno, el general Martín Miguel de Goyonechea se jactaba en su presencia, de haber conseguido sus galones sirviendo con honor a Su Majestad el Rey Fernando VII.

En su infancia, parte del día lo pasa junto a este abuelo que le cuenta proezas guerreras avivando su ya perfilada vocación militar. Otra porción de él lo emplea en estudios, y aún le queda tiempo para escuchar cuentos y cosas de la tierra y “de más allá de la tierra” que algunos de los esclavos que formaban la servidumbre del caserón colonial de sus padres, sabían contar con tanta gracia. El resto se le iba montando a caballo, practicando para llegar a emparejarse con los más hábiles paisanos de los contornos.

A los 14 años sienta plaza de cadete en un regimiento que estaba transitoriamente en su ciudad natal, pero que al tiempo se vino al Plata.

Bajó, pues, de Salta, de sus riscos queridos, jovencito aún, para mirar de cerca al Buenos Aires que debió defender cuando las invasiones Inglesas. Peleó contra los invasores y no como un soldado más –que ya era mucho decir– sino superándose hasta llamar la atención del General en jefe de las fuerzas libertadoras, el propio Liniers, que lo nombra su ayudante de campo. Y en esa tarde de invierno –el 12 de agosto de 1806– cálida a pesar de la lluvia para el corazón de los criollos porque habían vencido a los invasores, Liniers, que observaba un buque de la escuadra enemiga que parecía varado cerca de la costa, llamó al ayudante Güemes:

–Usted que siempre anda tan bien montado, galope hasta encontrar a Pueyrredón, y comuníqueme la orden de avanzar soldados de caballería por la playa, hasta la mayor aproximación de aquel barco que resta cortado de la escuadra en fuga.

El ya teniente de Granaderos del Virrey, halagado su orgullo con aquel Usted que siempre anda tan bien montado, no galopa, vuela por la playa, lleva la orden, y se mezcla a los húsares de Pueyrredón que se arrojan al río, el agua hasta los cogotes de las cabalgaduras, rompiendo el fuego de sus tercerolas sobre el buque varado, hasta lograr la rendición de sus 100 tripulantes que pagaron así su audacia de haberse acercado tanto a la costa, para hacer un fuego realmente destructor contra los defensores de la ciudad.

La noticia de la Revolución de 1810 estallada en Buenos Aires, tarda en llegar a Salta más de un mes, pero menos tiempo tardó la provincia en incorporarse a la causa de los patriotas. Es la primera de las provincias que se une a los insurgentes diciendo: ¡Presente! cuando la lejana Buenos Aires lanza su alerta. No un ¡Presente! de oficio, sino la adhesión del suelo entero movido por una predisposición nativa hacia la libertad de los hombres de aquellas regiones abruptas y ricas esmaltadas de valles paradisíacos.

Güemes se encontraba en Salta con licencia desde 1808, pero se incorporó a las fuerzas que la Primera Junta lanzaba contra el Alto Perú como capitán de una partida de 60 jinetes que fue llamada “Partida de Observación”, y que él equipó lujosamente habiendo contribuido a vestir dichos soldados las casas de comercio más importantes de Salta. Al frente de esa partida, Güemes contribuye a la victoria de Suipacha y es después de esta victoria que hace su entrada espectacular en Potosí. Espectacular, digo, y digo bien, porque si Güemes había equipado a sus jinetes con lujo, su persona parecía más la de un príncipe que la de un criollo revolucionario. Su estupendo caballo zaíno oscuro, cuyo porte majestuoso reclama la estatua, va materialmente cubierto de oro y plata, desde la brida que brilla al sol como un ascua, a los estribos. El oro se repite en los alamares de la casaca roja del jinete y roja también es la capa que lleva terciada a la espalda. La barba oscura, que ha crecido durante las campañas, encuadra su rostro de varonil hermosura, y sus ojos, del más límpido claro, reflejan las más bonitas caras de las mujeres de Potosí, que le arrojan flores desde los balcones.

Sí, yo comprendo que esta estampa de su entrada sensacional en Potosí sirviera a sus detractores y a quienes lo han discutido, como motivo de crítica. Pero pensemos también que el capitán de la “Partida de Observación” tenía por entonces solamente 25 años y que su vida había transcurrido en ambientes de boato y acaso de frivolidad. Además, la lucha que recién se iniciaba presentaba un aire teatral todavía y el triunfo de Suipacha mareaba, porque era el primer triunfo.

Después sobrevienen los desastres. El enemigo no es de los que se “arrea con la vaina” y la gente decente –como ellos se llamaban– los que estaban acostumbrados a llevarse todo por delante, no podían conformarse a esa lucha oscura que duraba ya casi tres años sin definirse... Empiezan las deserciones, las arcas se vacían, los uniformes lujosos se convierten en harapos. Por otra parte, desde Buenos Aires, con más buena voluntad que talento, se dan órdenes y contraórdenes y ha de haberle dolido de veras al brillante capitán Güemes que Rondeau lo desconociera y que Belgrano lo hiciera bajar a Buenos Aires, disgustado por su conducta privada.

Su orgullo le aconseja entonces llamarse a silencio e inacción, y por unos meses no toma parte activa en la guerra de la Independencia. A sus 27 años el “niño bien, el niño mimado” todavía lucha en él. Afortunadamente, debajo de esa capa espectacular late un verdadero corazón de patriota y un buen día, mezclado entre la gente que sale de misa en el pueblito de Chicoama, oye que un gaucho comenta la nueva avanzada realista diciendo:

–¡Tendríamos que alzarnos contra esa canalla! –y como le observara su interlocutor con qué armas lo harían, le oye responder: –¡Con las mismas que les quitamos, pues!

Este diálogo llega a su corazón como una antorcha y la luz se hace en él. Decide juntarse a ellos –a ellos, los gauchos, pobres gauchos, que no han perdido como los otros su coraje, ni su fe, ni su amor por la tierra, a la que quieren pisarla libre o que los cubra muertos. Belgrano ha dicho además: La guerra no sólo ha de hacerse con las armas sino también con la opinión.

Y él ha de hacer la opinión de su pueblo, de su chusma querida, y ha de dar a la resistencia popular la cohesión de un ejército.

Se hace caudillo, explota su prestancia y su prestigio en favor de la patria y los tiene para sí, en puñados compactos, a razón de 4000 gauchos por 300 soldados del ejército regular.

Lo siguen sin que los llame y van con él rogándole, como el propio cura Alberro: –Lléveme con usted, capitán Güemes, lléveme como capellán, sin otro prez que el honor de acompañarlo.

Así van detrás suyo los humildes, que se hacían grandes; hombres, mujeres, chicos...

Los hombres se renovaban a diario –porque caían también a diario–; las mujeres lo apoyaban sin más interés que servir a la causa querida, ellas, que casi nunca saben ser heroínas sino a través del amor. La tradición ha conservado algunos nombres –Juana Moro, Petrona Arias, Loreto Sánchez, La Regalada–, como ejemplo de aquella adhesión inigualable.

Mitre, que con tanto amor anota los sucesos de esta insurrección salteña, cuenta que al acercarse el General Valdez a un pobre rancho, ve que un gauchito de cuatro años monta a caballo en pelo y corre al monte para prevenir de la invasión a la montonera, y que el general español viéndolo, predice con amargura, al mismo tiempo que con admiración: –¡A este pueblo no lo dominaremos jamás!

Por momentos Güemes queda solo, solo con sus gauchos frente al enemigo. Dudan de él, dudan de su táctica, se ríen de estas guerrillas de palos y lazos... Pero tienen que reconocer luego la evidencia: la lucha heroica de la invasión y la defensa incesante una por una, a sangre y fuego, y el terreno jamás dominado por los realistas.

Entonces el Gobierno le otorga el grado de Teniente Coronel del Ejército calificándolo “benemérito de la patria”. En lo que no se ha transigido todavía es en darle categoría a los gauchos y al felicitarlos la nota habla de “los bizarros patriotas campesinos” evitando darles el glorioso nombre con que pasarán a la Historia.

Pero Güemes que se ha hecho gaucho por hermandad de virtudes y los amó por razonamiento comparándolos con los que se llamaban “decentes”, hace pública su defensa de ellos en toda hora, y en una carta fechada en 1818 a Belgrano le explica:

“He tomado providencias y he tratado que la guerra pesara financieramente siquiera sobre la burguesía, ya que el pueblo campesino le da su tributo de sangre. Pero no he conseguido otra cosa que calentarme la cabeza. Se juntó el vecindario en casa del alcalde y entre todos apenas han dado cuatro

chucherías con que han auxiliado a treinta gauchos, y esto dando a uno una camisa, a otro un poncho de picote, y a otro un pedazo de jerga vieja. ¿Caballos? Unos cuantos, acaso los peores que han podido hallar, de suerte que con dificultad llegarán a Jujuy. A vista de esto ¿no he de alabar la conducta y la virtud de los gauchos? Ellos trabajan personalmente, y no mezquinan ni aún el único caballo que tienen”.

Por eso estuvo a su lado, para ser de ellos, como ellos y por ellos. No le desconfiaron nunca, aunque no era de su clase, porque el instinto les suplía lo que la ilustración no alcanzaba. Vieron así, cómo el rumboso capitán empeñó, para costear las campañas, sus arreos de oro y cómo reemplazó la capa que parecía aislarlo de la quebrada lugareña, con el poncho que lo unía a sus hombres. Para acercárseles más se despojó de sus otros nombres y aquel Martín Miguel Juan de la Mata fue nada más que Martín Güemes. Hizo más, no prodigó sus títulos, y al suyo de gobernador que tuvo luego, y hasta el de general, prefirió el democrático, si bien respaldado por la acción que lo ennoblecía, de ciudadano. Y por eso, cuando alguien le pidió –estando en la cumbre de sus honores–, un certificado por servicios prestados en época pasada, él empieza el documento de esta manera: Yo, el ciudadano Martín Güemes, primero que llegó a este lugar en nombre de la sagrada patria...

Así se explica que lo veneren los humildes porque los atraía con su sencillez, lo agredieran los mezquinos porque los exacerbaba con sus méritos y los grandes lo reconocieran su igual. San Martín, el primero entre ellos; Rondeau que había sido su enemigo hasta haberlo declarado traidor a la patria, lanza

más tarde un bando justificando su conducta. Y Belgrano se hace su íntimo amigo reconfortándolo en cartas como ésta:

“Ya le he dicho a usted que no haga caso de los mordaces. Cuanto más se distinga usted más ha de tenerlos, porque éste es el orden del mundo. Sea usted como la roca firme del mar: las olas la embaten y alguna vez la cubren, pero al fin se cansan y le besan el pie. Así han de hacer con usted sus mismos enemigos, si sigue las huellas que se ha propuesto de restituir a la patria su tranquilidad, libertándola de enemigos”.

Y él sigue infatigable llevando sus huestes a azuzar a los maturrangos, a azuzarlos hasta el aniquilamiento. Sus límpidos ojos claros son para esta raza gaucha de hombres morenos, como un abismo en el cielo, un abismo que los obliga a marchar con la cabeza hacia las nubes. Y cuando su voz gangosa, sable en mano, lanza su divisa, que es un reto a muerte a la gloria diciendo: ¡Por la Patria y la libertad!, aquella turba andrajosa que lleva incommovible seis años de lucha, responde, aceptando el desafío, con el santo y seña que los hacía inmortales: ¡Por la Patria y por mi general!

Cuando había rechazado nueve invasiones realistas y tenía recién 36 años, muere. Su muerte da de sí los elementos de juicio que el más severo sociólogo y el más escrupuloso historiador no podría desconocer para catalogar a nuestro héroe en el casillero inmortal de los próceres.

Nueve veces hacía que el porfiado invasor español hollara las provincias norteñas, y otras tantas que los harapientos gauchos los desalojaran salvando así la recién nacida libertad.

Una décima invasión se produce con el triunfo de las armas españolas mandadas por el general Olañeta, y al mismo tiempo, Güemes, que se ha batido al sur de la provincia con fuerzas tucumanas, sufre una seria derrota. El Cabildo salteño se ofusca, pierde el tino, duda como muchos del general, convoca sus miembros y resuelve deponer al Gobernador Güemes. Ya está reemplazándolo el gobernador provisional, don Saturnino Saravia.

Güemes recibe la noticia cuando no se ha rehecho todavía del desastre, y con los pocos paisanos que quedan a su lado, emprende la marcha hacia la ciudad de Salta, donde, de un plumazo, han pretendido anularlo.

Ya no llega montado en su zaino oscuro de estampa estatuaria, con el que recorrió triunfal las calles de Potosí, ni son de oro las bridas y los estribos, ni flota la capa carmesí como una bandera roja a su espalda, pero ha bastado su mirada clara posándose sobre los civiles que curiosean su entrada, y el grito que le nace del alma: ¡Por la Patria y por la libertad! para que sus gauchos respondiendo ¡Viva Güemes!... lo instalen de nuevo en el sitio de gobernador, que le pertenece por derecho de leal y de valiente. Sin embargo, él no los halaga con promesas de beneficio individual, ni los alivia de ninguna carga, ni los exime de ningún sacrificio, y allí está si no para testimoniario uno de sus bandos:

“¡Ordeno que ningún gaucho monte caballo, sean estos suyos o ajenos, sino que anden para sus ocupaciones o diligencias en las mulas chucaras que se le entreguen para amansarlas,

dejando los caballos para cuando sean necesarios para el servicio de la Patria!”

Más que nunca firme en su fe, convencido de una traición que favoreció el triunfo de la última invasión española, proclama su invariable confianza en la victoria:

“Este reciente descalabro, en mi concepto, no ha tenido otro origen que descuido reprehensible o una traición, la más inicua. Este contraste en nada ha abatido mi corazón, mi alma se halla revestida de un carácter superior a estos funestos acontecimientos, y ahora vivo más persuadido que nunca que hemos de ser libres. Todas estas desgracias necesitamos para ser virtuosos, y estar advertidos contra las maquinaciones de nuestros enemigos”.

Planta su cuartel general a cuatro leguas de la capital salteña, en Chamental, donde tiene la casa su hermana Magdalena Güemes de Tejada, conocida en todo el territorio con el sobrenombre de “Macacha”, sobrenombre dulce al decir de las bocas humildes de las gentes del pueblo, donde ella tiene tantos corazones adictos. También el general Güemes la distingue y la reclama, al punto de hacerla su consejera en los más difíciles asuntos de gobierno.

Mujer de tanta inteligencia y perspicacia como belleza física, ha puesto su alma al servicio de la causa que inflama a todo ese pueblo salteño, a todos los habitantes de la región, decididos a ser libres a cualquier precio, pueblo irreductible que le hace exclamar al virrey Pezuela una vez y otra vez, empeñado en batirlo:

“En estas provincias, el ejército enemigo da menos cuidados que el que se debe tener con sus habitantes, y esto nunca se acabará, a menos que no venga de España una gran expedición, que entre en estas regiones a sangre y fuego, no dejando persona viva, ninguna”

Con Macacha a su lado, a quien le dicta su correspondencia, en esos días abundante, está ese atardecer del 7 de junio de 1821. De pronto, y como necesita con urgencia un documento que hay en el Cabildo de Salta, despacha a un ayudante para que lo procure. En la ciudad, el ayudante tropieza con una partida realista y como responde al español: ¡Quién vive! con el inflamado grito del patriota: ¡La Patria y la libertad!..., se produce un tiroteo. Güemes, a quien le llevan la noticia confusamente, se dirige a la ciudad para cerciorarse de lo que ocurre. Al llegar, encuentra que fuerzas realistas ocupan el centro y algunos suburbios. Entonces trata de ponerse a salvo, y pica espuelas a su animal, rumbo a una calle solitaria y ya oscura...

Un vecino que alcanza a vislumbrarlo, o que adivina quizás al general en su carrera, le grita ansioso: ¡Por esa calle no vaya, mi general!

Los cascos del caballo apagan las voces y sigue hacia su destino: ¡Por esa calle, no, mi general!, le repiten.

El aviso ya es tarde, el general toma por esa calle, que va a dar al cerro de San Bernardo, y es la calle de la “mala suerte” la que la superstición del pueblo asigna hasta una Salamanca que vomita llamas, brujas y aparecidos... ¡Por esa calle no, mi

general! Y al llegar a esa calle, una bala realista, surgida de la sombra, destroza la columna vertebral de Güemes y se asienta en sus riñones.

Ahora va a tumbos sobre el caballo, de donde no cae a pesar de su herida gravísima, por la quebrada en sombras, buscando los suyos para morir a su lado... Dura diez días su agonía, porque diez días necesita ganarle a la muerte, arreglando cosas de la patria antes de su partida. La hemorragia constante lo debilita, los dolores son cruentos y lo consumen. ¿Qué importa? Él no es de los que exclaman: ¡detrás de mí el diluvio!, él sabe que detrás de su muerte, sobre ella y a pesar de ella, hay una fe que alienta, una esperanza que vive, un fervor de libertad que no se apaga, porque él contribuyó a mantenerla encendida. Durante los diez días de agonía, en los cuales va entrando al recinto austero de los grandes, de los que entienden que gobernar es trabajar por el bien de los otros, se preocupó de mil maneras por la suerte de las montoneras, y planeó con su jefe de Estado Mayor, coronel Jorge Enrique Widt, la más formidable ofensiva. Había pasado su mesa de trabajo al patio, bajo un corpulento cebil, como si quisiera vivir sus últimos días a pleno aire, para contemplar desde ahí, el horizonte de la tierra querida, que dejaría pronto.

Así llegó el 17 de junio de aquel año de 1821, en cuya tarde recibió todavía la visita de un emisario del general español Olañeta, momentáneo triunfador, quien, sabedor de la gravedad de su estado le enviaba una propuesta de armisticio.

Recibió al emisario español, oyéndole el mensaje de Olañeta, su enemigo... Los picachos de las serranías que aureolaban

lejanos el tranquilo valle se desdibujaron, y por el claro que compuso su recuerdo Güemes evoca al chicuelo aquel de cuatro años montado en pelo para avisar a los criollos del avance realista y que inspira la profecía del es-pañol Valdez: ¡A este pueblo no lo dominaremos jamás!

Y con su voz más firme, la de los mejores días de sus glorias, habló al coronel Jorge Enrique Widt que estaba junto a él:

–¡Júreme usted, coronel Widt, sobre el pomo de mi espada, que continuará la campaña hasta que en el suelo de la Patria ya no haya argentinos o ya no haya más conquistadores! Y dirigiéndose al emisario del general Olañeta, agregó: Ya lo ha oído usted, señor oficial, diga a su jefe que agradezco sus ofrecimientos sin aceptarlos; está usted despachado.

Declinaba la tarde y en las pupilas inmóviles del gaucho Güemes, el sol que se ocultaba se encendió en el campo de la libertad, contemplándolo muerto bajo el cebil rojo que le sirvió de cámara mortuoria.

Pocos días después sucumbía de pena, su esposa Margarita del Carmen Puch.

Como Güemes murió en la mayor pobreza, acaso para ser más cabalmente un gaucho, sus dos hijitos Luis y Martín fueron recogidos y amparados en su orfandad por los gauchos de su hueste.

La noticia, pesada de lágrimas y de asombro, fue rodando por riscos y llanuras y cada uno de los gauchos recibía su mandato

póstumo, transmitido por el viento, en la consigna de aquella voz viviente todavía en los corazones:

“¡Por la Patria y por la libertad!”

Y cada uno respondió a su hora, retando a la muerte, con la respuesta querida que enardecía de coraje y de honor: “Por la Patria y por mi general!”

Así brotaron de todas partes y se unieron al mando de Widt los infernales, y apenas si a la semana siguiente, ponían sitio a la ciudad de Salta.

El 26 de julio, Olañeta, constantemente hostilizado y derrotado por las montoneras, se retiraba definitivamente al Alto Perú, terminando de ese modo la última invasión realista al territorio argentino.

Desde su eternidad, la sombra del caudillo debió llorar de orgullo por su raza.

Fuente de información:

“HISTORIA DE SALTA”, por Bernardo Frías



ACERCA DE LA AUTORA

HERMINIA CATALINA BRUMANA fue una maestra, educadora, escritora, periodista, dramaturga y activista argentina, de ideas socialistas anarquistas. Escribió nueve libros y once obras de teatro, tres de ellas estrenadas. Colaboró en *Mundo Argentino*, *El Hogar* y *La Nación*, entre otras publicaciones periódicas. Participó activamente tanto en las filas anarquistas como

socialistas, aunque sus ideas se acercaban más al anarquismo y se consideraba discípula de Rafael Barret.

En 1917 fundó la revista *Pigüé* y en 1918 publicó su primer libro, orientado a promover la lectura entre sus alumnos, *Palabritas*. En 1921 conoció al dirigente socialista Juan Antonio Solari con quien se casó y se radicó en Buenos Aires.

Se desempeñó como maestra en diversas escuelas del Gran Buenos Aires y de la Capital Federal. En 1923 publicó su segundo libro, *Cabeza de mujeres*, definido por Herminia Solari como «un libro sobre la mujer dirigido a las mujeres», tema principal de su literatura y de su activismo. El libro se compone de diversos relatos que tienen en común la necesidad de la autoafirmación de la mujer, y la liberación por sus propios medios.

Entre 1929 y 1939 publicó cinco libros: *Mosaico* (1929), *La grúa* (1931), *Tizas de colores* (1932), *Cartas a las mujeres argentinas* (1936) y *Nuestro Hombre* (1939). En sus libros Herminia Brumana bregó por los derechos de las mujeres, el amor libre, el derecho al divorcio y la justicia social, sobre todo en relación con las dificultades de los niños pobres para cursar la escuela, etc.

Durante esa década también participó en la campaña de liberación de “los presos de Bragado”, tres jóvenes anarquistas (Pascual Vuotto, Reclús De Diago y Santiago Mainini), a los que se torturó y se condenó por homicidio en 1931 a sabiendas de su inocencia.

En 1941 comenzó a trabajar en la Escuela para Adultos N.º 6 (Fitz Roy 171, actual Escuela 12; DE14), de la Ciudad de Buenos

Aires, como maestra en la materia Práctica de escritorio. Luego de su muerte, la escuela recibió el nombre de “Herminia Brumana”.

En 1953 se publicó su último libro: *A Buenos Aires le falta una calle*.

A su muerte se organizó la Sociedad Amigos de Herminia Brumana que editó sus obras completas, en 1958, y publicó, al cumplirse los diez años de su fallecimiento, *Ideario y presencia de Herminia Brumana*.

Diversas calles, plazas, bibliotecas y establecimientos educativos de la Argentina llevan su nombre.